

EL CRIMEN
===== DE LA =====
MISERIA

OBRAS DE HENRY GEORGE

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

¿PROTECCIÓN O LIBRECAMBIO? Examen del problema arancelario con especial atención a los intereses del trabajo. Traducción directa del inglés y Prólogo por Baldomero Argente. Un volumen en 4.º, 6 pesetas.

LA CIENCIA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA. Traducción directa del inglés y Prólogo por Baldomero Argente. Madrid, 1914. Un volumen en 4.º, 582 páginas, 10 pesetas.

LA CONDICIÓN DEL TRABAJO. Traducción directa del inglés y Prólogo por Baldomero Argente. Un volumen en 4.º, 2,50 pesetas.

LA CUESTIÓN DE LA TIERRA. Traducción directa del inglés y Prólogo por Baldomero Argente. Un volumen en 4.º, 3,50 pesetas.

DE HENRY GEORGE (Hijo)

LA AMENAZA DEL PRIVILEGIO. Traducción directa del inglés y Prólogo por Jorge Calvo. Un volumen en 4.º, 8 pesetas.

OBRAS DEL TRADUCTOR

DE LA PROPIEDAD Y LOS DERECHOS REALES. Manila, 1896. (Agorada).
DERECHO MERCANTIL ESPAÑOL. Manila, 1897. (Agorada).
EL DERECHO VIGENTE EN ESPAÑA (en colaboración). Madrid, 1909.
LEGISLACIÓN ESCOLAR (en colaboración). Madrid, 1909.
TIERRAS SOMBRÍAS. Valencia, 1910.
LA INTRANSIGENCIA CLERICAL (1875-1876). Madrid, 1910.
HENRY GEORGE. Su vida y su obra. Madrid, 1912.
LA ESCLAVITUD PROLETARIA. Madrid, 1913.

LA IGLESIA Y EL SIGLO. Conferencias y discursos de Mgr. BELLAND, Arzobispo de los Estados Unidos, con prólogo del Abate FELIX KLEIN, Profesor honorario en el Instituto católico de París. Traducción y páginas preliminares de Baldomero Argente. Madrid, 1910; Librería de F. Beltrán. Un volumen en 8.º, 3,50 pesetas.

HENRY GEORGE

AUTOR DE «LA CIENCIA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA», «¿PROTECCIÓN O LIBRECAMBIO?», «LA CONDICIÓN DEL TRABAJO», «PROGRESO Y MISERIA», «LA CUESTIÓN DE LA TIERRA», «PROBLEMAS SOCIALES», ETC.

EL CRIMEN DE LA MISERIA

VÉNGANOS EL TU REINO
MOISÉS * NO ROBARÁS
EL IMPUESTO ÚNICO
LO QUE ES Y POR QUÉ LO PEDIMOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS Y PRÓLOGO POR
BALDOMERO ARGENTE



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 - MADRID

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Este libro que hoy damos a la estampa constituye el volumen quinto de las obras de Henry George. Contiene cuatro conferencias pronunciadas por el escritor insigne: «El crimen de la miseria», «Vénganos el Tu Reino», «Moisés» y «No robarás», y lo completa un artículo del mismo titulado «El impuesto único, lo que es y por qué lo pedimos».

Henry Gorge fué un filósofo, un sociólogo y un economista. Lo fué, no separadamente, no en manifestaciones aisladas y recíprocamente extrañas de su actividad intelectual, sino conjuntamente, como si esos tres caracteres fueran tres facetas de un mismo cristal, tres irradiaciones de un mismo pensamiento, tres destellos de una misma luz. Inicialmente fué un sociólogo, un hombre que se planteó el problema de la miseria, sus causas y remedios. Desde esta preocupación central caminó hacia el campo de la Economía política, donde forzosamente lo que afectaba a la producción y distribución de la riqueza debería encontrar claridades y soluciones. Y como en el fondo de todos los actos humanos, en la entraña de la vida social y de la vida individual palpita inevitablemente la gran ley de la justicia, que es la regla moral, desde el campo de la economía, tendiendo la mirada por más ancho

horizonte, elevando el pensamiento, alcanzó las regiones de la filosofía.

Pero, además, fué un hombre de acción como todos los hombres sinceramente convencidos de una verdad, que sólo puede ser fecunda cuando se convierte en regla e impera en el mundo; como todos los grandes apasionados de la justicia. Fué un hombre de acción que, dando el ejemplo a sus discípulos y adeptos coetáneos y futuros, se propuso dos cosas: difundir la verdad por él esclarecida y organizar fuerzas sociales suficientes para propagarla y hacerla imperar. Fué el creador de su doctrina, el propagandista de ella y el caudillo de las huestes que la aceptaban por bandera. Su acción fué tan intensa como su pensamiento.

Comenzó por fundar en San Francisco la «Liga de California para la reforma de la tierra», liga que fué el primer vástago de una familia numerosa y creciente, desde entonces extendida a todas las latitudes y la cual va realizando su obra y llevando a la práctica sus ideas con rapidez progresiva al través de los organismos del Estado y de las fórmulas de la legislación. No había escrito aún el libro prodigioso: *Progreso y miseria*, que se publicó en 1879. Poco tiempo después de esta fecha surgía en Irlanda la agitación agraria. Henry George abandonó sus intereses en San Francisco y, apoyado por el periódico de Nueva York, *Irish Work*, emprendió un viaje de propaganda por Irlanda y por Inglaterra. Entonces dió principio su tarea de apóstol infatigable, tarea que exigía abnegaciones de mártir y en la que consumió todas sus fuerzas hasta poner prematuro término a su existencia.

El Gobierno opuso a la obra propagandista de Henry George toda clase de dificultades. Pero no fueron suficientes. Henry George dió conferencias de propaganda en Manchester y Glasgow. Vino a Londres en 1882 y bajo el patrocinio de la «Sociedad para la nacionalización de la tierra», fundada por

el ilustre Alfredo Russell Wallace, recientemente muerto, dió su primera conferencia, encendiendo entonces en Inglaterra el fuego de la convicción que, ha pocos años, inspiró las grandes reformas del partido liberal, fuego que no se ha extinguido desde entonces ni jamás se extinguirá, como él dijo muchas veces, afirmación profética que los años corroboran, puesto que las propagandas iniciadas con tan modestos auspicios no sólo se han apoderado de la conciencia de las masas sino que, pasando por el poder y guiando a los legisladores, han transformado en sus cimientos, en su intimidad, la estructura social inglesa, transformación visible para los que miran atentamente y sólo disimulada ahora por la interposición de suceso tan magno como la guerra universal.

Volvió a Nueva York; escribió su admirable libro *Problemas sociales*, y tropezó con un nuevo obstáculo: la hostilidad de la Iglesia católica, hostilidad que ésta, más tarde, mejor enterada, depuso. Luchó contra la corrupción electoral y volvió a Inglaterra para continuar la propaganda, invitado por la sociedad «Unión para la reforma agraria». Pronunció conferencias en Saint James's Hall, de Londres, en Plymouth, Cardiff, Liverpool, Birmigham; pasó a Escocia y el entusiasmo en Glasgow fué extraordinario. Fundó una «Liga para la restauración de la tierra», asociación que tuvo pronto imitadores en casi todas las ciudades algo importantes de Escocia. Volvió a Inglaterra y visitó a Oxford y Cambridge. En esta última conoció al insigne Cardenal Manning, que desde entonces fué su admirador y su grande amigo. Marchó a Dublín. Regresó a América y aquí volvió a mantener controversias en los periódicos americanos y en las revistas inglesas. Y después de escribir su libro magnífico *¿Protección o librecambio?* cruzó nuevamente el Atlántico, llamado por la «Liga escocesa para la reforma territorial».

Acogieronle con entusiasmo en Glasgow y Sykae. Realizó

zó una intensa campaña de propaganda. Las clases obreras habían acogido ya sus ideas y las mantenían y divulgaban con fervor. Y una vez terminada aquella campaña, volvió a América para aceptar el ofrecimiento que en propuesta firmada por 34.000 electores le había hecho la asociación obrera de Nueva York en 1886, para designarle candidato a la alcaldía de dicha ciudad. Luchó con la corrompida y corruptora *Tammany-Hall* y la *County Democracy*. Unieronse éstas, representantes de fuerzas antes irreconciliables, frente al común enemigo. Henry George, que carecía de interventores, fue vencido en la lucha. No le reconocieron más que 68.110 votos. En tercer lugar apareció derrotado también, con 60.465 votos, un hombre más tarde famoso, Teodoro Roosevelt, el futuro presidente de los Estados Unidos. Luchó más tarde por la reforma arancelaria en pro del libre comercio. Apoyó a Briand, que acaba de dejar el ministerio de Negocios Extranjeros en el Gobierno americano. Y marchó nuevamente a Inglaterra.

Pronunció en ésta innumerables conferencias. Mantuvo públicas polémicas orales con los socialistas. Y después de una sorprendente campaña de propaganda, en la cual su doctrina, como sutilmente afirmó, había alcanzado el estadio tercero de aquellos porque tiene que pasar toda verdad nueva, a saber: primero una verdad nueva es ridícula; después es irreligiosa; más tarde, «todos lo sabíamos», tornó a Nueva York.

De aquí fue a Australia; terminada su propaganda pasó a Nueva Zelanda. En todas partes difundió sus ideas y fundó ligas que las mantuviesen. Trece años llevaba de acción intensa. Era en 1890; contaba cincuenta y un años; sus fuerzas declinaban. Sufrió un ataque de parálisis. Su tarea de hombre de acción tuvo que cesar.

Consagrase entonces a escribir la magistral *Ciencia de*

la *Economía política*, libro casi ultimado cuando sobrevino la muerte de Henry George siete años después y que su hijo publicó sin completarlo, dejando intacto el manuscrito, tal como había quedado al fallecimiento de su padre. No lo terminó éste, porque aquel hombre, extenuado por la llama del pensamiento y por el exceso de acción, tuvo que interrumpir la *Ciencia de la Economía política* para escribir, mientras tanto, libros que una más perentoria actualidad hacía imprescindibles a sus ojos, tales como *La Condición del trabajo*, carta dirigida a León XIII, y *Un filósofo perplejo*, refutación de las retractaciones que Herbert Spencer en su nuevo libro *Justicia* hizo de las doctrinas exactamente iguales a las de Henry George sobre la injusticia de la propiedad privada de la tierra, que había expuesto en *Estática social*, publicado en 1850.

Y aquel hombre, agotado, herido por la parálisis, no desoyó en 1897 el nuevo llamamiento de las sociedades obreras para proclamarle candidato a la alcaldía de Nueva York contra la entonces omnipotente *Tammany-Hall*. Tenía a la sazón cincuenta y ocho años; sus fuerzas, debilitadas por tan dura vida y por la enfermedad, no le consentían ya entrar en una gran lucha política. Sabía que el esfuerzo era su muerte y así se lo manifestaron. Sin embargo, creía sentir la voz de un deber y acudió al requerimiento de los obreros. Lo estimulaba sobre todo la idea de que una nueva campaña electoral contribuiría, aun a costa de su propia vida, a agitar más y más los espíritus en torno de la doctrina que venía defendiendo. Habló en numerosas reuniones públicas.

En un mitin monstruo, convocado hacia el final de la campaña, el presidente del mitin hizo su elogio llamándole «el gran amigo del trabajador». Este elogio hirió a Henry George. Quería éste precisar bien que no era un demagogo, que no hablaba a las pasiones de la multitud, y que no procuraba

engañar al pueblo sobreexcitándole y exaltándole para utilizarlo con fines personales. Se adelantó, pues, al auditorio, y poniendo a contribución todas las fuerzas físicas que le quedaban, declaró ante éste: «Jamás me he proclamado especialmente amigo del trabajador. No pido privilegios para el trabajo. El trabajo no necesita esos privilegios. Yo nunca he defendido ni pedido derechos singulares ni especiales consideraciones para el obrero. Lo que yo reclamo es la igualdad de derechos para todos los hombres.»

Esta sobria y concreta declaración de principios fué su último acto público de importancia. Tres o cuatro discursos más; sus fuerzas se agotaron, y antes de la elección se extinguió dulcemente. Era el 29 de Octubre de 1897. Su cadáver fué expuesto en el Gran Central Palace y ante él desfilaron 100.000 personas. Fué enterrado en la colina de Greenwood.

Así acabó la vida de este gran hombre cuyo recuerdo, lejos de haberse debilitado en el transcurso del tiempo, se va agigantando y extendiendo por el mundo civilizado a medida que corren los años. Pocos lustros después de haber muerto llega a las gloriosas consagraciones, consistentes, no en las aparatosas solemnidades académicas, sino en el reconocimiento profundo y práctico de que había acertado a señalar el camino de la verdad y vaticinado el proceso que las ideas sociales habían de seguir bajo la presión creciente de los problemas que a él le preocupaban. Fué una vida de batalla contra la iniquidad y el error, contra el egoísmo y la corrupción; un combate en que, aparentemente, fué derrotado cuantas veces se entabló sobre el punto concreto del predominio electoral; pero en que realmente triunfó, siquiera los efectos de su triunfo necesitaran del transcurso del tiempo para que fuesen modificando y moldeando la realidad. Su obra fué de sembrador; y la siembra produce cosecha tan abundante en

las más apartadas latitudes, que sus doctrinas no sólo no se extinguirán, sino que, en término breve, prevalecerán definitivamente. En ellas se ha cumplido la profecía expresada por Henry George en estas palabras del último capítulo de su libro *Progreso y miseria*, que los discípulos del Profeta hicieron grabar sobre la piedra que cubre su sepultura:

«La verdad que he tratado de esclarecer, no será aceptada fácilmente. De otro modo, hace mucho tiempo se habría aceptado y nunca hubiera sido oscurecida. Pero encontrará amigos tales, que trabajarán por ella, padecerán por ella y, si necesario fuese, morirán por ella. Tal es el poder de la Verdad.»

* * *

Toda esa vida de agitación, toda esa labor propagandista, se tradujo en un inmenso número de discursos y en muchos artículos en periódicos y revistas. De los primeros, la mayoría no existen. No fueron escritos nunca; no fueron reproducidos más tarde. Y es gran dolor, porque las conferencias que nos han quedado son una maravillosa adaptación de las ideas expuestas en sus libros a las necesidades de la propaganda, iluminadas por una lucidez de expresión y caldeadas por un ardor de comunicativo sentimiento tan asombroso que, al propio tiempo que persuaden a la inteligencia, conmueven irresistiblemente el corazón, esclarecen el espíritu y lo seducen, explicando esto el milagro de que Henry George hiciera participar a sus oyentes, no sólo de sus ideas, sino de aquel insaciable afán de proselitismo, de difusión de la verdad, que engendra los apóstoles y los mártires.

De esas conferencias reunimos en este volumen las cuatro ya citadas.

En la primera resplandece como idea dominante, el principio cardinal de las enseñanzas de Henry George. El gran

dolor humano, manantial de todos los daños sociales, es la miseria; la miseria es un crimen colectivo, una gran culpa de todos que halla su víctima en el miserable; y el origen de la miseria es, inequívocamente y también inexorablemente, la propiedad particular de la tierra: sólo suprimiéndola podrá eliminarse del mundo la miseria. Y mientras aquella subsista, la miseria seguirá atenazando a los seres humanos. Porque la propiedad de la tierra es una violación de la ley divina, violación que incontrastablemente tiene que traer sobre los humanos una expiación.

De este modo se eleva desde la consideración de la miseria y de su causa jurídica y económica, a la contemplación de la ley moral. Por eso ponemos a continuación la conferencia titulada «Vénganos el Tu Reino». Porque es la ley moral la que condena la propiedad de la tierra y la miseria al mismo tiempo. La súplica contenida en la oración fundamental del cristianismo, en aquella que enseñó el propio Salvador, lleva implícita la abolición de la propiedad de la tierra; y ésta, venida del reino de Dios, que es el reino de la justicia, no puede realizarse sin que la justicia fundamental esté suprimida.

La doctrina georgista es la única doctrina de reforma social enteramente cristiana, la única congruente con las enseñanzas divinas, con el espíritu evangélico, con los votos formulados en nuestras oraciones que, o son palabras sin sentido o llevan en sus entrañas la condenación de la iniquidad social existente. Es la única cristiana, porque la propiedad de la tierra es esencialmente igual a la esclavitud de los hombres. Ambas tienen idéntico origen; las anima el mismo propósito; las siguen unas solas consecuencias. La esclavitud de los hombres es, esencialmente, el sistema organizado para que unos, los dueños, arrebaten a los otros, los esclavos, los frutos de su trabajo, sin dejarles más que el alimen-

to estrictamente indispensable para que vivan y se reproduzcan. La apropiación individual de la tierra es, de igual manera, el sistema organizado para que unos, los dueños, se apropien los frutos del trabajo de los otros, los usuarios de la tierra, que sin ésta no pueden subsistir, no dejándoles, merced al juego, en este caso funesto, de la ley de la competencia, estimulada y exacerbada por el ansia de vivir, más que lo estrictamente indispensable para que continúe su existencia y se multipliquen. Aunque la forma es distinta — más insidiosa y cruel la propiedad de la tierra que la esclavitud —, la institución es esencialmente la misma. Y esta institución es blasfema, es antireligiosa, es anticristiana, porque divide a los hombres en dos clases, y el dogma esencial del cristianismo es el de la paternidad de Dios, el de la hermandad de los hombres, o sea su esencial igualdad.

La incompatibilidad de la apropiación privada de la tierra con una sociedad animada por el aliento divino es demostrada irrecusablemente por la gran figura de Moisés, y por las reglas dictadas por él para la vida de su pueblo. Todos los cimientos jurídicos que da a la organización social hebrea son opuestos a la propiedad privada de la tierra. El año sabático, el año del jubileo, los derechos de los pobres, la constante invocación a Dios como único Señor de la tierra dada en herencia y disfrute a sus criaturas, es una condenación de la propiedad privada de la tierra. Es, esencialmente, el concepto mismo de la doctrina georgista, sin otras modificaciones que las correspondientes a la diversidad de estado social, entonces rudimentario, hoy complejo, que exige también diversos medios de adaptación.

Y como complemento de esta condenación de la propiedad privada de la tierra, aparece la cuarta y última conferencia de las contenidas en este libro: la conferencia en que se explica el significado del mandamiento «No robarás». Por-

que la propiedad particular de la tierra, aun contra la voluntad de sus poseedores, conduce al robo de la propiedad ajena, lleva a substraer los frutos del trabajo al verdadero dueño de ellos. Hay un derecho de propiedad legítima, fundado en el derecho natural, dimanado de la ley divina, inatacable, invulnerable. Cuanto el hombre *hace* le pertenece. Y todo menoscabo en esa pertenencia lesiona su derecho de propiedad, le roba.

Ese derecho de propiedad, natural, divino, no reconoce límites. El hombre dueño de los frutos de su trabajo lo es para utilizarlos, para destruirlos, para transmitirlos hereditariamente, para donarlos. Nadie le puede exigir cuentas sino la Naturaleza o Dios, de quien proviene su derecho. Y cuando lo trasmite, lo trasmite íntegro también; y quien lo recibe, lo recibe con todo la amplitud del primer poseedor de ese derecho. Por esto son legítimas la acumulación y la herencia, tan legítimas como el disfrute directo e inmediato de los frutos de nuestro trabajo, y todo menoscabo en ellas, se realice en nombre de quien se realice, es una usurpación, un atentado contra el verdadero derecho de propiedad. Las escuelas socialistas, cuando niegan esto, caen en el absurdo, caminan hacia la negación de los derechos naturales, se pierden en la monstruosidad y repugnan a las permanentes e imperecederas tendencias del linaje humano.

Hay otro derecho de propiedad que no tiene su fundamento en la Naturaleza, en el precepto divino, sino en la ley humana. Es un derecho de propiedad creado por los hombres. Y en virtud de este derecho de propiedad se atribuye a algunos hombres dominio sobre riqueza que no es fruto de su trabajo ni le ha sido transmitida voluntariamente por quienes la crearon. Es decir: un derecho de propiedad que faculta al que lo posee para apoderarse de la riqueza producida por otros. Este no es legítimo derecho de propiedad, prime-

ro, porque no tiene su fundamento en el derecho natural, única fuente de los verdaderos derechos; después, porque choca con el derecho de propiedad nacido de la ley natural o divina que a otros asiste sobre los frutos de su propio trabajo. Cuando alguien, facultado por el derecho humano solamente, se apodera de los frutos del trabajo de otro a quien el derecho natural faculta para retener esos frutos, y viola el derecho natural de éste, ese derecho artificial, puramente legal, de propiedad, atropella el verdadero derecho de propiedad, lo infringe, lo menoscaba, le roba. Por eso el derecho artificial de propiedad no es más que la legalización del robo, robo padecido por aquellos a quienes la ley divina y la ley natural autorizan para conservar su verdadera propiedad; es contrario al mandamiento «No robarás». El derecho de propiedad sobre la tierra y el mandamiento divino «No robarás» son incompatibles; la observancia del segundo obliga a la supresión del primero; y la supresión de éste implica inevitablemente la abolición de la propiedad privada de la tierra que, no siendo fabricada por ningún hombre, no siendo el fruto del trabajo de ningún hombre, no puede ser propiedad de ningún hombre, conforme al derecho natural.

Aunque en esas conferencias se insinúa que la única manera de restituir al pueblo su legítimo derecho de propiedad sobre la herencia divina, sobre la tierra, de modo adecuado a la complejidad de la vida moderna y sin graves trastornos de la organización social es el «impuesto único», añadimos a las cuatro conferencias citadas un magistral artículo de Henry George, dedicado exclusivamente a precisar estos conceptos. Es el titulado «El impuesto único, lo que es y por qué lo pedimos.»

* * *

A todo lector que reuna entendimiento claro, conciencia recta y noble corazón, le será de provecho la lectura de estas

conferencias; pero muy especialmente a aquellos que, animados por el mismo fervor que inflamaba el espíritu del «profeta de San Francisco», quieran dedicarse a la propaganda. Esas conferencias participan de la misma virtud de los principios que propagó; son aplicables a todos los países y a todos los tiempos, porque la verdad y la justicia son unas e inmutables. En ellas, pues, pueden inspirarse los propagadores del georgismo en cualquier latitud donde ejerza su apostolado.

Y la obra georgista, cuya magnitud no puede ser abarcada ya por cada uno de sus obreros, porque se extiende a todo el planeta y penetra en todos los problemas, es obra de propaganda simplemente, no de violencia. Mediante la sola propaganda triunfará. Porque la razón humana tiende inevitablemente hacia la verdad y la conciencia gravita irresistiblemente hacia la justicia. Podrá la primera ser ofuscada y caer en el error; la segunda, ser torcida y caer en la iniquidad. Pero apenas aparecen claras la verdad ante la razón y la justicia ante la conciencia, hacia ellas caminan como la saeta al blanco. Por eso no tenemos que hacer otra cosa sino descorder el velo del error, hacer que alumbren mediante la propaganda de nuestras ideas la justicia y la verdad, dos aspectos que se funden en una misma norma: el imperio de la ley moral.

Propaguémosla, propaguémosla incansables. Cada palabra nuestra pronunciada en defensa de la doctrina georgista es semilla arrojada al campo. Fructificará. Cada paso que en la propaganda demos, nos aproxima al término de la jornada; y con aproximarnos, la tarea nuestra está cumplida. No importa que veamos o no el definitivo triunfo. Triunfará en todas las almas, las cuales nativamente, mientras la vida misma no las deforma, son rectas, como hechuras de Dios formadas a su imagen y semejanza.

Triunfará aun en aquellos a quienes sus propios intereses disuadan de aceptar esa verdad. Porque la voz de los intereses es la voz del egoísmo; pero, en definitiva, la abnegación vence al egoísmo y el espíritu prevalece sobre los intereses. No podemos nosotros dudarlo. El georgismo domina ya en las muchedumbres de muchos países; pero no es la plebe quien lo difunde, sino quien recibe su luz. Y esa labor de corazones generosos, más amantes del bien de los humanos que de su propia limitada conveniencia, no se interrumpe aun durante el cataclismo de la guerra: sigue realizándose. Prosigue hasta en las naciones en lucha. La guerra criminal ha redobrado el fervor de estos propagandistas que, en Europa y en América, en Asia y en Oceanía, aspiran a substituir las bases mismas de la civilización, dándole por asiento la ley Divina, la áurea regla de la justicia.

Porque todos los georgistas tenemos la convicción de que los principios sobre que la civilización contemporánea se levantan empujan inevitablemente a la guerra; ha conducido a ella ahora; conducirá mañana. Y cuando no fueran las guerras entre naciones, sería la guerra intestina; y cuando no, la disolución en la podredumbre. Sólo se restablecerá la vida moral en las sociedades y sólo imperará la paz entre las naciones, haciendo definitiva y absolutamente imposible la guerra, cuando la civilización se asiente sobre el principio capital del georgismo, sobre la supresión de la propiedad privada de la tierra. Porque entonces habrá venido a ésta el reino de la justicia; porque entonces será acatada verdaderamente la palabra de Dios.

Y el reino de la justicia vendrá pronto. Alborea.

BALDOMERO ARGENTE

Madrid, 28 de Julio de 1915.

EL CRIMEN DE LA MISERIA

Conferencia pronunciada en el Teatro de la Ópera, de Burlington, Iowa, el 1.º de Abril de 1885, bajo los auspicios de la «Burlington Assembly», núm. 3.135, Caballeros del Trabajo.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Me propongo hablaros esta noche del Crimen de la Miseria. No puedo esperar convencerlos de mucho en poco tiempo, pero os demostraré que la miseria es un crimen. No digo que sea un crimen el ser pobre. Asesinar es un crimen, pero no es un crimen ser asesinado, y al hombre que está en la miseria no lo considero tanto como un criminal, cuanto como víctima del crimen de que otros, acaso lo mismo que él, son responsables. Que la miseria es un mal, el más acerbo de los males, todos lo sabemos. Carlyle tenía razón al decir que el infierno que más espanta a los ingleses es el infierno de la miseria, y esto es verdad no sólo de los ingleses, sino de los pobladores de todo el mundo civilizado, sea cual fuere su nacionalidad. Por escapar a este infierno forcejeamos, disputamos y luchamos, y con frecuencia, por una ciega costumbre, trabajamos mucho tiempo después que la necesidad de trabajar ha desaparecido.

El mal derivado de la miseria no se limita a los pobres únicamente; circula al través de todas las clases, aun de las

muy ricas. Estas padecen también; deben padecer, porque no puede haber en una sociedad padecimiento del cual pueda escaparse totalmente clase alguna. El vicio, el crimen, la ignorancia, la abyección nacen de la miseria, veneno por decirlo así del aire mismo que ricos y pobres juntamente respiran.

Paseando esta mañana por una de vuestras calles vi tres hombres que caminaban con las manos esposadas. Tuve por cierto que aquellos hombres no eran ricos; y aunque ignoraba el delito porque eran conducidos presos al través de vuestras calles, creo que puedo decir con seguridad que, si investigáis, encontraréis que, por uno u otro camino, proviene de la miseria. Nueve décimas de la humana desgracia, lo encontraréis si lo buscáis, son debidas a la miseria. Si un hombre prefiere la miseria, no comete un crimen siendo pobre, mientras su pobreza no daña a nadie más que a él. Si otros dependen de él; si tiene mujer e hijos a quienes debe sustentar, y elige voluntariamente la pobreza, comete un crimen — y creo que en la mayoría de los casos los hombres que no tienen que mantenerse sino a sí propios, son hombres que eluden sus deberes —. Para cada hombre viene al mundo una mujer; y por cada hombre que vive solitariamente, cuidándose tan sólo de sí propio, hay alguna mujer que está privada de su natural sustentador. Pero mientras un hombre que elige la pobreza no puede ser acusado de crimen, ciertamente es un crimen forzar a la pobreza a otros. Y me parece claro que la gran mayoría de aquellos que padecen miseria son pobres no por sus faltas particulares sino a causa de las condiciones impuestas por la sociedad en su conjunto. Por consiguiente, sostengo que la miseria es un crimen; no un crimen individual, sino un crimen social; un crimen del que todos, pobres y ricos, son responsables.

Hace dos o tres semanas, fui un domingo por la tarde a la iglesia de un famoso predicador de Brooklyn. Mr. Sankey estaba predicando y algo como un ambiente de restauración flotaba allí. El sacerdote contó algunas anécdotas relaciona-

das con esa renovación y expuso algunas de las razones por las que los hombres dejan de hacerse cristianos. Uno de los casos por él mencionados me impresionó. Dijo que había observado en las vecindades de la reunión, noche tras noche, a un hombre que escuchaba atentamente y que gradualmente se aproximaba. Una noche — dijo el sacerdote — me acerqué a él y le dije: «Hermano, ¿no estáis dispuesto a ser cristiano?» El hombre dijo que no. No lo dijo en tono insolente, sino con acento apenado. El sacerdote le preguntó si era porque no creía en las verdades que estaba escuchando. Sí, creo en todas. ¿Por qué, pues, no quiere hacerse cristiano? «Porque, dijo, no puedo ingresar en la Iglesia sin abandonar mis negocios, y éstos me son necesarios para mantener a mi mujer y mis hijos. Si los abandono no sé cómo podré andar por el mundo. He pasado muy malos tiempos antes de emprender mis negocios actuales y no puedo salir adelante si los abandono. Sin embargo, no puedo hacerme cristiano sin prescindir de ellos». El sacerdote le preguntó: «¿Es usted tabernero?» No, no era tabernero. Pues, dijo el sacerdote, no comprendo lo que pueda ser este hombre en el mundo; le parecía que sólo un tabernero podía ser hombre a quien sus negocios le impidieran hacerse cristiano; y finalmente, le dijo: «¿Cuál es vuestro negocio?» El hombre, le dijo: «Vendo jabón». «¡Jabón!», exclamó el sacerdote, «¿vende usted jabón? Y por qué le impide esto ser cristiano?» «Pues, dijo el hombre, por esto: el jabón que yo vendo es uno de esos jabones patentados de los que se ha anunciado profusamente que sirven para quitar las manchas del paño rápidamente sin contener substancia alguna dañosa. Cada pastilla de jabón que yo vendo va envuelta en un papel en el que se dice que no contiene materias químicas perjudiciales, cuando la verdad es que las tiene y que, aunque quita las manchas del paño rápidamente si se quiere, en poco tiempo lo estropea por completo. Tengo que ganarme la vida de esta manera; y siento que no puedo ser cristiano si vendo este jabón». El sacerdote siguió relatando cómo había trabajado infruc-

tuosamente cerca de este hombre, y terminó diciendo: «Él se aferró a su jabón y perdió su alma.»

Pero si este hombre perdió su alma ¿de quién es la culpa? ¿De quién es la culpa de que las condiciones sociales sean tales que estos hombres se encuentren ante el terrible dilema de elegir entre lo que su conciencia les dice que es justo y la necesidad de ganarse la vida? Sostengo que es culpa de la sociedad; que es culpa de todos nosotros. La peste es un mal. El hombre que trajera el cólera a esta comarca, el hombre que pudiendo evitar que viniese no hiciera esfuerzo alguno para impedirlo, sería culpable de un crimen. La miseria es peor que el cólera; la miseria mata más gente que una epidemia; aun en los tiempos mejores, mirad las estadísticas de mortalidad de nuestras ciudades; ved cuántos mueren más rápidamente; ved dónde mueren los niños como moscas; en los barrios más pobres. Y el hombre que mira con ojos indiferentes estos estragos de la epidemia; el hombre que no se consagra a combatirla y extirparla es, digo, culpable del crimen.

Si la miseria es decretada por el Poder que está encima de todos nosotros, entonces no es un crimen; pero si la pobreza no es fatal, entonces es un crimen del que la sociedad es responsable y por el que la sociedad debe padecer.

Sostengo y creo que nadie que mire a los hechos puede dejar de ver que la miseria es totalmente innecesaria. No es por un decreto del Todopoderoso, sino por nuestra inestabilidad, egoísmo e ignorancia, por lo que este azote, peor que una epidemia, devasta nuestra civilización, acarreado hambre y padecimientos y degradación, destruyendo lo mismo las almas que los cuerpos. Contemplad el mundo en este día fatigoso de la civilización del siglo xix. En todo país civilizado hain el sol encontraréis hombres y mujeres cuya condición es peor que la del salvaje; hombres, mujeres y pequeños con quienes el salvaje mismo no querría cambiarse. Aun en esta nueva ciudad nuestra, con un suelo virgen en torno, habéis tenido que fundar este invierno una sociedad de suciosos.

Vuestros caminos se han llenado de vagabundos; cincuenta, he oído decir que buscaron a la vez asilo aquí en la cárcel. Como aquí, en todas partes, y la miseria es más honda donde la riqueza es más abundante.

¿Qué cosa más antinatural que ésta? Nada hay en la Naturaleza semejante a esta miseria que hoy nos aflige. Vemos en la Naturaleza la rapiña; vemos unas especies destruyendo a otras; pero por regla general los animales no se comen a los de su propia especie; y dondequiera que vemos a una especie disfrutando abundancia, todos los individuos de esa especie participan de ella. Ningún hombre, creo, ha visto una manada de búfalos de los cuales unos pocos estuvieran gordos y la gran mayoría escuálidos. Ningún hombre ha visto jamás una bandada de pájaros, de los cuales dos o tres reziparan grasa y los otros estuvieran en la piel y los huesos. Ni en la vida salvaje hay nada semejante a esta miseria que gangrena nuestra civilización.

En un primitivo estado de la sociedad hay épocas de hambre, períodos en los que el pueblo fenece; pero estos son períodos en que la tierra ha rehusado dar su cosecha, en que la lluvia no ha caído del cielo o en que la tierra ha sido asolada por cualquier enemigo, no cuando hay abundancia. Y la singular característica de esta moderna miseria nuestra es que es más intensa donde la riqueza es más abundante.

Porque hoy, cuando sobre el mundo civilizado hay tanta calamidad, tanta necesidad, ¿cuál es el grito que se alza? ¿Cuál es la explicación corriente de los malos tiempos? (Sobrepoblación). Hay tantos trajes que los hombres tienen que ir harapientos; tanto carbón que, en las inviernos crudos, la gente tiene que tiritar; los graneros se desbordán de tal modo que el pueblo actualmente padece de inanición. (La sequía debida a la superproducción). ¿Se ha dicho jamás absurdo más grande? ¿Cómo puede haber superproducción hasta que todos tengan bastante? No es superproducción, es injusta distribución.

¡La miseria necesaria! ¡Cómo! Pensad en los padecimientos.

enormes latentes en el humano cerebro. Pensad cómo los inventos nos permiten hacer con la fuerza de un hombre lo que no hace mucho tiempo no podía hacerse con la fuerza de miles. Pensad que en Inglaterra únicamente la maquinaria de vapor en trabajo desarrolla, según se dice, una fuerza productiva mayor que la fuerza física de la población de todo el mundo, aunque todos fueran adultos. Y, sin embargo, sólo estamos comenzando a inventar y descubrir. No hemos utilizado todavía todo lo que ya ha sido inventado y descubierto. Y mirad los poderes de la tierra. Apenas han sido tocados. En cualquier dirección que miremos, nuevos recursos parecen ofrecerse. La aptitud del hombre para producir riqueza parece casi infinita, no vemos su límite. Mirad la fuerza que está fluyendo por vuestra ciudad con la corriente del Missisipi, que pudiera trabajar para vosotros. Así, en toda dirección, la energía que pudiéramos aprovechar se despilfarra; los recursos que pudiéramos obtener permanecen intactos. Y, sin embargo, los hombres se afanan y luchan para satisfacer meramente sus necesidades animales; las mujeres están trabajando, trabajando, trabajando hasta agotar sus vidas, y con bastante frecuencia caen en la desesperación por esta ruda lucha hasta perder todo lo que constituye el encanto femenino.

Si los animales razonaran, ¿qué deberían pensar de nosotros? Mirad uno de esos grandes vapores surcando el Atlántico contra el viento, contra las olas, absolutamente dispuesto a desafiar el supremo poder de los elementos. Si las gaviotas que se refugian sobre él fueran seres racionales ¿imaginarían que el animal capaz de una construcción como aquella podría padecer actualmente necesidad por falta de alimento? Sin embargo, así es. ¿Cuántos, aun de aquellos de nosotros que encuentran la vida muy fácil, son los que realmente viven una vida racional? Pensad en ello — los que creéis que sólo hay una vida para el hombre —, ¿no será un loco, por lo menos, el hombre para pasar su vida en esta lucha meramente por vivir? Y los que creéis, como yo creo,

que éste no es el fin del hombre, que esta es una vida que precede a otra vida, pensad cuantas nueve décimas ¡ay! no sé si noventa y nueve milésimas, de nuestros poderes vitales se despilfarran en el mero esfuerzo para ganarse la vida o en reunir lo que no podemos en manera alguna llevarnos. Tomad la vida del término medio de los trabajadores. ¿Es ésta la vida para la que el cerebro humano fué destinado y el corazón humano fué hecho? Mirad las fábricas desparramadas por nuestro territorio. Son poco mejores que presidios.

He leído en los periódicos de Nueva York, hace algún tiempo, que las muchachas de la fábrica de Yonkers se habían sublevado. Los periódicos decían que las muchachas ignoraban por qué se habían sublevado e insinuaban que debía ser solamente por el gusto de sublevarse. Después vino lo que las muchachas decían y se vió que se habían sublevado contra las reglas en vigor. Eran multadas si hablaba una con otra y multadas aún más pesadamente si se reían. Tenían una fuerte multa por un minuto de retraso. Visité en Filadelfia a una señora que había sido inspectora en varias fábricas y le pregunté: «¿Es posible que se apliquen tales reglas?» Me dijo que así ocurría en Filadelfia. Hay una multa por hablar con el vecino, una multa por reír; y me dijo que las muchachas en uno de los sitios donde estuvo empleada eran multadas con diez centavos por cada minuto de retraso, aunque muchas de ellas tenían que andar millas con las borrascas del invierno. Me dijo que una pobre muchacha trabajó realmente mucho una semana y ganó tres dollars y medio; pero las multas fueron cinco dollars y 25 centavos. Esto parece ridículo: es ridículo, pero es triste y vergonzoso.

Pero considerad el caso, aun de aquellos que están comparativamente independientes y bien. He aquí un hombre que trabaja hora tras hora, día tras día, semana tras semana, haciendo una cosa una y otra vez. Y ¿para qué? sólo para vivir. Trabaja diez horas al día para dormir ocho y tener dos o tres para sí propio cuando está reventado y todas sus facultades exhaustas. Esta no es una vida racional; esta no

es una vida para un ser que posee las facultades del hombre, y yo creo que todo hombre tiene que sentirlo en sí mismo. Recuerdo que cuando fui por primera vez a mi trabajo comprendí que era increíble que un hombre hubiese sido creado para trabajar durante todo el día sólo por vivir. Acostumbraba a leer el *Scientific American*, y como en él se anunciaba invento tras invento, solía pensar que cuando llegase a ser un hombre no sería necesario trabajar tan rudamente; pero, por lo contrario, la lucha por la existencia ha venido a ser más y más intensa. Quienes pretenden probar lo contrario presentan copiosas estadísticas para demostrar que la condición de las clases trabajadoras va mejorando. Mejora que tenéis que descubrir al través del microscopio estadístico no vale nada. Pero no hay mejora.

¡Mejora! Pues conforme a la última publicación de la Oficina de estadística del trabajo de Michigan que leía yo ayer en un periódico del Estrecho, tomando todos los trabajos, incluyendo algunos de muy altos precios, en los que los salarios son de 6 a 7 dollars al día, el tipo medio de las retribuciones asciende a 1,77 y restando el tiempo perdido a 1,40. Pues bien, cuando consideréis cómo un hombre puede vivir y mantener una familia con 1,40 al día, aun en Michigan, creo que no podréis deducir que las clases trabajadoras hayan mejorado mucho.

He aquí un hecho general, clarísimo, que ha sido afirmado por todos aquellos que han investigado en la materia, como Hallam, el historiador, y el profesor Thorold Rogers, que ha hecho un estudio de los precios de hace cinco centurias. Cuando todas las artes productoras estaban en su más primitivo estado, cuando no había sido introducido el más prolífico de nuestros modernos vegetales, cuando los rebaños eran pequeños y pobres, cuando apenas existían caminos y los transportes eran excesivamente difíciles, cuando todas las manufacturas se hacían a mano, en esos rudos tiempos la condición de los trabajadores de Inglaterra era mucho mejor que hoy. En esos rudos tiempos ningún hombre temía

a la miseria, salvo cuando llegaba un período de escasez y, a causa de las dificultades del transporte, la abundancia de un distrito no podía remediar la penuria de otro. Salvo en esos tiempos, ningún hombre tenía que temer a la miseria. El pauperismo tal como existe en los tiempos modernos era absolutamente desconocido. Todos, salvo el impedido físicamente, podía ganarse la vida, y aun el más pobre vivía con rudimentaria abundancia. Pero quizás el hecho más asombroso sacado a luz por esta investigación es que en aquel tiempo, bajo aquellas condiciones, en aquellas «edades oscuras», como las llamamos, la jornada de trabajo era sólo de ocho horas. Mientras, con todos nuestros modernos inventos y progresos, nuestras clases trabajadoras se agitan y luchan en vano para conseguir la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas.

¿Revelan progreso estos hechos? Pues, en el más rudo estado de la sociedad, en el más primitivo estado de las artes, el trabajo de un jornalero bastaba para subvenir a su vida y a la de aquellos que de él dependen. En medio de todos nuestros inventos hay grandes masas de hombres que no pueden hacer esto. ¿Cuál es el más asombroso hecho de nuestra civilización? Pues, lo que más asombró a aquellos jefes «sioux» que recientemente fueron traídos del lejano Oeste y llevados a visitar nuestras ciudades fabriles del Este, fué, no los maravillosos inventos que permiten a la maquinaria actuar casi como si fuera inteligente; no el desarrollo de nuestras ciudades; no la rapidez con que se mueve el ferrocarril; no el telégrafo o el teléfono; lo que más les sorprendió fué el hecho de que entre este maravilloso desarrollo del poder productivo encontraron pequeñuelos trabajando. ¡Asombro que debiera ser nuestro; lo más asombroso!

¡Hablar de la mejora en la condición de las clases trabajadoras, cuando los hechos son que una cada vez mayor proporción de mujeres y niños se ven obligados a trabajar! He oído que aun aquí, en nuestra propia ciudad, hay niños de trece y catorce años trabajando en las fábricas. En Detroit,

conforme a la relación de la Oficina de estadística del trabajo, de Michigán, la mitad de los niños de edad escolar no van a la escuela. En Nueva Jersey el *report* hecho para la Cámara describe un cuadro de miseria y de ignorancia que es acusador. Los niños crecen allí obligados a un monótono trabajo cuando debían estar jugando; niños que ignoran lo que es jugar; niños que han trabajado tanto tiempo que han quedado inútiles para él; niños creciendo en tal ignorancia que ignoran dónde está Nueva Jersey, que jamás han oído hablar de Jorge Washington, que algunos de ellos piensan que Europa está en Nueva York; hechos como estos son acusadores; significan que los propios cimientos de la República están minados. El hombre peligroso no es el hombre que trata de excitar el descontento; el hombre nocivo es el hombre que dice que todo es como debe ser. Un estado de cosas como éste no puede continuar; tendencias como las que vemos operar aquí no pueden seguir sin acarrear al fin un estallido destructor.

Digo que toda esta miseria e ignorancia que de aquí fluye son innecesarias; digo que no hay ninguna razón natural por la que no podamos ser todos ricos, en el sentido, no de tener más que cualquier otro, sino de tener todos lo bastante para satisfacer completamente todas las necesidades físicas: de tener todos bastante para ganar una vida fácil, en la que se pueda desenvolver la mejor parte de la humanidad. No hay ninguna razón para que la riqueza no sea tan abundante que nadie tenga que pensar en cosa tal como que los niños pequeños trabajen o una mujer sea compelida a una tarea a que no la destinó la Naturaleza; riqueza tan abundante que no haya razón para ese miedo devastador que algunas veces paraliza aun a aquellos que no son considerados «pobres», el miedo que cada uno de nosotros probablemente ha sentido de que, si la enfermedad le hiriese o si desapareciese, aquellos a quienes ama más que a su propia vida quedarían a cargo de la caridad. «Mirad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan». Yo creo que en una comunidad verdaderamente cristiana, en una sociedad

que honre no con los labios sino con las obras las doctrinas de Jesús, ninguno tendría ocasión de preocuparse por las necesidades físicas más de lo que se preocupan los lirios del campo. Hay bastante y de sobra. El daño está en que en esta lucha feroz arrojam al barro aquello que ha sido suministrado suficientemente para todos; lo arrojam al lodo, mientras unos a otros nos destrozamos y desgarramos.

Hay una causa para esta pobreza; y si la buscáis encontraréis su pista en una primera injusticia. Contemplad el mundo presente: miseria por todas partes. La causa debe ser común. No podéis atribuir la al Arancel o a la forma de Gobierno, o a esto o lo otro en que las naciones difieren; porque así como la profunda miseria es común a todas, la causa que la produce debe ser también una causa común. ¿Cuál es esta causa común? Hay una causa suficiente que es común a todas las naciones; y esta es la apropiación como propiedad de algunos de este elemento natural sobre el cual y del cual todos hemos de vivir.

Considerad el hecho de que os he hablado. El hecho acusador de que aun ahora es más difícil vivir que lo fué en las edades oscuras y primitivas de hace cinco centurias, ¿cómo os lo explicáis? No hay ninguna dificultad para encontrar la causa. Cualquiera que lea la historia de Inglaterra o la historia de cualquiera otra nación civilizada (pero yo hablo de la historia de Inglaterra porque es la que mejor conocemos) verá la razón. Siglo tras siglo, un Parlamento compuesto de aristócratas y patronos dictó leyes procurando reducir los salarios, pero en vano. Los hombres no podían ser oprimidos con salarios que permitieran simplemente vivir, porque la generosidad de la Naturaleza no se había cerrado enteramente para ellos; porque algunos residuos del reconocimiento de la verdad de que todos los hombres tienen derechos iguales sobre la tierra existían aún; porque la tierra de aquella comarca entregada al dominio particular lo era sólo en arrendamiento derivado de la nación y por una renta pagable a la nación. Las tierras eclesiásticas sufragaban los gastos del culto pú-

blico, el sostenimiento de los seminarios y el cuidado de los pobres; las tierras de la Corona subvencionaban a los gastos de la lista civil; y de una tercera porción de tierras, las tenidas bajo feudos militares, se costeaban los ejércitos. No había en Inglaterra en este tiempo Deuda nacional. Se mantuvieron guerras durante cientos de años, pero a expensas de los propietarios. Y lo que es más importante aún, subsistían en todas partes, y podéis ver en las ciudades de la vieja Inglaterra sus huellas hoy, las tierras comunes en las que todo el vecindario era libre. Cuando esas tierras fueron cerradas; cuando las tierras comunales fueron monopolizadas gradualmente, y las tierras eclesiásticas se convirtieron en presa de los insaciables cortesanos, y las tierras de la Corona fueron dadas en propiedad absoluta a los favoritos del Rey y los feudatarios militares defraudaron sus rentas y dejaron los gastos que habían convenido en pagar a cargo de la nación mediante los impuestos, que pesaron sobre la industria y sobre las ganancias, entonces fué cuando la pobreza comenzó a ahondarse y la emigración apareció en Inglaterra exactamente como hoy está apareciendo en nuestros nuevos Estados.

Ahora, pensad en ello: ¿es el monopolio de la tierra razón suficiente para la miseria? ¿Que es el hombre? En primer término, es un animal, un animal terrestre que no puede vivir sin tierra. Todo lo que el hombre produce viene de la tierra, toda labor productiva consiste en último análisis en trabajo sobre la tierra, o sobre los materiales de ella extraídos, dándoles las formas acomodadas para la satisfacción de las necesidades y deseos humanos. ¡Si hasta el mismo cuerpo del hombre está sacado de la tierra! Hijos del suelo, venimos de la tierra y a la tierra volveremos. Quitad del hombre todo lo que pertenece a la tierra y ¿qué tendréis sino un espíritu incorpóreo? Por consiguiente, aquel que posee la tierra sobre la cual y de la cual otro hombre ha de vivir es el dueño de ese hombre y el hombre es su esclavo. El hombre que posee la tierra sobre la cual yo tengo que vivir puede mandarme vivir o morir exactamente lo mismo que si yo fuera su propiedad.

Se habla de la abolición de la esclavitud; no hemos abolido la esclavitud; hemos abolido sólo una de sus formas rudimentarias, la esclavitud corporal. Hay una más profunda y más insidiosa forma, una forma más aborrecible aún a nuestros ojos que abolir, en esta esclavitud industrial que hace al hombre un esclavo virtual mientras se le ridiculiza y se le escarnea con el nombre de libre. ¡Miseria! ¡Necesidad! Atormentarán tanto como el látigo. ¡Esclavitud! Dios sabe cuántos horrores hay en la esclavitud; pero hay horrores más profundos aún en nuestras ciudades civilizadas de hoy. Mala como era la esclavitud corporal no inducía a las madres esclavas a matar sus hijos, y, sin embargo, podéis leer en informes oficiales que el sistema de seguros de la infancia, que tan fuertemente ha arraigado en Inglaterra y que ahora se está extendiendo por nuestros Estados del Este, ha aumentado perceptible y ampliamente la proporción de la mortalidad de los niños. ¿Qué significa esto?

Robinson Crusoe, como sabéis, cuando rescató a Viernes del poder de los caníbales hizo de él su esclavo. Viernes tuvo que servir a Crusoe. Pero, suponiendo que Crusoe hubiese dicho: «Oh, hombre y hermano, me alegro mucho de veros, y os doy la bienvenida en esta isla; seréis un ciudadano libre e independiente con los mismos derechos que yo, salvo que esta isla es mía, y como es natural, como yo puedo hacer lo que me plazca con mi propiedad, no podéis hacer uso de ella sin mi permiso». Viernes hubiera sido tan esclavo de Crusoe como si lo hubiera llamado así. Viernes no era un pez, no podía marcharse nadando al través del mar; no era un pájaro y no podía volar por el aire; para vivir, tenía que vivir en la isla. Y si esta isla era de Crusoe, Crusoe era dueño de su vida y de su muerte.

Un amigo mío, que opina como yo acerca de esta cuestión, hablaba hace algún tiempo con otro amigo mío, marino, pero que no prestaba mucha atención a la cuestión de la tierra. Nuestro amigo marino decía: «Sí, sí, el problema de la tierra es importante; yo admito que el problema de la tierra es muy

importante; pero hay otros problemas importantes. Hay este problema y aquel problema y el otro problema; y hay el problema del dinero. El problema del dinero es muy importante; es más importante que el problema de la tierra. Deme a mí todo el dinero y puede usted tomar toda la tierra». Mi amigo dijo: «Bien, suponga usted que tiene todo el dinero del mundo y que yo tengo toda la tierra del mundo, ¿qué haría usted si yo le diera orden de abandonarla?»

Sabéis que yo no creo que el común de los hombres se dé cuenta de lo que es la tierra. Conozco una niña que había ido a la escuela durante algún tiempo a estudiar Geografía y toda clase de cosas; y un día me dijo: «Hay algo que rodea la superficie de la tierra. Yo me pregunto cómo ver la superficie de la tierra». «Pues bien, le dije, mira a la superficie del corral. Esa es la superficie de la tierra». Replicó: «¿Esa es la superficie de la tierra? ¿Nuestro corral? Nunca lo habría creído». Este es el caso no sólo de mucha gente sino el de algunos reputados publicistas: Parecen pensar cuando hablo de la tierra que me refiero siempre a las granjas; que la cuestión de la tierra es una cuestión que se refiere exclusivamente a los labradores, como si la tierra no tuviera otro uso que el de producir cosechas. Ahora bien, yo quisiera saber cómo puede un hombre ni siquiera publicar un periódico sin tener el uso de alguna tierra. Él pudiera volar y subir en un globo, pero no puede ir más allá sin tierra. ¿Qué es lo que sostiene al globo en el aire? la tierra; la superficie de la tierra. Que desaparezca la tierra y veréis lo que sucedería al globo. El aire que sostiene al globo es a su vez sostenido por la tierra. Y así ocurre con todo lo que el hombre puede hacer. Que un hombre esté trabajando a 3.000 metros bajo la superficie de la tierra o que esté trabajando en la cima de uno de esos inmensos edificios que tiene Nueva York, que cave en la tierra o navegue por el Océano, siempre está usando tierra.

¡Tierra! Porque si poseéis un pedazo de tierra ¿qué es lo que tenéis? Los abogados os dirían que es vuestro desde el centro de la tierra hasta el cielo; y, hasta donde llegan los

humanos esfuerzos, lo hacéis efectivo; en Nueva York hay casas de 13 y 14 pisos. ¿Por qué es por lo que están pagando quienes viven en los pisos más altos? En ellos hay un amigo mío que tiene en uno su oficina y juzga que paga por el pie cúbico de aire. Bien, el hombre a quien pertenece la superficie del suelo tiene la renta del aire que hay sobre él y la tendría aunque la altura de las construcciones se midiera por millas.

Esta cuestión de la tierra es la cuestión fundamental. El hombre es un animal terrestre. Imaginad que necesitáis construir una casa; ¿podéis construirla sin un lugar en que situarla? ¿Con qué se construye? Piedra o cal o madera o hierro, todo viene de la tierra. Pensad en cualquier clase de riqueza que escojáis, en cualquiera de aquellas cosas por las que el hombre lucha, ¿de dónde vienen? De la tierra. Esta es la cuestión fundamental.

La cuestión de la tierra es simplemente el problema del trabajo, y cuando algunos hombres se apropian este elemento, del cual tiene que ser extraída toda la riqueza y sobre el cual todos tenemos que vivir, aquéllos tienen el poder de vivir sin trabajar y, por consiguiente, aquellos que trabajan ganan menos que lo que su trabajo produce.

¿Habéis pensado alguna vez en el hecho enteramente absurdo y extraño de que, en todo el mundo civilizado, las clases trabajadoras son las clases pobres? Id a cualquier ciudad del planeta, tomad un coche y decid al cochero que os lleve donde vive la clase trabajadora; No os llevará adonde están las casas hermosas; os llevará por el contrario por los barrios más sucios; los barrios más pobres. ¿Habéis pensado cuán curioso es esto? Pensad por un momento cuánto sorprendería esto a un ser racional que no hubiera estado nunca antes en la tierra, si tal inteligencia pudiera bajar y le fueseis explicando cómo vivimos en la tierra, cómo las casas, el alimento y los vestidos y las muchas cosas que necesitamos son producidas por el trabajo. ¿No pensaría que los trabajadores serían la gente que viviera en las más hermosas casas y que tuviera mayor número de cada

una de las cosas que el trabajo produce? Y, sin embargo, le llevéis a Londres, a París, a Nueva York o a Burlington, encontraría que aquellos que se llaman clase obrera son los que viven en las casas más pobres.

Todo esto es extraño; pensad en ello. Nosotros, naturalmente despreciamos la pobreza; y es razonable que sea así. Yo no digo, lo rechazo expresamente, que la gente que es pobre lo sea siempre por su propia falta ni aun en la mayoría de los casos; pero debiera ser así. Si cualquiera hombre o mujer buenos, tuvieran el poder de crear un mundo, sería éste un mundo en el cual nadie sería pobre, a menos que fuese holgazán o vicioso. Pero así es precisamente este género de mundo en que estamos; así es precisamente la clase de mundo que el Creador ha hecho. La Naturaleza da al trabajo y al trabajo únicamente; tiene que haber trabajo humano antes de que sea producida ninguna clase de riqueza; y en un natural estado de cosas, el hombre que trabajase honradamente y bien sería el hombre rico, y el que no trabajase sería pobre. Hemos invertido el orden natural de tal manera, que estamos acostumbrados a concebir al trabajador como un hombre pobre.

Y si investigáis la razón de ello, creo que veréis que la causa primaria es que nosotros obligamos a aquellos que trabajan a pagar a otros por el permiso de hacerlo. Compráis un abrigo, un caballo, una casa; entonces pagáis al vendedor por el trabajo empleado, por algo que él ha producido o que ha recibido de aquel que lo produjo; pero cuando pagáis a un hombre por la tierra ¿por qué es por lo que estáis pagando? Le pagáis por algo que no ha producido; le pagáis por algo que estaba allí antes de que el hombre existiera, o por un valor que ha sido creado no por él individualmente, sino por la sociedad de que forma parte. ¿Cuál es la causa de que la tierra ésta donde nosotros estamos esta noche tenga ahora más precio que hace veinticinco años? ¿Cuál es la causa de que la tierra en el centro de Nueva York, que en un tiempo pudo ser comprada a razón de una milla por un jarro

de whisky, valga ahora tanto que aunque la cubrierais con oro no alcanzaríais su valor? ¿No es a causa del incremento de población? Quitad esta población y ¿qué sería del valor de la tierra? Considerad esto desde el punto de vista que os plazca.

Hablamos de la sobreproducción. ¿Cómo puede pensarse en sobreproducción mientras la gente siente necesidad? Todas esas cosas de las que se dice que hay sobreproducción son apetecidas por mucha gente. ¿Por qué no las tienen? No las tienen porque carecen de medios para comprarlas; no porque no las necesiten. ¿Por qué carecen de medios para comprarlas? Ganan demasiado poco. Cuando grandes masas de hombres tienen que trabajar por un término medio de 1,40 dollar al día no es de extrañar que grandes cantidades de artículos no puedan ser vendidos.

Ahora bien, ¿por qué los hombres tienen que trabajar por tan bajos salarios? Porque si piden salarios más altos hay muchos hombres parados dispuestos a ocupar sus sitios. Esta masa de hombres parados es la que obliga a esta fiera competencia que baja los salarios hasta el nivel de una subsistencia mísera. ¿Por qué hay hombres que no pueden encontrar ocupación? ¿Habéis pensado alguna vez cuán extraño es que hombres no puedan encontrar trabajo? Adam no tuvo dificultad para encontrar empleo ni lo tuvo Robinson Crusoe; el encontrar trabajo fué lo último que pudo preocuparle.

Si los hombres no pueden encontrar quien les dé trabajo, ¿por qué no se emplean a sí propios? Sencillamente, porque han sido arrojados del único elemento sobre el cual puede emplearse el trabajo humano; los hombres son competidos a competir entre sí por los salarios de un patrono, a causa de que les han sido robadas las oportunidades naturales para emplearse a sí propios; porque no pueden encontrar un pedazo del mundo, hechura de Dios, sobre el cual trabajar sin pagar a alguna criatura humana por el privilegio de hacerlo.

No quiero decir que aun después de reparada esta funda-

mental injusticia no hubiera muchas cosas que hacer; pero si digo que nuestro régimen de la tierra está en los cimientos de todas las cuestiones sociales. Digo que, hagáis lo que queráis, reforméis lo que podáis, jamás os veréis libres de esa universal miseria mientras el elemento sobre el cual y del cual todos los hombres tienen que vivir sea propiedad privada de algunos hombres. Es enteramente imposible. Reformad Gobiernos, rebajad los impuestos hasta el mínimo, construid ferrocarriles, instituid almacenes cooperativos, dividid los provechos si os parece, entre patronos y obreros, ¿cuál sería el resultado? El resultado sería que la tierra aumentaría de valor; este sería el resultado y nada más que éste. La experiencia lo demuestra. Todos los progresos, ¿no aumentan sencillamente el valor de la tierra, el precio que cada uno debe pagar a otros por el privilegio de vivir?

Meditad el asunto. Lo digo con todo respeto y simplemente porque deseo imprimir en vuestros espíritus esta verdad: es totalmente imposible, mientras sus leyes sean las que son, que Dios mismo remediara la pobreza; enteramente imposible. Pensad en ello y lo veréis. Los hombres ruegan al Todopoderoso que remedie la miseria. Pero la miseria no viene de las leyes divinas; esto es una blasfemia del peor género; viene de la injusticia de los hombres para con sus semejantes. Suponed que el Todopoderoso oyera la súplica, ¿cómo podría atender la petición mientras sus leyes fueran lo que son hoy? Meditad: el Todopoderoso no nos da nada de lo que constituye la riqueza; meramente nos da la materia prima que el hombre ha de utilizar para producir la riqueza; ¿nos da bastante ahora? ¿Cómo podría Él remediar la miseria, aun cuando nos diese más? Suponiendo que en contestación a esos peticionarios aumentara el poder del sol o la fertilidad del suelo e hiciera las plantas más prolíficas o que los animales se reprodujeran más abundantemente, ¿quién recibiría el beneficio de esto? Tomad un país donde la tierra esté completamente monopolizada, como ocurre en la mayoría de las naciones civilizadas; ¿quién recibiría los beneficios?

Únicamente los propietarios. Y aun si Dios, en contestación a la súplica, hiciera llover del cielo todas las cosas que el hombre necesita, ¿quién recibiría el beneficio?

En el Antiguo Testamento se lee que cuando los israelitas peregrinaron por el desierto padecieron hambre y que Dios hizo caer del cielo el maná. Era bastante para todos y todos tomaron y fueron socorridos. Pero, suponiendo que el desierto hubiera sido propiedad privada como lo es el suelo de la Gran Bretaña y aun el suelo de nuestros nuevos Estados, suponiendo que uno de los israelitas tuviera una milla cuadrada y otro veinte millas cuadradas y otro cien millas cuadradas y la gran mayoría de los israelitas no hubiera tenido que llamar suyo ni siquiera lo bastante para poner la suela de sus zapatos, ¿qué hubiera sido del maná? ¿Qué beneficios hubiera dado a la mayoría? Ninguno. Aunque Dios hubiese enviado maná bastante para todos, el maná hubiera sido propiedad de los propietarios de la tierra; éstos quizá hubieran empleado algunos de sus semejantes en recogerlo en montones y lo hubieran vendido a sus hermanos hambrientos. Suponedlo. La compra y venta del maná hubiera continuado hasta que la mayoría de los israelitas hubiesen dado cuanto tenían, hasta las ropas con que cubrían sus cuerpos. Y ¿entonces qué? Entonces no les hubiera quedado nada con que comprar el maná y la consecuencia hubiera sido que, mientras ellos sentían hambre, el maná hubiera permanecido en grandes montones y los propietarios de la tierra se hubiesen quejado de una superproducción de maná. Hubiera habido una gran cosecha de maná y gente hambrienta. Precisamente el fenómeno que estamos viendo hoy.

No puedo tratar todos los puntos que deseara, pero quiero llamar vuestra atención sobre el profundo absurdo de la propiedad privada de la tierra. Porque, considerad la idea de un hombre que vende la tierra, la tierra, nuestra madre común. Un hombre que vende lo que el hombre no produce, un hombre transmitiendo el título posesorio de una generación a otra; ¿qué cosa hay más absurda en el mundo? ¿Ha-

habéis pensado en esto? ¿Qué derecho tiene un hombre muerto a la tierra? ¿Para quién fué creada esta tierra? Fué creada para los vivos, no ciertamente para los muertos. Pues bien, ahora nosotros la tratamos como si hubiese sido creada para los muertos. ¿De dónde vienen nuestros títulos sobre la tierra? Vienen de hombres cuya mayor parte han pasado y desaparecido. Aquí, en esta comarca nueva alcanzamos a ver un poco más próxima su fuente original; pero id a los Estados del Este y más allá del Atlántico. Allí podéis ver claramente el poder que viene de la propiedad territorial.

Como digo, el hombre que es dueño de la tierra es dueño de aquellos que deben vivir sobre ella. He aquí un moderno ejemplo. Aquellos a quienes es familiar la historia de la Iglesia escocesa saben que en sus comienzos hubo una disidencia en dicha iglesia. Los que han leído la obra de Hugh Miller sobre *The Cruise of the Betsy* saben algo de esto; y cómo muchos, inducidos por el Doctor Chalmers, se separaron de la iglesia oficial y dijeron que querían formar una iglesia libre. En la iglesia oficial había gran número de propietarios. Algunos de ellos, como el duque de Buccleuch, poseían millas y millas de tierra sobre la cual la generalidad de los escoceses no tenía derecho a poner sus pies sino con el permiso del duque de Buccleuch. Estos propietarios no sólo rehusaron a «fieles libres» permiso para tener terreno sobre el cual erigir una iglesia, sino que no les dejaron permanecer en sus territorios y rendir culto a Dios. Los que habéis leído *The Cruise of the Betsy* sabéis que esta es la historia de un clérigo que fué obligado a vivir en un bote sobre el mar bravío, porque no le permitían tener tierra bastante para vivir sobre ella. En muchos lugares la gente tenía que recibir la comunión con el agua hasta las rodillas; muchos hombres murieron por realizar sus prácticas religiosas en los caminos bajo la lluvia y la nieve. No les estaba permitido penetrar en la tierra del señor propietario y rendir culto a Dios y tenían que hacerlo en los caminos. El duque de Buccleuch se mantuvo en esa actitud durante siete años,

obligando a la gente a realizar sus prácticas religiosas sobre los caminos, hasta que finalmente, apiadándose un poco, les consintió hacerlo sobre un arenal; por lo que entonces elevaron un mensaje de gracias a S. E.

Pero no es esto lo que yo necesito deciros. Lo que me sorprendió fué este hecho significativo: tan pronto como ocurrió el rompimiento, la Iglesia Libre, compuesta de gran número de hombres aptos, envió inmediatamente a los propietarios una comisión pidiendo para los escoceses permiso para dar culto a Dios en Escocia y conforme a sus creencias. Esta comisión fué a Londres; tuvo que ir a Londres, a Inglaterra, para que se les permitiera a los escoceses rendir culto a Dios en Escocia, en su tierra nativa.

Pero no es esto lo más absurdo. En un sitio, después de que se les negó tierra en la que permanecer y rendir culto a Dios, el propietario murió, quedando su propiedad en manos de los albaceas, y la contestación de éstos fué que, por ellos, hubieran tenido mucho gusto en ceder un sitio para levantar una iglesia, pero que en conciencia no podían hacerlo porque sabían que tal resolución hubiera desagradado mucho al difunto Mr. Monaltiel. Ahora bien, este difunto había ido al cielo, esperémoslo; en todo caso, se había marchado de este mundo, y sin embargo, a menos de disgustarle, hombres aún vivos no podían rendir culto a Dios. ¿Es posible llevar el absurdo más lejos?

Podéis decir que esta gente escocesa es muy absurda, pero no lo son ni un ápice más que nosotros. Hace muy poco leí que algunos pescadores de Long Island habían pagado como renta por el privilegio de pescar allí cierta parte de lo que pescaban. Pagaban a causa de que creían que Jorge II, un hombre que murió hace siglos, un hombre que jamás puso sus pies en América, un rey que fué arrojado del Trono inglés, les había dicho que pagaran, y ellos designaron un comité que fué a la capital del condado. No encontraron nada encajinado a demostrar que Jorge II hubiese ordenado que ellos tuvieran que pagar a nadie parte de su pescado y por esto

rehusaron pagar durante más tiempo. Pero si hubieran encontrado que Jorge II había dicho realmente que debían hacerlo, hubieran seguido pagando. ¿Puede haber algo más absurdo?

Hay en Nueva York un jardín — Stuyvesant Square — que es cerrado a las seis de la tarde aun en las largas tardes de verano. ¿Por qué es cerrado? ¿Por qué hay niños a quienes no se les permite jugar allí? Pues, porque el viejo Mr. Stuyvesant, muerto y desaparecido no sé cuántos años hace, así lo quiso. ¿Puede haber algo más absurdo?

Y, sin embargo, esto no es más absurdo que lo son nuestros títulos de propiedad territorial. ¿De dónde vienen éstos? De muerto tras muerto. Imaginad que tomáis aquí el tren para ir a «Council Bluffs» o a Chicago. Encontráis un viajero que tiene su equipaje esparcido por todos los asientos. Le decís: «¿quiere usted hacerme el favor de dejarme un sitio?» Replica: «No; he comprado estos sitios». «¿Comprado estos sitios?» «¿A quién se los ha comprado usted?» «Se los he comprado al viajero que se marchó en la estación anterior. Este es el modo como nosotros tratamos esta tierra nuestra.

¿No es una verdad axiomática, como Tomás Jefferson dijo, que «la tierra pertenece en usufructo a los vivos», y que aquellos que han muerto la han dejado y no tienen facultad para decir cómo dispondremos de ella? ¡Derecho a la tierra! ¿Cómo puede obtener un hombre título alguno que haga propiedad suya la tierra?

Hay un sagrado derecho de propiedad, sagrado porque es conforme a las leyes de la Naturaleza, esto es, a las leyes divinas y necesario al orden social y a la civilización. Es el derecho de propiedad sobre las cosas producidas por el trabajo; dimana del derecho del hombre sobre sí propio. Lo que un hombre produce suyo es contra todo el mundo, para darlo o para guardarlo, para prestarlo, venderlo o legarlo; pero ¿cómo puede tener un derecho semejante a éste sobre la tierra, si ésta existía antes que él viniese? La reclamación individual sobre la tierra se funda solamente en la apropiación. He leído en un número reciente de la *Nineteenth Century*,

probablemente alguno de vosotros lo habéis leído también, un artículo suscrito por un ex primer Ministro de Australia, en el que se hace una pequeña historia que atrajo mi atención. Se trata de un hombre llamado Galahard, el cual en los primeros días subió a la cumbre de un alto monte en una de las más hermosas comarcas del Oeste australiano. Fué allí, miró en torno e hizo esta declaración: «Toda la tierra que se ve alrededor de la cima de este monte es mía; y toda la tierra que está fuera del alcance de la vista es de mi hijo Juan».

Esta anécdota es de universal aplicación. Los derechos sobre la tierra en todas partes vienen de una apropiación semejante a ésta. Ahora bien, bajo ciertas circunstancias la apropiación puede dar un derecho. Invitáis a unos cuantos caballeros a comer y les decís: «siéntense, señores». Y yo me siento en esta silla. Pues este asiento, por el tiempo que lo ocupo es mío por derecho de apropiación. Sería muy poco caballeroso, sería muy injusto que cualquiera de los demás invitados se levantara y dijera: «levantáos de ese asiento, necesito sentarme ahí». Pero este derecho de posesión, que es legítimo en cuanto concierne al asiento durante algún tiempo, no puede darme derecho a apropiarme todo lo que está sobre la mesa, ante mí. Conviniendo en que un hombre tiene el derecho de apropiarse tanta parte de los elementos naturales como puede usar, ¿tiene algún derecho a apropiarse más de lo que puede usar? ¿Tiene un invitado, en un caso como el que imaginé, derecho a apropiarse más de lo que necesita y a hacer que otros se queden en pie? No tiene ninguno.

Pues bien, mirad toda esta comarca, contemplad toda esta ciudad y cualquiera otra ciudad. Si los hombres toman sólo lo que necesitan usar tendremos para todos bastante; pero toman lo que en absoluto no necesitan usar. Aquí hay unos cuantos ingleses que vienen y adquieren títulos sobre nuestra tierra en vasta escala; ¿para qué necesitan nuestra tierra? No la necesitan de ningún modo; no es la tierra lo que necesitan; ellos no van a utilizar la tierra americana. Lo que necesitan es la renta que ellos saben que pueden obtener

de ella dentro de poco. ¿De dónde viene esa renta? Viene del trabajo, del trabajo de los ciudadanos americanos. Lo que nosotros vendemos a esa gente son nuestros hijos, no la tierra.

Miseria. ¿Puede dudarse de su causa? Id a los países viejos, id a la Irlanda occidental, a los *highlands* de Escocia; son sociedades completamente primitivas. Encontraréis allí gente tan pobre como se puede ser, que come año tras año harina de maíz o patatas y padece a menudo hambre. Podría haceros la patética historia de muchos. Hablando con un médico escocés que me decía cómo esta penuria va produciendo entre esa gente una enfermedad semejante a la que por iguales causas devasta a Italia (la pelagra), le decía: «Allí hay mucho pescado; ¿por qué no pescan? Allí hay mucha caza. Sé que las leyes están contra ellos, pero ¿no podrían cogerla furtivamente?» «Esto, me replicó, no les pasará nunca por la cabeza. Porque si se sospechara de un individuo que le gustaba una trucha o una gallina, tendría que marcharse inmediatamente». No hay dificultad alguna para descubrir lo que hace pobres a estos pueblos. No tienen derecho a nada de lo que les da la Naturaleza. Todo lo que ellos pueden obtener sobre lo indispensable para la subsistencia deben entregarlo como pago al propietario de la tierra. No sólo tienen que pagar por la tierra que utilizan, sino que tienen que pagar por las algas que vienen a las playas y por los juncos que arrancan del pantano. No se atreven a mejorar, porque cualquier mejora que hacen es un pretexto para elevarles la renta. Este pueblo, que trabaja afanosamente, vive en chozas, y los propietarios, que no trabajan nada, ¡oh! esos viven lujosamente en Londres o en París. Si tienen allí apeaderos de caza, son castillos magníficos, comparados con las chozas en que viven los hombres que hacen la obra. ¿Hay alguna duda sobre la causa de la miseria allí?

Ahora bien; id a las ciudades y ¿qué veréis? Pues veréis una miseria aún más profunda; si yo quisiera señalaros los peores males del monopolio de la tierra, no os llevaría a Connemara; no os llevaría a Skye o Kintyre; os llevaría a

Dublín o Glasgow o Londres. Allí hay algo peor que los padecimientos físicos, algo peor que la inanición; y es la degradación del espíritu, la muerte del alma, esto es lo que encontraréis en aquella ciudad.

Pues bien, ¿cuál es la causa de esto? Se ve fácilmente: la gente arrojada de la tierra en el campo cae en los suburbios de las ciudades. A medida que los hombres son arrojados de la tierra campesina, disminuye la demanda de las cosas producidas por los trabajadores de las ciudades; y el hombre mismo, con su mujer y sus hijos, se ve obligado a competir con estos trabajadores de cualquier modo, por una mísera existencia, y fuerza a bajar los salarios. Debe encontrar trabajo o fenecer; debe encontrar trabajo o hacer lo que aquellas gentes temen más que a la muerte, mientras conservan sentimientos levantados: ir a un asilo. Esta es la razón de que aquí, como en la Gran Bretaña, las ciudades tengan una superpoblación. Abrid la tierra que está cerrada, que está poseída por los perros del hortelano, quienes no la utilizan por sí mismos y no dejan a nadie que la utilice, y no veréis más emigración ni oiréis ya hablar de superproducción.

¡El completo absurdo de la propiedad privada de la tierra! Desafío a que nadie me indique ningún bien que de ella venga, búsquelo como quiera. Id a las nuevas tierras, que primeramente llamaron mi atención, o id al corazón de la capital del mundo, Londres. En todas partes, cuando vuestros ojos estén abiertos, veréis su iniquidad y su absurdo. No tenéis que ir más allá de Burlington. Tenéis aquí un hermosísimo espacio para la ciudad, pero la ciudad en sí misma, comparada con lo que debiera ser, es una miserable, una destartada ciudad. Un señor me mostró hoy un gran hoyo en medio de una de vuestras calles. El lugar había sido rellenado en torno de aquél, pero quedaba el hoyo. No era ni bonito ni útil. ¿Por qué seguía allí el hoyo? Pues seguía porque alguien lo consideraba como su propiedad privada. Hay un hombre, me decía este señor, que desea igualar otra porción de terreno y necesita un sitio para ir echando los escombros que

quitase de allí, y ofreció comprar este agujero con el fin de rellenarlo. Ahora bien, sería bueno para Burlington verlo relleno, bueno para todos. Vuestra ciudad tendría mejor aspecto y vosotros no correríais el peligro de caer dentro de él en alguna noche oscura. Mi amigo me enseñó otro hoyo parecido que se había ido llenando de agua, y me dijo que se habían ahogado en él dos niños. También me contó que, hace años, un borracho se había caído en un hoyo igual a ese y había seguido un proceso contra la ciudad, proceso que costó a vuestros contribuyentes unos 12.000 dollars. Claramente se ve el interés de todos en rellenar el hoyo. El hombre que quería rellenarlo ofreció al propietario 300 dollars. Pero el propietario rehusó la oferta y declaró que no cedería hasta que le dieran mil, y entretanto ese feo y peligroso hoyo subsiste. Esto no es sino un ejemplo de lo que es la propiedad privada de la tierra.

Podéis ver lo mismo en todo este país. Ved cuán dañosamente afecta a los caminos y a las distancias entre los pueblos esta idea de la propiedad privada de la tierra en los distritos rurales. Un hombre no toma la tierra que necesita, la que ha de usar, sino que toma toda la que puede, y la consecuencia es que su vecino más próximo tiene que alejarse. Y la gente está separada una de otra más de lo que debiera estar, aumentando las dificultades de producción y con pérdida de la vecindad y la compañía. Tienen que conservar más caminos de los que razonablemente pueden conservar; tienen que trabajar más para ganar lo mismo y la vida es en todos sus aspectos más difícil y más triste.

Cuando venís a la ciudad pasa precisamente lo contrario. En el campo la gente está demasiado diseminada. En las grandes ciudades demasiado aglomerada. Id a una ciudad como Nueva York y allí están apelmazados como sardinas en lata, viviendo familia sobre familia, unas sobre otras. Es totalmente antinatural y antihigiénico. ¿Cómo podéis tener algo que se parezca a un hogar en una habitación de dos o tres cuartos? ¿Cómo pueden los niños criarse saludables sin

un sitio para jugar? Hace dos o tres semanas lei que un juez de Nueva York impuso cinco dollars de multa a dos chicleños que jugaban a la pata coja en medio de la calle; ¿en qué otro sitio podían jugar? La propiedad privada de la tierra les ha robado todo sitio para sus juegos. Hasta un hombre moderado que estudió el asunto dijo que, en su opinión, los palacios de máquinas de Londres eran un bien positivo allí porque permitía a la gente albergada en cuartos oscuros y pequeños ver alguna claridad, y esto les preservaba de volverse locos.

¿Cuál es el motivo de esta superpoblación de las ciudades? No hay ninguna razón natural. Ved Nueva York: la mitad de su superficie está sin edificar. ¿Por qué, pues, tiene la gente que apelmazarse de ese modo? Únicamente a causa de la propiedad privada de la tierra. Hay mucho sitio para construir casas y mucha gente que desea construir casas; pero antes de que nadie pueda construir una casa hay que pagar un buen precio a algún perro del hortelano. En muchos casos cuesta más adquirir el solar sobre el que construir la casa que la construcción misma y después, ¿qué le ocurre al que paga ese alto precio y construye la casa? Encima viene el recaudador de tributos y le multa por haber construido. Así ocurre en todos los Estados Unidos: los hombres que hacen mejoras, los hombres que convierten las praderas en granjas y los desiertos en jardines, los hombres que embellecen vuestras ciudades son gravados y multados por haber hecho estas cosas. Ahora bien, nada es más claro que el que el pueblo de Nueva York necesita más casas. Y creo que aun aquí, en Burlington, estaríais mejor con más casas. ¿Por qué, pues, multáis al hombre que las construye? Contemplad toda esta comarca: la carga del impuesto gravita sobre el que hace mejoras; el hombre que levanta un edificio o establece una fábrica o cultiva una granja es gravado por ella; y no únicamente gravado por ella, sino que creo que, de cada diez casos en nueve, la tierra que utiliza, la tierra sola está gravada más que el lote vecino o los 160 acres de al lado que

cualquier especulador conserva como un simple perro del hortelano, no utilizándolo él por sí mismo y no permitiendo a nadie que los utilice.

Estoy extendiéndome demasiado, pero dejadme puntualizar en pocas palabras el modo de verse libre del monopolio de la tierra, garantizando el derecho de todos a los elementos que son necesarios para la vida. Nosotros no podemos dividir la tierra. En un primitivo estado de la sociedad, como entre los antiguos hebreos, dando a cada familia su lote y haciéndolo inalienable conseguiríamos algo semejante a la igualdad. Pero en una civilización compleja esto no bastaría. No hay, por consiguiente, que dividir la tierra. Todo lo necesario es dividir la renta que procede de la tierra. De este modo podríamos conseguir una absoluta igualdad, y la adopción de este principio no implicaría ni un choque demasiado rudo ni un cambio violento. Se puede implantar gradual y fácilmente aboliendo los impuestos que hoy recaen sobre el capital, trabajo y mejoras y obteniendo todas nuestras rentas públicas por el impuesto sobre el valor de las tierras. Y mientras más lo penséis más claramente veréis que en todos sus aspectos posibles sería éste beneficioso.

Ahora bien, suponiendo que aboliéramos todos los otros tributos directos e indirectos, substituyéndolos por un impuesto sobre el valor de las tierras, ¿cuál sería el efecto? En primer lugar mataría los valores de especulación, trasladaría el peso del tributo desde las partes más nuevas del país a las partes más ricas. Exceptuaría de la tributación al trabajador y haría pagar más a las grandes ciudades. Eximiría a la energía y a la iniciativa, al capital y al trabajo de todos los gravámenes que ahora pesan sobre ellos. ¡Qué impulso daría a la producción! En segundo lugar podríamos con el valor de la tierra pagar, no sólo los actuales gastos públicos, sino infinitamente más. En la ciudad de San Francisco, James Lick dejó unos pocos pedazos de tierra con destino a usos públicos, y la renta suma tanto, que con ella se construirá el más grande telescopio del mundo, amplios baños públicos y otros

edificios públicos y varios costosos monumentos. Si en vez de esos pocos pedazos se hubiera aplicado a San Francisco todo el valor de la tierra sobre que se ha construido la ciudad, ¿qué no podría hacerse?

Así, en esta pequeña ciudad, donde la tierra es muy barata comparada con ciudades como Chicago y San Francisco, podríais hacer muchas cosas de beneficio común y públicas mejoras si os apropiárais con fines públicos el valor de la tierra que ahora va a los individuos. Podríais tener una gran biblioteca pública. Podríais tener una galería de Arte; podríais haceros un parque público, un magnífico parque público. Disponéis de uno de los más hermosos parajes naturales que yo conozco para hacer una bella ciudad, y he viajado mucho. Podríais hacer una ciudad tal, que fuera un gozo vivir en ella. No lo haréis si seguís como ahora; no. Porque precisamente el hecho de que tengáis un magnífico paisaje, será causa de que algunos se aferren a esa tierra que domina el paisaje y exijan muy altos precios por ella. El Estado de Nueva York necesita comprar una lengua de tierra que permita a la gente disfrutar de la vista del Niágara, pero ¿qué precios tiene que pagar por ella? Mirad a todas las grandes ciudades; en Filadelfia, por ejemplo, para construir su gran Ayuntamiento han tenido que cerrar las únicas dos grandes calles que había en la ciudad. Por dondequiera que váis encontráis cómo la propiedad privada de la tierra impide lo mismo las mejoras públicas que las privadas.

Pero no tengo tiempo para entrar en más detalles. Puedo sólo pedirlos que meditéis sobre este asunto, y mientras más lo hagáis más veréis su conveniencia. Como un inglés amigo mío dice: «ningún impuesto y una pensión para cada cual»; y ¿por qué no había de ser? Tomar el valor de la tierra para fines públicos no es realmente imponer un tributo, sino tomar para fines públicos un valor creado por la comunidad. Y aparte de los recursos que podríamos obtener así de la propiedad común, podríamos sin deprimir a nadie suministrar lo bastante para garantir contra la necesidad a cuantos se vieran

privados de sus naturales protectores o víctimas de algún accidente, o a cualquiera que fuese tan viejo que no pudiera trabajar. Toda esa charlatanería que se oye en algunos puntos de que se perjudica a la gente dándole lo que no ha ganado trabajando es una majadería. La verdad es que cualquier cosa que lastime la dignidad degrada y daña; pero si lo dáis como un derecho, como algo a lo cual cada ciudadano tiene un título, eso no degrada. Las escuelas de caridad degradan a los niños que a ella se envían; pero las escuelas públicas, no.

Pero todos estos beneficios, aunque grandes, serían incidentales. Lo grande sería que la reforma que propongo tendería a abrir oportunidades al trabajo y capacitaría a los hombres para emplearse a sí propios. Esta es la gran ventaja. Ganaríamos los enormes poderes productivos que se desperdician en todo el país; el poder de los brazos ociosos, que trabajarían alegremente; y, removido esto, veríamos comenzar a subir los salarios. No es que todo el mundo se convirtiera en labrador o que todos se construyeran por sí propios una casa si tenían oportunidad para hacerlo, sino que podrían y querían tantos cuantos fueran necesarios para disminuir la presión del mercado de trabajo y proporcionar ocupación a los demás. Y a medida que fueran subiendo los salarios a más alto nivel veríamos aumentar los poderes productores. El país donde los salarios son altos es el país de poderes productivos más grandes. Donde los salarios son más altos la invención es más activa, el trabajo más inteligente, mayor el campo para el ejercicio de la actividad. Cuanto más penséis esto más claramente veréis que es verdad lo que os digo. No puedo esperar convencerlos hablándoos durante una o dos horas, pero me daré por satisfecho si os incito a la indagación. Pensad por vosotros mismos; preguntáos si este universal hecho de la miseria no es un crimen y un crimen del cual cada uno de nosotros, hombres y mujeres, quienes no hagan cuanto puedan para llamar la atención acerca de él y procurar disiparlo, somos responsables.

VÉNGANOS EL TU REINO

El domingo 28 de Abril de 1889, Henry George pronunció la siguiente conferencia en la City-Glasgow. Tema: «Vénganos el Tu Reino». El salón estaba completamente lleno mucho antes de la hora fijada.

Henry George, dijo:

Acabamos de juntarnos en la más solemne, más sagrada y más católica de todas las plegarias. «¡Padre nuestro que estás en los cielos!» En cuantos lo aprendimos en nuestra infancia, evoca las más dulces y tiernas emociones. Unas veces consciente, otras rutinariamente, ¡cuántas veces la hemos repetido! Durante siglos, cada día, cada hora, ascendiendo esta súplica: «¡Vénganos el Tu Reino!» ¿Ha venido? Conste esta cristiana ciudad de Glasgow — Glasgow, que fue la «floreciente por la predicación de la palabra» —. «Vénganos el Tu Reino». Día tras día, domingo tras domingo, semana tras semana, siglo tras siglo ha ascendido esta súplica; y hoy, en esta llamada cristiana ciudad de Glasgow, 125.000 seres humanos — así dicen vuestros funcionarios de Beneficencia —, 125.000 criaturas de Dios, viven en una sola habitación por familia. «Vénganos el Tu Reino». Lo hemos estado implorando e implorando y aún no ha venido. Tanto se ha retardado, que muchos creen que no ven-

drá nunca. Este es el punto vital en que esto que acostumbramos a llamar cristianismo del tiempo presente tanto difiere del cristianismo que derrumbó el mundo antiguo, aquel cristianismo que bajo la raíz de una vieja civilización plantó la semilla de una nueva y más alta. Nos hemos acostumbrado a pensar que el reino de Dios no es para este mundo; que virtualmente este es el mundo del demonio y que el reino de Dios está en alguna otra esfera a la cual aquél elevará a los buenos cuando mueran — como los buenos americanos dicen que «cuando mueren van a París» —. Si es así, ¿para qué sirve implorar la venida de aquel reino? Dios, el Dios de los cristianos, el Todopoderoso, el Padre amante de quien Cristo habló — ¿es un monstruo tal como lo sería un Dios de esa clase? —; un Dios que mira a este mundo, ve sus padecimientos y sus miserias, ve las nobles facultades abortadas, las vidas fracasadas, la inocencia trocada en vicio y crimen, las fibras del corazón heridas y rotas, y sin embargo, estando en su mano, ¿no traerá este reino de paz, de amor, de abundancia y de felicidad? ¿Es Dios en realidad un déspota caprichoso a quien tenemos que adular para que haga el bien?

Mas, pensad en ello: El Todopoderoso — y lo digo con reverencia —, el Todopoderoso no podrá traer este reino espontáneamente. Porque ¿cuál es el reino de Dios, el reino por el que Cristo nos enseñó a orar? ¿No consiste en hacer la voluntad de Dios, no automáticamente, no como animales que son compelidos, sino como seres inteligentes que distinguen el bien del mal? Swedenborg jamás dijo nada más profundo y verdadero ni nada más compatible con la filosofía del cristianismo que cuando dijo que Dios no ha llevado a nadie al infierno, que los demonios van al infierno porque prefieren ir al infierno a ir al cielo. Los espíritus del mal serían infelices donde reinase el espíritu del bien; casados con la injusticia y amando la injusticia serían desdichados donde la justicia fuera ley. Y correlativamente Dios no puede poner a seres inteligentes que tienen una voluntad libre en condiciones en que *tengan* que obrar justamente sin

destruir esa voluntad libre. ¡Ah! ¡Ah! «Vénganos el Tu Reino». Cuando Cristo nos enseñó esta oración no significó únicamente que los hombres hayan de pronunciar ociosamente estas palabras, sino que tienen que trabajar lo mismo que orar por la venida de aquel reino.

¡Orar! Reflexionad lo que es orar. ¡Qué verdad es la vieja anécdota! El carretero cuyo carro se atrancó en el camino se arrodilló y suplicó a Júpiter que lo desatascara. Podía haber estado orando hasta el fin del mundo y el carro continuaría atollado allí. Este mundo — el mundo de Dios — no es un mundo de tal clase que la repetición de palabras saque carros de los baches o la miseria de los tugurios. El que quiera orar con eficacia tiene que trabajar. «¡Padre nuestro que estás en los cielos!» No un déspota que gobierne por arbitrarios *fiats*, sino un Padre, un Padre amoroso, *nuestro* Padre; un Padre para todos nosotros — este fué el mensaje de Cristo —. Es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos. Pero hay hombres que viendo en torno los padecimientos y la injusticia de que, aun en los llamados países cristianos, está llena la vida, dicen que no hay padre en los cielos, que no puede haber Dios porque si no, no permitiría esto. ¡Qué superficial es esta idea! ¿Qué haríamos nosotros como padres por nuestros hijos? ¿Hay alguien que, conociendo el mundo y las leyes de la vida humana, cercara a sus hijos de guardianes de modo que no pudieran hacer mal ni padecer dolor? ¿Qué lograrían con una educación como ésta? Un animal mimado, no un hombre capaz de confiar en sí propio. Nosotros somos sus hijos. Sin embargo, que uno de los hijos de Dios se caiga al agua y si no ha aprendido a nadar se ahogará. Y si la tierra está a mucha distancia y no hay cerca un bote, ni nada a que pueda acogerse, se ahogará de todos modos, sepa nadar o no. Dios, el Creador pudo haber hecho que los hombres pudieran nadar como los peces; pero ¿cómo podría haber hecho que pudieran nadar como los peces y, sin embargo, haber adaptado esta maravillosa fábrica nuestra para todos los fines que la inteligencia apo-

sentada en ella requiere para su empleo? Dios puede hacer un pez; Dios puede hacer un pájaro; pero ¿podía, siendo sus leyes como son, fabricar un animal que a la vez nadase como el pez y volase como un pájaro? Que aquella inteligencia que tenemos que reconocer sobre la Naturaleza sea todopoderosa no significa que pueda contradecirse a sí propia y hollar sus propias leyes. No; somos los hijos de Dios. Qué cosa es Dios ¿quién lo dirá? Pero todo hombre tiene conciencia de esto: que tras lo que él ve tiene que haber habido un poder creador; que tras lo que él conoce hay una inteligencia mucho mayor que la aposentada en la mente humana, pero a la cual, aunque en grado infinitamente menor, se parece la inteligencia humana.

Sí, somos sus hijos. Nosotros, en cierta medida, tenemos ese poder de adaptar las cosas que sabemos que tiene que haberse ejercido para crear este universo. Considerad esos grandes buques por los cuales es famoso en todo el mundo este puerto de Glasgow. Considerad uno de esos grandes transatlánticos como el «Imbria» o el «Etruria» o el «Ciudad de Nueva York» o el «Ciudad de París». En el Océano que tales barcos surca hay puercos marinos, hay ballenas, hay delfines, hay otra clase de peces. Son hoy exactamente como eran cuando César abordó a esta isla, exactamente como eran antes de que el primer bretón antiguo echara al agua sus botes revestidos de cuero. El hombre, hoy, no puede nadar mejor que otro hombre pudo hacerlo entonces; pero considerad cómo por su inteligencia ha ido ascendiendo cada vez más, cómo se ha desarrollado su poder de hacer cosas que ahora cruzan el gran Océano más rápidamente que cualquier pez. Considerad a uno de esos grandes transatlánticos forzando su marcha a través del Océano Atlántico a 400 millas al día, con temporal contrario: ¿no es en cierto modo producto de un poder semejante al divino? ¿Una máquina en cierto modo igual a los peces que nadan debajo? Aquí está lo que distingue al hombre de los animales; aquí está el abismo profundo e infranqueable. Entre todos los

animales, el hombre es el único hacedor. Entre todos los animales, el hombre es el único que posee el poder semejante al divino de adaptar los medios a los fines. Y ¿es posible que el hombre que posee el poder de adaptar los medios a los fines de modo que pueda cruzar el Atlántico en seis días no posea, sin embargo, el poder de suprimir las condiciones que hacían cientos de miles de familias en viviendas de una sola habitación? Cuando consideramos estas conquistas del hombre y miramos a la miseria que existe hoy en los mismos centros de la riqueza, la ignorancia, el desamparo, la injusticia que caracterizan nuestra más alta civilización, podemos conocer con seguridad que no es por culpa de Dios; es por culpa del hombre. ¿Podemos desconocer que en este mismo poder que Dios ha dado a sus hijos aquí, en este poder de elevarse cada vez más alto, va envuelto — y envuelto necesariamente — el poder de caer más bajo?

«¡Nuestro Padre!» «¡Nuestro Padre!» ¿De quién? No *mi* Padre. ¡Esta no es la oración! «¡Nuestro Padre!» No el Padre de una secta, de una clase, sino el Padre de todos los hombres. El Padre de todos, el Padre igual, el Padre amante. A Él es a quien nosotros pedimos que venga su reino. ¡Ay! ¡Lo pedimos con los labios! Le llamamos «nuestro Padre», el de todos; el Padre universal cuando nos arrodillamos para rezarle. Pero que sea el Padre de todos — que sea el Padre de todos los hombres — lo negamos con nuestras instituciones. El Padre de todos que ha hecho el mundo; el Padre de todos que ha creado el hombre a su imagen y lo ha puesto sobre la tierra para que saque su subsistencia de las entrañas de ésta; para que encuentre en la tierra todas las materias aptas para satisfacer sus necesidades, esperando sólo a que el trabajo del hombre las extraiga. Si Él es el Padre de todos ¿no tienen todos los seres humanos, todos los hijos del Creador, títulos iguales para utilizar sus mercedes? Y, sin embargo, nuestras leyes dicen que esta tierra de Dios no está aquí para uso de todos sus hijos sino para uso de unos pocos privilegiados. En el Oeste de los Estados Unidos se publicó hace

algún tiempo un pequeño diálogo. Acaso lo habéis leído. Pasó entre un muchacho y su padre que visitaban un ladrillar. El muchacho miró a los hombres que hacían ladrillos y preguntó: ¿Quiénes son estos hombres que hacen barro? ¿Por qué están sacando tierra, y qué es lo que están haciendo? Se lo dicen, y entonces pregunta por el dueño del ladrillar. Éste no hace ladrillos, éste cobra su renta por permitir a otros hombres que hagan ladrillos. Entonces el muchacho pregunta a quién pertenecen los ladrillos. Y le dicen que pertenecen a los hombres que los están haciendo. Entonces necesita saber de dónde saca su título de propiedad sobre el ladrillar el dueño de él. ¿Lo ha hecho él? No, no lo ha hecho él, le replica el padre; «lo hizo Dios». El muchacho pregunta, ¿lo hizo Dios para aquél? A lo cual el padre le dice que no debe hacer tales preguntas, sino que eso es justo y conforme a la ley de Dios. Entonces el muchacho que, naturalmente, era un chico de escuela dominical y había ido a la iglesia, murmuró para sí: «que Dios amaba tanto al mundo que había enviado a Su Único Hijo para que muriese por todos los hombres, pero que amaba tanto al dueño de aquel ladrillar que no solamente le había dado Su Único Hijo sino el ladrillar además.»

Este es un cuentecillo sarcástico; pero yo no lo repito en burla; a mí no me gusta hablar burlescamente de los asuntos sagrados. Sin embargo, es bueno que algunas veces seamos festivamente inducidos a pensar. Pensad en lo que el cristianismo nos enseña; pensad en la vida y muerte de Aquél que vino a morir por los hombres; pensad en sus enseñanzas, que todos nosotros somos, por igual, hijos de un padre todopoderoso que no hace distinción de personas; y después pensad en esta injusticia legalizada, esta negación de los más altos y más fundamentales derechos de los hijos de Dios, negación que tantos de los propios hombres que enseñan el cristianismo defienden, y de la cual blasfémamente afirmamos que es el designio y el propósito del Creador. Para mí es mejor, es más alto el ateo que dice que no hay

Dios que el cristiano profeso que predicando la bondad y la paternidad de Dios nos dice con sus palabras como algunos o indirectamente como otros, que millones y millones de criaturas humanas — (en este momento un niño comienza a llorar); no os llevéis fuera al pequeñuelo — que millones y millones de seres humanos como ese pequeñuelo son traídos diariamente al mundo por el *fiat* creador sin que se haya dispuesto en este mundo sitio para ellos. ¡Ay!, nos dicen que por las leyes de Dios los pobres son creados para que los ricos puedan tener la dulce satisfacción de ejercitar la caridad hacia ellos; nos dicen que en un estado de cosas como el existente en esta ciudad de Glasgow, como en otras grandes ciudades de ambos lados del Atlántico, donde todos los días mueren pequeñuelos, mueren a cientos de miles porque habiendo venido a este mundo — aquellos hijos de Dios, por su *fiat*, por su decreto — se hallan con que no hay en la tierra espacio suficiente para que ellos vivan; y son arrojados del mundo de Dios porque no pueden obtener bastante sitio, no pueden obtener bastante aire, no pueden obtener bastante alimento. Yo no creo en aquel Dios; si fuera así, aunque tuviera que caer en su infierno, yo le odiaría con todo mi corazón. ¡Que no hay bastante sitio aquí para los pequeñuelos! Mirad a todo país del mundo civilizado ¿no hay sitio bastante y de sobra? ¿no hay alimento bastante? Mirad al trabajo sin empleo; mirad a la tierra ociosa; mirad todos los países y ved cómo se despilfarran las oportunidades naturales. ¡Ay!, ese cristianismo que arroja sobre el Creador el mal, la injusticia, los padecimientos, la degradación, que son debidos a la injusticia del hombre, es peor, mucho peor que el ateísmo. Esta es la blasfemia, y si hay un pecado contra el Espíritu Santo, este es el pecado imperdonable.

Porque considerad: «El pan nuesiro de cada día, dánosle hoy». La semana pasada me alojé en un hotel — un balneario —. Un cenfear o más de huéspedes se sentaron a la mesa. Antes de que ninguno empezara a comer, un hombre se puso en pie y dando gracias a Dios, le manifestó su gratitud

por sus mercedes. En los barcos bien abastecidos se hace una acción de gracias análoga en cada comida. ¿Qué significan con esto los hombres? ¿Es una burla o qué?

Si Adán cuando fué arrojado del Edén se hubiera postrado y comenzado a orar, podía haber estado rezando hasta ahora sin haber encontrado nada que comer, a menos que se hubiese puesto a trabajar para ello. Sin embargo, el alimento es merced de Dios. Éste no pone en el mundo carne ya guisada, ni vegetales preparados, ni fabrica platos, ni hace paños; lo que da son las oportunidades de producir tales cosas, de obtenerlas por medio del trabajo. Su mandato es — escrito está en las palabras divinas y grabado en todo hecho de la Naturaleza — que por el trabajo tendremos estas cosas. La Naturaleza da al trabajo y a nada más. Lo que Dios da son los elementos indispensables para el trabajo. Los da, no a uno ni a varios, ni a una generación, sino a todos. Son sus dones, sus mercedes para el conjunto de la raza humana. Y, sin embargo, ¿qué vemos en todo el mundo civilizado? Que unos pocos hombres se han apropiado estas mercedes reclamándolas como suyas exclusivamente, mientras que la gran mayoría no tiene derechos legales para aplicar su trabajo a los depósitos de la Naturaleza y extraer de ellos las mercedes del Creador. Y así ocurre que en todo el mundo civilizado, la clase llamada peculiarmente clase trabajadora es la clase pobre, y los hombres que no trabajan, que se enorgullecen de no haber trabajado nunca honradamente y de descender de padres y de abuelos que en su vida trabajaron honradamente, lo más mínimo, disfrutan una superabundancia de todas las cosas que el trabajo produce.

Mr. Abner Thomas, de Nueva York, un presbiteriano rígidamente ortodoxo, hijo de aquel Dr. Thomas, famoso en América si no aquí, pastor de una iglesia presbiteriana de Filadelfia y autor de un comentario sobre la Biblia, que es todavía un libro no superado, escribió hace poco una alegoría llamada «Un sueño». Dormitando en su sillón, se imaginó que era trasladado a la otra parte del río de la muerte. Y to-

mando el camino recto y angosto, llegó finalmente a la vista de la Ciudad Áurea. Un ángel de aspecto hermosamente caballeresco abrió la puerta. Le preguntó su nombre y le dejó pasar; le advirtió al mismo tiempo que sería bueno que escogiese sus compañías en el cielo y no se asociara con ángeles de mala reputación.

— ¿Pues qué — dijo el recién llegado, con asombro — no es este el cielo?

— Sí — le dijo el guardián —. Pero hay aquí ahora una turba de ángeles vagabundos.

— ¿Cómo puede ser eso? — dijo Mr. Thomas en su sueño —. ¿Yo creía que había abundancia para todos en el cielo?

— Solía haberla hace algún tiempo — dijo el guardián —. Y si necesitábais tener vuestra arpa pulida y vuestras alas peinadas, teníais que hacerlo vos mismo. Pero las cosas han cambiado desde que adoptamos en el cielo las mismas reglas sobre la propiedad privada de la tierra que tenéis en los países civilizados; y hemos encontrado un gran progreso, por lo menos de las clases selectas.

Después, el guardián dijo al recién llegado que decidiera dónde había de hospedarse.

— Yo no necesito hospedarme en ninguna parte — dijo Thomas —. Prefiero irme a aquellos hermosos collados verdes y tenderme allí.

— No os aconsejo que lo hagáis — dijo el guardián —. Al ángel que es dueño de aquel collado no le gusta tolerar las transgresiones. Hace algún tiempo, como os digo, que introdujimos el sistema de la propiedad privada sobre el suelo. . . Aquí nos hemos repartido la tierra. Ahora todo es propiedad privada.

— Espero que me habréis tenido en cuenta en esa repartición.

— No — dijo el guardián —. No lo fuisteis; pero si os ponéis a trabajar y sois económico, podéis ganar fácilmente, en un par de siglos, lo necesario para comprar una pequeña parcela. Al llegar aquí obtenéis libremente un par de alas y

no tenéis dificultad para empeñarlas durante unos pocos días de hospedaje, hasta que encontréis trabajo. Pero os advierto que debéis daros prisa, porque nuestra población va creciendo constantemente y hay un gran sobrante de trabajo. Los ángeles vagabundos han llegado a ser una molestia.

— ¿En qué trabajaré yo? — dijo Thomas.

— Nuestras principales industrias — respondió el guardián — son hacer arpas y coronas y criar flores. Pero hay muchas oportunidades para ocuparnos en servicios personales.

— Yo amo las flores — dijo Thomas — y me pondré a trabajar en criarlas. Allí hay un hermoso pedazo de tierra que nadie parece usar. Me iré a trabajar allí.

— No podéis hacerlo — dijo el guardián —. Aquella propiedad pertenece a uno de nuestros ángeles más previsores, que se ha hecho rico por el aumento de valor de la tierra y que conserva aquel pedazo para cuando suba. Necesitáis comprarlo o arrendarlo antes de poder trabajar en ella, y no podéis hacerlo todavía.

Y de este modo el cuento sigue, describiendo cómo los caminos del cielo, las calles de la nueva Jerusalén estaban repletas de desconsolados ángeles vagabundos que habían empeñado sus alas y andaban errantes por el cielo.

Aplaudís y es cómico. Pero hay en esto una moral que merece la pena de reflexionar. ¿Es cómico que imaginemos la aplicación al cielo de Dios de las mismas reglas de división que aplicamos a la tierra de Dios, a pesar de que rezamos que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo?

Realmente, si lo pensáis, es imposible imaginarse tratado el cielo como tratamos nosotros esta tierra, sin ver que no importa cuán salubre sea su aire, cuán brillante la luz que lo llena, cuán magnífico el desarrollo de sus plantas, habría miseria y padecimiento y una división de clases en el cielo mismo, si el cielo fuese dividido como nosotros dividimos la tierra. Y viceversa; si los hombres en esta vida obrasen recíprocamente, como nosotros tenemos que suponer que lo

hacen los habitantes del cielo, ¿no sería esta tierra un verdadero paraíso? «¡Vénganos el Tu Reino!» Nadie puede pensar en el reino que pide quien reza sin sentir que tiene que ser un reino de justicia e igualdad; mundo no necesariamente de igualdad en la condición, sino de igualdad en las oportunidades. Y nadie puede reflexionar sobre ello sin ver que tendríamos que venir sobre la tierra un verdadero reino de Dios si los hombres buscaran la realización de la justicia con sólo que los hombres reconocieran el principio esencial del cristianismo: el obrar para con los otros como quisiéramos que lo hicieran para con nosotros, y reconocer que aquí todos somos iguales hijos de un Padre, con igual título a participar de sus mercedes, con igual título para vivir nuestras vidas y desenvolver nuestras facultades y aplicar nuestro trabajo a las materias primas que Él ha suministrado. ¡Ay! y cuando un hombre lo ve, entonces nace aquella esperanza de la venida del reino que trajo el Evangelio a las calles de Roma, que lo llevó a las tierras paganas, que lo hizo, contra las más feroces persecuciones, la religión dominante del mundo. El cristianismo primitivo no quería significar, al orar por la venida del reino de Cristo, un reino en el cielo, sino un reino sobre la tierra. Si Cristo hubiese predicado simplemente para el otro mundo, los altos sacerdotes y los fariseos no le hubieran perseguido, los soldados de Roma no hubieran clavado sus manos en la cruz. ¿Por qué fué perseguido el cristianismo? ¿Por qué fueron sus primeros creyentes arrojados a las bestias, quemados para alumbrar los jardines del tirano, cazados, torturados, muertos por todos los crueles procedimientos que un ingenio infernal podía sugerir? No porque fuese una nueva religión que se refiriese únicamente a lo futuro. Roma era tolerante para todas las religiones. Era orgullo de Roma que todos los dioses estuviesen acogidos en su panteón. Era orgullo de Roma el no intervenir en la religión de los pueblos conquistados por ella. Lo perseguido por ella fué un gran movimiento de reforma social, el evangelio de la justicia oído con agrado por peca-

dores vulgares, llevado por trabajadores y por esclavos a la ciudad imperial. La revelación cristiana era la doctrina de la igualdad humana, de la paternidad de Dios, de la igualdad de los hombres. Minaba en su misma base aquella monstruosa tiranía que tenía opreso al mundo civilizado; rompía las cadenas de los cautivos, las argollas del esclavo; y aquella monstruosa injusticia que permitía a una clase despilfarrar los productos del trabajo, mientras aquellos que trabajaban apenas podían nutrirse. Esta es la razón por la cual fué perseguido el cristianismo primitivo. Y cuando aquélla no pudo contenerlo por más tiempo, las clases privilegiadas adoptaron y pervirtieron la nueva fe y vino a ser al fin, no el cristianismo puro de los primeros días, sino un cristianismo que, en muy grande extensión, era el servidor de las clases privilegiadas. Y en vez de predicar la esencial paternidad de Dios, la esencial hermandad de los hombres, sus altos sacerdotes infundieron en todas las puras verdades de Evangelio la blasfema doctrina de que el Todopoderoso distinguía entre personas de que, por su voluntad, y por su mandato existe esta monstruosa injusticia que condena a grandes masas humanas a una extenuadora tarea sin recompensa.

No es que ha fracasado el cristianismo; el fracaso ha estado en esa especie de cristianismo que se ha predicado.

Nada es más claro que si somos todos hijos del Padre universal, todos tenemos derecho al uso de sus mercedes. Nadie osa negar esta proposición. Pero los hombres que vuelven sus rostros contra las conclusiones de aquélla, dicen virtualmente: «¡Oh!, sí; eso es verdad; pero es imposible llevarla a efecto». Mas pensad en lo que esto significa. Este es el mundo de Dios y, sin embargo, tales hombres dicen que este es un mundo en el que la justicia de Dios, la voluntad de Dios no puede llevarse a la práctica. ¡Qué monstruoso absurdo! ¡Qué monstruosa blasfemia! Si el Dios amoroso debe reinar, si sus leyes son no sólo las leyes del universo físico, sino del universo moral, tiene que haber un medio de

llevar a efecto su voluntad, tiene que haber un camino para hacer justicia igual a todas sus criaturas.

Y así es. Los hombres que niegan que hay medio práctico de llevar a efecto la percepción de que todos los seres humanos son igualmente hijos del Creador, cierran sus ojos al camino llano y patente. Es desde luego imposible en una civilización como la nuestra dividir la tierra en pedazos iguales; tal sistema pudo adoptarse en un primitivo estado social, entre un pueblo como aquel para quien se forjó el Código mosaico. Hemos progresado en civilización hasta más allá de tan toscos regímenes, pero no hemos progresado ni podemos progresar hasta más allá de la providencia de Dios. Hay un medio para asegurar los derechos iguales de todos, no dividiendo la tierra en pedazos iguales, sino tomando para uso de todos aquel valor que se adhiere a la tierra, no como el resultado del trabajo individual sobre ella, sino como resultado del aumento de población y del progreso de la sociedad. Por ese medio todos estarían igualmente interesados en la tierra de su país nativo. Si uno utilizaba un pedazo de más valor que su vecino, pagaría un impuesto más pesado. Si no usaba tierra directamente, aun así sería un igual partícipe en la renta. He aquí el camino sencillo. ¡Ay! Y es un medio que a mi juicio infunde al hombre que realmente ve su bondad, una idea de la benéfica providencia del Padre común, más vigorosa que ninguna otra. No se puede ver, creo yo, al través de la Naturaleza. Ya mire a las estrellas con un telescopio, o le revele el microscopio aquellos mundos que encontramos en la gota de agua, ya considere las facultades humanas, las combinaciones del mundo animal o de cualquier orden de la naturaleza física, tiene que ver que ha habido un inventor y un arreglador, que ha habido un plan. Tan vigoroso es este sentimiento, tan natural es a nuestra mente, que aun los hombres que niegan la inteligencia creadora, se ven obligados, a pesar de sí propios, a hablar de plan. Las garras de un animal fueron dispuestas para trepar con ellas, las aletas de otro para caminar al tra-

vés del agua. Sin embargo, aunque mirando al través de las leyes de la Naturaleza física encontramos la inteligencia, no encontramos tan claramente la bondad. Pero en el gran hecho social de que a medida que la población crece y se realizan las mejoras y los hombres progresan en civilización, la única cosa que sube en todas partes es el valor de la tierra, podemos ver una prueba de la bondad del Creador.

Porque, considerad lo que significa. ¡Significa que las leyes sociales son adecuadas para el hombre progresivo! En un primitivo estado social en que no son necesarios gastos colectivos, no se adscribe valor a la tierra. El único valor adherido lo es a las cosas producidas por el trabajo. Pero a medida que la civilización marcha, a medida que se efectúa la división del trabajo, a medida que los hombres se concentran, las necesidades comunes crecen y la necesidad de rentas públicas nace. Y de igual modo, en este valor que se adhiere a la tierra, no por razón de lo que el individuo haga, sino por virtud del desarrollo de la sociedad, hay una previsión dispuesta — podemos decir confiadamente que dispuesta — para satisfacer las necesidades sociales. Exactamente, a medida que la sociedad crece, crecen las necesidades comunes y crece este valor adherido a la tierra — en el caudal predispuesto para que aquéllas puedan ser satisfechas —. Aquí hay un valor que puede ser tomado sin infringir el derecho de propiedad, sin tomar nada del productor, sin disminuir la natural recompensa de la actividad y de la laboriosidad. Además, aquí hay un valor que tiene que ser tomado si queremos impedir el más monstruoso de todos los monopolios. ¿Qué significa todo esto? Significa que en el plan creador, el natural avance de la civilización es un avance a una cada vez mayor igualdad, en vez de serlo a una cada vez más monstruosa desigualdad.

«¡Vénganos el Tu Reino!» Acaso nosotros nunca lo veremos. Mas para el hombre que comprueba que puede venir, para el hombre que comprueba que le es dado trabajar por la venida del reino de Dios sobre la tierra hay, aunque nunca

vea ese reino aquí, una sobrada recompensa: la recompensa de sentir que él, por pequeño e ignorante que sea, está haciendo algo por ayudar a la venida de ese reino; haciendo algo en pro de aquel poder divino que se manifiesta en todo el Universo, haciendo algo por arrancar este mundo a las garras del demonio y hacer de él el reino de la justicia. ¡Ah! Y, aunque no viniere, todavía, aquellos que luchan por él sienten en lo íntimo de sus corazones que tiene que estar en alguna parte — saben que en alguna parte, en algún tiempo, aquellos que luchan cuanto pueden por la venida del reino, serán bienvenidos —. Entonces, aun entonces, en algún tiempo, en alguna parte, el rey les dirá: «Bienvenido, siervo bueno y leal. Entra a gozar de tu Señor.»

MOISÉS

El domingo, 28 de Diciembre de 1884, a las siete de la tarde se congregó en St. Andrew's Hall, Gladsgow, llenándolo hasta desbordarse, un auditorio a fin de oír a Mr. George su conferencia sobre «Moisés», el gran legislador de los hebreos.

La Conferencia.

Hay en el espíritu moderno una tendencia a considerar los caracteres eminentes de la Historia, más como resultante que como fuerza iniciadora. Así como en el período primitivo la disposición irresistible es hacia la personificación, ahora este proceso es a la inversa, y tiende a convertir en mitos poderosas figuras largo tiempo conservadas por la tradición.

Sin embargo, si tratamos de investigar hasta sus orígenes movimientos cuyos perpetuados impulsos se arremolinan y juegan en las corrientes de nuestro tiempo, tenemos al fin que llegar hasta el individuo. Es verdad que «las instituciones hacen los hombres»; pero también es verdad que en los comienzos «los hombres hacen las instituciones».

En un pasaje muy conocido, Macaulay ha descrito la im-

presión producida sobre la fantasía por la antigüedad de aquel templo que, sobreviviendo a las dinastías y a los imperios, lleva el pensamiento más allá de un tiempo en que el humo de los sacrificios se elevaba en el Panteón y el leopardo y el tigre saltaban en el anfiteatro flaviano. Pero hay aún, entre nosotros, prácticas — transmitidas en no interrumpida sucesión de padres a hijos — que se remontan a un pasado más lejano aún. Cada año nuevo trae un día en el cual, en todos los países, hay hombres que reuniendo en torno sus familias y engalanándose como para una fiesta, hacen con solemnidad una alborozada comida. Antes de que fuesen diseñadas las murallas de Roma, antes de que Homero cantase, se observaba esta fiesta y el acontecimiento que conmemoraba tenía ya siglos de antigüedad.

Aquel suceso señalaba la entrada en el período histórico de un pueblo notable por muchos conceptos, un pueblo que, aunque nunca fundó un Imperio ni edificó una gran metrópoli, ha ejercido sobre una gran porción del género humano una influencia universal, potente y continua; un pueblo que aun cuando lleva cerca de dos mil años sin patria, ni nacionalidad organizada, ha conservado, sin embargo, su identidad y su fe al través de todas las vicisitudes del tiempo y de la fortuna; que ha sido atropellado, arruinado y diseminado; que ha sido pulverizado, por decirlo así, y esparcido a los cuatro vientos del suelo, y que, sin embargo, aun cuando han caído los tronos y perecido los imperios y cambiado los credos y muerto las lenguas vivientes, existe aún con una vitalidad sin igual; un pueblo que junta las más extrañas contradicciones, cuyos anhelos ya resplandecen con gloria, ya se hunden en abismos de vergüenza y de dolor.

El advenimiento de este pueblo señala una época en la historia del mundo. Pero no es de este advenimiento, tanto como de la figura central y colosal, en cuyo torno se juntan las tradiciones, de lo que me propongo hablar.

Tres grandes religiones colocan al caudillo del Éxodo en el más alto plano reservado al hombre. Para el Cristianismo,

para el Islamismo, tanto como para el judaísmo, Moisés es la voz y el legislador de más altura; el intermediario investido de sobrenaturales poderes, al través del cual habló el Divino Espíritu. Sin embargo, esta misma exaltación, poniéndole fuera de toda comparación, puede impedir que se vea la verdadera grandeza del hombre. En medio de sus hermanos era donde Saul se alzaba más esbelto y más hermoso.

Por otro lado, alguna escuela de exégesis bíblica afirma que los libros y la legislación atribuidos a Moisés son realmente el producto de una edad posterior a la de los profetas. Sin embargo, a este Moisés que aparece vaga y confusamente y de quien casi nada podemos decir nosotros, se atribuye también el principio de aquella corriente que floreció después de siglos en las gentes de ley judaica y la sublime concepción de un Dios universal y eterno, el Padre Omnipotente; y de nuevo, más alta y hermosa aún, elevó aquella estrella polar de luz espiritual que se fijó sobre el establo de Belén, en Judea.

Pero hayamos de mirar a Moisés de esta manera o de aquella, puede valer la pena, en ocasiones, tomar el punto de vista en que todas las creencias e incredulidades puedan tener un campo común; y aceptando las líneas fundamentales de los recuerdos y tradiciones hebreas, considerarlo a la luz de la Historia como nosotros lo conocemos, y de naturaleza humana, como él propio se manifiesta hoy. Este es un caso en que la *Historia Sagrada* puede ser tratada como Historia profana sin chocar con ningún sentimiento religioso. Ni la más aguda crítica puede convertir a Moisés en un mito. El hecho del Éxodo presupone un caudillo.

Para conducir hasta la libertad a un pueblo mucho tiempo oprimido por la tiranía; para disciplinar y ordenar un ejército tan poderoso; para convertirlo en guerreros ante los cuales las tribus belicosas huían y las ciudades amuralladas se rendían; para reprimir el descontento, las rencillas y los tumultos; para combatir las reacciones y los retrocesos; para po-

ner la rápida y ardiente llama del entusiasmo al servicio de un propósito definido, requiérese un carácter elevadísimo — un carácter que juntase en su más alta expresión las cualidades del político y del patriota, del filósofo y del hombre de Estado.

Ese carácter nos lo manifiesta la tradición en rudos, pero vigorosos trazos: la unión de la cultura de los egipcios con la desinteresada devoción del más humilde de los hombres. Desde el principio hasta el final, en todo vislumbre que hasta nosotros llega, ese carácter es congruente con sí propio y con la grande obra que es su monumento. Es el carácter de un gran espíritu circunscripto por condiciones y limitaciones y trabajando con las fuerzas y materiales que a mano tenía, realizando, pero no dando cima. Más allá de un gran acto, un mayor pensamiento; más allá de una gran ejecución, un ideal más noble todavía.

Egipto fué el molde de la nación hebrea, la matriz, por decirlo así, en que una pequeña tribu se convirtió en un pueblo tan numeroso como el pueblo americano en el tiempo de la declaración de la independencia. Durante cuatro siglos, conforme a la tradición hebrea, es decir, durante un período mayor que el transcurrido desde el descubrimiento de América, este pueblo creciente que provenía de una familia patriarcal, de vida errante y pastoril, permaneció bajo el dominio de una civilización muy desarrollada y antigua — una civilización cuya fijeza está simbolizada por monumentos que rivalizan en duración con las montañas eternas —, una civilización tan antigua, que las pirámides, tal como ahora las conocemos, tenían ya la patina de los siglos cuando Abraham las contemplaba.

Por muy claramente que los descendientes de los deudos que vinieron a Egipto invitados por el mozo cautivo, que llegó a ser primer ministro, mantuviesen la distinción de raza y las tradiciones de una vida más libre, tuvieron que ser poderosamente influidos por tal civilización. Y así como los hebreos actuales son polacos en Polonia, alemanes en Alemania y americanos en los Estados Unidos, así, pero de un modo más

claro y más vigoroso, los hebreos del Éxodo tuvieron que ser esencialmente egipcios.

No es extraño, por consiguiente, que las antiguas instituciones hebraicas muestren en tantos puntos la influencia de las ideas y costumbres egipcias. Lo notable es la semejanza. Para los irreflexivos nada puede parecer más natural que el que un pueblo, al volver la espalda a una tierra donde ha estado oprimido durante largo tiempo, se despoje de sus ideas e instituciones. Pero el que estudia la historia, el que estudia la política, sabe que nada es más antinatural. Las costumbres del espíritu son aún más tiranas que las costumbres del cuerpo. Forjan para las masas humanas una atmósfera mental, por cima de la cual aquéllos no pueden elevarse mejor que por cima de la atmósfera física. Un pueblo largo tiempo sometido al despotismo puede rebelarse contra un tirano, puede romper sus instituciones y violar sus leyes, odiar aquello que amaba y amar aquello que aborrecía, pero se apresurará a poner otro tirano en su lugar.

Un pueblo acostumbrado a la superstición puede abrazar una fe más pura, pero será únicamente para degradarla hasta sus antiguas ideas. Un pueblo acostumbrado a la persecución puede librarse de ella, pero sólo para perseguir a su vez, cuando tenga fuerzas bastantes.

Porque «las instituciones hacen los hombres». Y cuando en medio de un pueblo acostumbrado a instituciones de una clase vemos alzarse, repentinamente, instituciones de una clase opuesta, sabemos que tras él tiene que haber la fuerza activa, la fuerza iniciadora, el hombre que en los principios hace las instituciones.

Esto es lo que ocurre en el Éxodo. Las vigorosas diferencias entre la política de los egipcios y la de los hebreos no son sólo de forma sino de esencia. La tendencia de la una es hacia la subordinación y la opresión; la de la otra hacia la libertad individual. ¡El más extraño de los paros memorables! Del más fuerte y más espléndido despotismo de la antigüedad proviene la más libre de las repúblicas. De entre las

garras de la Esfinge de piedra se elevó el genio de la humana libertad y las trompetas del Éxodo sonaron con la retadora proclamación de los derechos del hombre.

Considerad lo que era Egipto. La misma grandeza de sus monumentos que después del transcurso, no de centurias sino de miliarios, parece decirnos, como los sacerdotes egipcios dijeron a los jactanciosos griegos: «sois unos niños», atestiguan ese esclavizamiento del pueblo; son los perdurables testimonios de una organización social que gravitó sobre las masas con un peso inmovible. El angosto valle del Nilo, la cuna de las artes y de las ciencias, el teatro acaso de los más grandes triunfos del humano pensamiento, es también el teatro de la más abyecta esclavitud. En las largas centurias de su esplendor, su amo, seguro por la posesión de un irresistible poder temporal y más seguro aún por la solemne sanción de una religión mística, era como un dios sobre la tierra para cubrir cuya carroña con una tumba adecuada a su dignidad, cientos de miles de hombres gimieron agobiados durante todas sus vidas. Para las clases próximas a él fueron todas las delicias sensuales de la más fastuosa civilización, y los altos deleites intelectuales con los misterios del templo recatados de la vulgar profanación. Mas para los millones de hombres que constitúan la base de la pirámide social no había sino el látigo para estimular su tarea y el culto de las bestias para satisfacer los anhelos del alma. Desde tiempo inmemorial, hasta el día presente, la suerte del campesino egipcio ha sido trabajar y extenuarse para que quienes estaban sobre él pudieran vivir regaladamente. Nunca se ha rebelado. El espíritu necesario para ello le fué extirpado hace mucho tiempo, por instituciones que hicieron de él lo que es. No sabe sino padecer y morir.

Por muy oportunas circunstancias que podamos imaginar para organizar y llevar adelante un movimiento que conduzca a la liberación de un gran pueblo desde semejante tiranía psicológica y convertirlo en un ejército de medio millón de soldados bien dispuestos, se necesita un caudillo del más recono-

cido genio del mundo. Pero esta tarea, por extraordinariamente grande que parezca, no es la medida de la grandeza del caudillo del Éxodo. No fué en la liberación de Egipto, sino en la aptitud constructora del hombre de Estado que puso los cimientos de la sociedad hebrea, donde la superlativa grandeza de aquel caudillo resplandeció. Así como no podemos imaginarnos el Éxodo sin el gran caudillo, no podemos explicarnos tampoco la política hebrea sin el gran hombre de Estado, grande no sólo intelectualmente, sino moralmente grande; un hombre de Estado henchido de tan desinteresado patriotismo que rehusó empuñar el cetro y fundar una dinastía.

Las lecciones de la historia moderna, las manifestaciones de la naturaleza humana que observamos en torno nuestro, nos señalaría en la esencial divergencia de la política hebrea y la egipcia la huella de un espíritu superior, aun cuando las tradiciones hebreas no nos hubiesen atestiguado a la vez, la influencia de tal espíritu y la constante disposición de las ideas habituales a reinstalarse espontáneamente en el espíritu de los pueblos. Una y otra vez surgen las murmuraciones; tan pronto como Moisés vuelve la espalda, el grito: ¡Este es tu Dios, oh Israel!, anuncia la instauración del becerro egipcio, mientras que la fuerza del principio monárquico se manifiesta espontáneamente en la adopción de un rey, en cuanto la influencia del gran caudillo comienza a disiparse.

No importa cuándo o por quién fueron compilados los libros popularmente atribuidos a Moisés; tampoco importa cuánta parte del Código dado por aquél sea supervivencia de costumbres más antiguas, o amplificación de una edad más reciente; sus grandes instituciones llevan el sello de un espíritu muy anticipado a su tiempo; de un espíritu que al través de los efectos vió las causas; de un espíritu que no se dejó arrastrar por la corriente de los sucesos, sino que los encaminó a un fin determinado.

Los rasgos del carácter de Moisés que nos han dejado los anales — las breves relaciones que dondequiera han sido

leídas las Escrituras hebreas han llenado los aposentos de la imaginación con vivísimos cuadros — son en todas direcciones compatibles con esta idea. Lo que conocemos de la vida ilustra lo que conocemos de la obra; lo que conocemos de la obra ilumina la vida.

No fué un imperio como el que había alcanzado su pleno desenvolvimiento en Egipto o existía en rudimentarias formas patriarcales en las tribus circunvecinas, lo que Moisés se propuso fundar. No fué una república donde la libertad del ciudadano descansase sobre la servidumbre del ilota y en que el individuo fuese sacrificado al Estado. Fué una sociedad fundada sobre el individuo; una sociedad cuyo ideal era que cada hombre se sentara bajo su parra y su higuera sin que nada le inquietara ni le amedrentase; una sociedad en que nadie estuviese condenado a fatigarse incesantemente, en que hasta para el esclavo encadenado hubiese esperanza, en que hasta para las propias bestias de carga hubiera descanso. Una sociedad en que, ausente la extrema miseria, las fundamentales virtudes que nacen de la independencia personal forjasen un carácter nacional, en que las afecciones familiares pudieran ligar sus lazos en torno de cada miembro, atando con eslabones más fuertes que el acero las varias partes en un conjunto viviente.

No es la protección de la propiedad sino la protección de la humanidad el fin del Código mosaico. Sus sanciones no se dirigen directamente a garantizar al fuerte la consecución de la riqueza, tanto como a impedir que el débil sea aplastado contra el muro. En cada trecho interpone sus barreras contra la avaricia egoísta que, si quedara irrefrenada, seguramente dividiría a los hombres en propietarios y siervos, capitalistas y trabajadores, millonarios y vagabundos, gobernantes y gobernados. Su día del sábado y su año sabático aseguraban, aun para los más viejos, descanso y vagar. Al sonar las trompetas del Júbileo, la deuda que no puede ser pagada es cancelada y una nueva distribución de la tierra asegura al más pobre su parte justa en las mercedes del Sumo Creador.

El segador tiene que dejar algo para el espigador; ni el buey puede ser abozalado cuando trilla el grano. En todas partes, en todas las cosas, la idea dominante es la de nuestra frase corriente: «vivid y dejad vivir.»

Y la religión, con la cual tan estrechamente enlazada está esta política social, muestra análogos caracteres. De la idea de la fraternidad del hombre surgió la idea de la paternidad de Dios. Aunque la forma se parezca a las de Egipto, el espíritu es el que Egipto había perdido. Aunque se conserva un sacerdocio hereditario, la ley en su plenitud fué anunciada a todo el pueblo. Aunque se mantenía el rito egipcio de la circuncisión y los símbolos egipcios aparecían en todas las exterioridades del culto, la tendencia a tomar el símbolo por la realidad es vigorosamente reprimida. Sólo cuando pensamos en los buhos y en los alcones y gatos deificados y en los cocodrilos sagrados de Egipto, percibimos claramente el significado del mandato: «No harás para ti ningún ídolo.»

Y si buscamos tras la forma y el símbolo y el mandato, el pensamiento de que son aquéllos mera expresión, encontramos que el gran carácter distintivo de la religión hebrea, lo que la separa con un gran abismo de las religiones entre las cuales creció, es su utilitarismo, su admisión de la ley divina en la vida humana. Afirma, no un Dios, cuyo dominio está contenido en el remoto principio o en el vago futuro, que está fuera y por cima y más allá de los hombres, sino un Dios que en sus leyes inexorables está aquí y ahora; un Dios de la vida lo mismo que de la muerte, un Dios de la plaza del mercado como del templo, un Dios cuyos juicios no necesitan otro mundo para cumplirse, sino cuyos inmutables decretos darán en esta vida felicidad a quienes los cumplan y acarrearán miseria a quienes los olviden. En medio de las formas de espléndida degradación en que la un tiempo noble religión se había petrificado en Egipto, en medio de un orden social en el que la divina justicia parecía dormir, YO SOY fué la verdad que relampagueó sobre Moisés. Y en su solitaria contemplación del flujo y reflujo de la Naturaleza, la muerte que

limita la vida como la vida que surge de la muerte, siempre consumiéndose y nunca consumida, YO SOY fué el mensaje que vibró en su interior.

La falta de toda referencia a una vida futura en los libros mosaicos, sólo es inteligible por la energía con que esta verdad es expresada. Nada podía ser más familiar a los hebreos del Éxodo que la doctrina de la inmortalidad. La existencia permanente del alma, el juicio después de la muerte, la recompensa y castigo en un futuro estado fueron los asuntos constantes del pensamiento y las artes egipcias. Pero una verdad puede ser oscurecida o pospuesta por la intensidad con que se perciba otra verdad. Y la doctrina de la inmortalidad, aun surgiendo de las entrañas mismas de la naturaleza humana, satisfaciendo aspiraciones que se hacen cada vez más fuertes, a medida que la vida intelectual se eleva a planos más altos y la vida de los afectos se hace más intensa, puede, sin embargo, venir a incrustarse en degradantes supersticiones, puede ser convertida por la astucia y el egoísmo en tan potente instrumento de la esclavitud y ser empleada de tal manera para justificar crímenes contra los que todo instinto natural se rebela, que para el primitivo espíritu del reformador social puede aparecer como un agente de opresión que encadene el entendimiento e impida el verdadero progreso; un cepo por el cual el sagaz encadena al crédulo.

La creencia en la inmortalidad del alma tiene que haber existido en sus formas más vigorosas entre las masas del pueblo hebreo. Pero la verdad que Moisés presentó tan salientemente, la verdad sobre la cual concentró sus miradas, es una verdad que frecuentemente ha sido expulsada por las doctrinas de la inmortalidad y que puede acaso en ocasiones reaccionar de la misma manera. Es la verdad de que las acciones de los hombres producen sus efectos en este mundo; que aun cuando en la pequeña escala de la vida individual pueda aparecer impune la maldad y premiada la injusticia, hay, sin embargo, una Nemesis que, con pie infatigable y sin piedad, sigue a todo crimen nacional y castiga en los hijos las

transgresiones de los padres; la verdad de que cada individuo influye y es influido por la sociedad de que forma parte; de que todos tienen que padecer en alguna medida los pecados de cada uno, y la vida de cada uno ser dominada por las condiciones impuestas por todos.

La intensa apreciación de esta verdad es la que da a las instituciones mosaicas un carácter tan práctico y utilitario. Su genio, si puedo hablar así, abandona las abstractas especulaciones en que el pensamiento se pierde y despilfarra, y encuentra expresión, únicamente, en símbolos que al final vienen a convertirse en base de la superstición, para que pueda concentrar la atención en las leyes que determinan la felicidad o miseria de los hombres sobre esta tierra. Sus lecciones jamás han tendido al esencial egoísmo del ascetismo, que es carácter tan saliente del budismo y del bramismo, y del cual no están exentos el cristianismo y el islamismo.

Sus preceptos no han sido nunca: «dejad al mundo entregado a sí propio para que podáis salvar vuestra alma», sino mejor: «haz tu deber en el mundo para que puedas ser más feliz y el mundo sea mejor». No ha desdeñado ninguna regla sanitaria que pueda asegurar la salud del cuerpo. Sus promesas eran de paz y de abundancia, de largos días, de hijos vigorosos e hijas hermosas.

Pudiera ocurrir que el sentir de Moisés respecto de la vida futura fuese el que se expresó en el lenguaje del estoico: «Este es asunto de Júpiter, no mío»; o pudiera acontecer que participase de la misma reacción que se manifiesta en los tiempos modernos, en que un espíritu esencialmente religioso ha tronado contra las formas y expresiones de la religión, porque estas formas y expresiones se han convertido en sostén y parapeto de la tiranía, y hasta el nombre y las enseñanzas del Hijo del Carpintero se han falseado para sostener la injusticia social, utilizándose para preservar la pompa del César y justificar las codicias de los poderosos.

Pero no obstante, tales sentimientos influyeron sobre Moisés. No puedo pensar que un alma como la suya, vi-

viendo una vida como la suya, sintiendo la exaltación de los grandes pensamientos, sintiendo la congoja de los grandes cuidados, sintiendo la amargura de los grandes desengaños, no pusiera su enseñanza más allá, no descansara y se fortaleciese y elevara en la consoladora creencia de que la muerte del cuerpo no es más que la emancipación del espíritu; no sintiera la seguridad de que hay en el Universo un poder sobre el cual se puede descansar confiadamente al través del perecer de la materia, de la disolución de los mundos.

Sin embargo, la gran preocupación de Moisés era el deber que ante él se levantaba: el esfuerzo para echar los cimientos de un estado social en el que la miseria y la degradación extremas fuesen desconocidas, en que los hombres, libertados de las miserables luchas que consumen la energía humana, tuvieran medios para su desenvolvimiento intelectual y moral.

De aquí proviene la grandeza del hombre. Cuáles fueron la sabiduría y la previsión que en el desierto sirvieran de centinela contra los peligros de un régimen establecido, dígalos el presente.

En el pleno esplendor del siglo XIX, cuando cualquier muchacho de nuestras escuelas puede saber, como verdades corrientes, cosas que los sabios egipcios no imaginaron; cuando la tierra ha sido retratada y las estrellas han sido pesadas; cuando el vapor y la electricidad han sido obligados a que nos sirvan y la ciencia va arrancando a la Naturaleza secreto tras secreto, es naturalísimo mirar la sabiduría de tres mil años atrás como el hombre mira hacia el saber de del niño.

Y, sin embargo, a pesar de todo este maravilloso aumento de cultura, de todo este enorme aumento de poder productivo, ¿dónde está el país en el mundo civilizado en que hoy no haya necesidades y padecimientos, en que las masas no estén condenadas a fatiga sin tregua y en que todas las clases no sean aguijoneadas por una avaricia de ganancias que hace de la vida una lucha innoble por ganar y guardar? Tres mil años de progreso y aún se eleva el lamento: «han hecho

nuestras vidas amargas sujetándonos a la dura esclavitud del mortero y del ladrillo y de toda clase de servicios». Tres mil años de progreso y la voz lastimera de los pequeños resuena todavía en los lamentos.

Progresamos y progresamos; hemos cruzado los Continentes con caminos de hierro y entrelazado las ciudades con las mallas de alambres telegráficos; cada día surge un nuevo invento; cada día señala un nuevo avance; el poder de producción aumentado y los caminos del comercio allanados y ensanchados. Sin embargo, la queja contra los «malos tiempos» es cada vez más clamorosa; en todas partes hay hombres asediados por la necesidad y aterrorizados por el miedo a la privación. Con paso rápido y con prodigioso impulso el poder de los brazos humanos para satisfacer las necesidades humanas avanza y avanza, se multiplica y se multiplica. Sin embargo, la lucha por la mera existencia es más y más fuerte y el trabajo humano se va haciendo gradualmente la más barata de las mercancías. Al lado de los almacenes desbordantes, desmayan de hambre seres humanos y tiritan de frío; a la sombra de las Iglesias fermenta el vicio, que nace de la necesidad.

Indagad hasta su raíz las causas que están produciendo así la necesidad en medio de la abundancia, la ignorancia en medio de la cultura, la aristocracia en medio de la democracia, la debilidad entre la fuerza; que están dando a nuestra civilización un desarrollo unilateral e inestable y la encontréis en algo que este estadista hebreo percibió hace tres mil años y contra lo cual se precavía. Moisés vió que la verdadera causa de la esclavitud de las masas de Egipto era la que en todas partes ha producido la esclavitud, la posesión por una clase de la tierra, sobre la cual y de la cual toda la gente tiene que vivir. Vió que permitir la misma ilimitada propiedad privada sobre la tierra que la que afecta por derecho natural a las cosas producidas por el trabajo sería inevitablemente dividir al pueblo en muy ricos y muy pobres, esclavizar inevitablemente al trabajo — hacer a los pocos dueños de los

muchos —, cualesquiera que fuesen las formas políticas, acarrear el vicio y degradación, cualesquiera que fuese la religión.

Y con la previsión del filósofo estadista que vigila, no la necesidad de hoy, sino todo el futuro, procuró, por los medios adecuados a su tiempo y circunstancias, preservarse de ese error. En todas partes consideraron las instituciones mosaicas la tierra como el don del Padre para sus criaturas, don que ninguna de éstas tiene derecho a monopolizar. En todas partes es, no vuestro dominio o vuestra propiedad, no la tierra que compráis o la tierra que conquistáis, sino «la tierra que el Señor tu Dios te da», «la tierra que el Señor te concede». Y por medios prácticos, por disposiciones a las cuales dió las más altas sanciones, trató de precaverse contra la injusticia que convirtió las antiguas civilizaciones en Estados despóticos, la injusticia que después de siglos royó el corazón de Roma, que produjo la embrutecedora servidumbre de Polonia y la degradada miseria de Irlanda; que está hoy hacinando familias en un solo cuarto en esta misma ciudad y llenando de vagabundos nuestros nuevos Estados del otro lado del Atlántico. No sólo proveyó a ello por la equitativa división de la tierra entre el pueblo y haciéndola baldía y común cada siete años, sino que por la institución del Jubileo dispuso una redistribución de la tierra cada cincuenta años e hizo imposible el monopolio.

No digo que estas instituciones fueran para el fin que se proponían las mejores que podían haber sido imaginadas, porque Moisés tuvo que trabajar, como tiene que trabajar todo gran hombre de Estado, con las herramientas que vinieron a sus manos y con los materiales que encontró. Y aún menos quiero decir que las fórmulas adecuadas para aquel tiempo y aquella gente sean adecuadas para otro tiempo y otra gente. Yo pido, no veneración para las fórmulas, sino admisión de su espíritu.

Sin embargo, ¡cuán común es venerar la forma y negar el espíritu! Hay muchos que creen que las instituciones mo-

saicas fueron dictadas literalmente por el Todopoderoso, y, sin embargo, acusan de artificiosa y «comunista» toda aplicación de su espíritu en el día presente. Y, sin embargo, aun hoy, ¡cuánto no debemos a aquellas instituciones! Aun en el mismo día actual, lo único que se interpone entre nuestras clases trabajadoras y la incesante fatiga es una de las instituciones mosaicas. En Economía Política no hay nada mejor asentado que bajo las condiciones actuales las clases trabajadoras no ganarían más, durante siete días de trabajo, que lo que ganan ahora durante seis, y encontrarían tan difícil reducir sus horas de trabajo como ahora.

Dejad que las falacias de aquellos que piensan que el hombre fué hecho para el Sábado mejor que el Sábado para el hombre sean lo que quieran; que haya un día en la semana que el trabajador pueda llamar suyo, un día en la semana en el cual el martillo permanezca silencioso y el telar parado, se debe al través del cristianismo, al judaísmo, al Código promulgado en la cumbre del Sinaí. Y ¿quién que considere el despilfarro de fuerza productiva puede dudar de que la sociedad moderna sería, no sólo más feliz, sino más rica, si hubiésemos recibido también como el día del sábado la gran idea del año sabático, o adaptando su espíritu a nuestras distintas condiciones hubiésemos asegurado de otra manera una reducción equivalente en nuestras horas de trabajo?

En estas características de las instituciones mosaicas es donde, como en los fragmentos de un Coloso, podemos leer la grandeza del espíritu que les imprime su sello; de un espíritu que se adelanta a sus circunstancias, se adelanta a su edad; de una de aquellas almas estrellas que no se desvanecen por la distancia, sino que brillando con la irradiación de una verdad esencial conservan su luz, mientras instituciones, idiomas y credos cambian y pasan.

Que el pensamiento era más grande que la permanente expresión que encontró, ¿quién puede dudarlo? Sin embargo, desde aquel día hasta éste, aquella expresión ha sido en el mundo un poder viviente.

Del libre espíritu de la ley mosaica surgió aquella intensidad de la vida familiar que, en medio de todas las dispersiones y persecuciones, ha preservado la individualidad de la raza hebrea; aquel amor a la independencia que bajo las más adversas circunstancias ha caracterizado al judío; aquel ardiente patriotismo que inflamó a los Macabeos y opuso los decididos pechos de los campesinos judíos a las agudas lanzas de la falange griega y al irresistible empuje de la legión romana; aquel valor indomable que en el destierro y en el tormento mantuvo al judío fiel a su fe. Ese espíritu encendió aquel fuego que ha hecho del estilo de sus profetas y de las frases de sus poetas para nosotros la más alta exaltación del pensamiento; aquel vigor intelectual que una y otra vez hizo reverdecer y florecer la rama seca. Y traspasando los limitados confines de una raza, ha ejercido su poder dondequiera se ha sentido la influencia de las escrituras hebreas. Ha derribado tronos y destruido jerarquías. Fortaleció al coligado escocés en la hora de la prueba y al puritano entre las nieves de una tierra extraña. Surgió con los *Ironsides* (brazos de hierro) en Naseby; estuvo en el angosto reducto de Bunker-Hill.

Pero es por el ejemplo como son más fecundas tales vidas. Así es como dignifican la naturaleza humana y glorifican el esfuerzo humano y traen a aquellos que luchan esperanzas de justicia. La vida de Moisés, como las instituciones mosaicas, es una protesta contra la doctrina blasfema corriente, ahora como hace tres mil años, aquella blasfema doctrina predicada con frecuencia, aun de los pulpitos cristianos, de que la necesidad y el padecimiento de las masas humanas provienen de una misteriosa disposición de la Providencia que podemos lamentar, pero que no podemos destruir ni alterar. Que quienes abracen esa doctrina, aquellos a quienes les parezca que la miseria y el envilecimiento que en los propios centros de nuestra civilización abunda, no les incumbe, tomen ejemplo de aquella vida. Porque para quien quiera mirar, todavía arde la zarza, y para quien quiera oír,

otra vez resuena la voz: «El pueblo padece. ¿Quién lo liberará?»

Adoptado por la familia inmediata del Monarca Supremo y Dios terrestre, colocado casi en la cúspide de la pirámide social que tenía por base aquellos millones de infelices trabajadores, príncipe en una tierra donde el príncipe y el sacerdote podían disfrutar de todas las delicias, cuanto la vida puede ofrecer para satisfacción de los sentidos o expansión del espíritu estaba abierto ante él.

¿Qué eran para él los lamentos de aquellos que bajo el fiero sol se fatigaban estimulados por el látigo de amos ineluctables? Oídos desde las columnatas de granito o bajo los frescos toldos de tela, se convertían por la distancia en una monótona música. ¿Por qué había de interrogar a la esfinge del hado o luchar contra el destino que los altos dioses hubiesen decretado? Así había sido siempre, edad tras edad; así tendría que ser siempre. El pinzón atrapa al insecto y el halcón hace presa en el pinzón; de jerarquía en jerarquía, la vida surge de la muerte y la carnicería, y los placeres más altos, de agonías inferiores. ¿Sería el hombre mejor que la Naturaleza? Dulce y continuo fluía el Nilo, aunque bajo su pesada superficie tribus de peces mantenían cruel guerra, y el más fuerte se comía al más débil. ¿Debe acaso, el astrónomo que observa los secretos de las estrellas, retroceder porque bajo su pie se remueva un gusano?

Obligación de ellos era hacer ladrillos sin paja. Suyo el alto lugar en la gloriosa procesión que, bajo esplendentes banderas y con resplandecientes emblemas, al son de la música y de cantos solemnes seguía su camino para inaugurar el inmortal edificio que el trabajo de aquéllos había levantado. Para ellos los puerros y los higos; para él, su puesto en los suntuosos festines. ¿Por qué atormentarse por la fatiga de la esclavitud él, para quien existían las carrozas, él que, según su capricho real, seguía el suave curso del Delta o paseaba por el río con remeros que al propio tiempo cantasen? ¿Necesitaba el excitante de la acción? Allí estaba la caza en el

desierto, con fieras más valiosas que el antilope y leones amaestrados como perros. ¿Quería reposo y deleite? Allí estaban los dulces sonidos de las músicas prolongadas y los graciosos movimientos de las bailarinas. ¿Sentía el aguijón de la vida intelectual? En el arcano de los templos era libre de registrar las edades: iniciado en la sociedad escogida donde se discutían los más áridos problemas; partícipe de aquel orgullo intelectual que centurias después comparaba a la filosofía griega con el baluceo de los niños. No fué el repentino hervor de la pasión el que hizo que Moisés volviese las espaldas a todo esto y pusiera la fuerza y la cultura adquirida en una casta dominante al servicio perenne del remedio. El olvido de sí propio, manifestado en las plagas de Egipto, resplandeció al través de toda su vida. En instituciones que moldearon el carácter de un pueblo, en instituciones que aun hoy hacen más llevadera la suerte de millones de trabajadores, podemos ver un propósito fijo.

Al través de cuanto la tradición nos ha legado de aquella vida circula la misma gran pasión: el desinteresado propósito de hacer a la humanidad mejor, más feliz, más noble. Su muerte es digna de su vida. Supeditando al bien de su pueblo la natural disposición a fundar una dinastía, lo cual en su caso hubiera sido tan fácil, desoyó los gritos de la sangre y llama para substituirle como caudillo al hombre más apto. Viniendo de un país donde los ritos funerarios eran de suprema importancia y la preservación del cuerpo, después de la muerte, era la pasión de la vida, entre un pueblo que todavía transportaba los restos de su gran antecesor, José, para que descansaran con sus padres, él, sin embargo, venció el último natural anhelo y se sustrajo a los ojos y a las simpatías de los hombres para morir solitario y olvidado, impidiendo que el sentimiento colectivo, siempre pronto a surgir, le concediese en muerte la supersticiosa reverencia que había rehusado en vida.

«Ningún hombre hasta hoy conoce su sepultura». Pero mientras las despojadas tumbas de los faraones burlan la va-

nidad de éstos, el nombre del hebreo que, rebelándose contra la tiranía de aquéllos, luchó por la elevación de sus conciudadanos, es todavía un espléndido faro en el mundo.

¡Caudillo y siervo de los hombres! ¡Legislador y bienhechor, obrero de la tierra prometida, sólo vista por los ojos de la fe! ¡Prototipo de los altos espíritus que en otros tiempos han dado a la tierra sus héroes y sus mártires, cuyas muertes son el precioso patrimonio de la raza, cuyas memorias son su sagrada herencia! ¿Cuál de los fundadores de imperios puede ser comparado con Moisés?

Discutir acerca de la inspiración de tal hombre sería discutir sobre palabras. Tales caracteres sacan su fuerza de los abismos de lo invisible; su sabiduría tiene que provenir de las fuentes que manan sólo en lo más puro de los corazones, de algo más real que el martirio y de algo más alto que las estrellas; de una luz que persistirá cuando los soles se hayan muerto y sumido en las tinieblas; de un proceso del cual el universo físico no es sino una fase transitoria.

NO ROBARÁS

La segunda reunión pública de la Sociedad «Contra la pobreza» se verificó en la Academia de Música de Nueva York, en la tarde del domingo 8 de Mayo. El local se llenó totalmente y quedó sin poder entrar otro tanto.

Henry George habló como sigue:

«El Dr. M. Glyh dijo en Chickering Hall, el domingo pasado, que aquel era un momento histórico — y tenía razón. — Que un sacerdote de Cristo, dirigiéndose al público, y a un público numeroso — a una reunión compuesta por hombres y mujeres de todas las religiones y creencias — predique una cruzada por la abolición de la pobreza y haga un llamamiento a los hombres para que se unan y trabajen reunidos por traer el reino de Dios a la tierra, constituye un acontecimiento de los más importantes. Las grandes transformaciones — ha dicho Mazzini — nunca han sido ni serán nunca más que la aplicación de un gran movimiento religioso. (Aplausos.)

El día en que la democracia se eleve hasta constituir un partido religioso, ese día empezará la victoria. (Grandes aplausos.) Y la honda significación del «meeting» del último domingo por la noche, el significado de esta inauguración de la Sociedad «Contra la pobreza», es el comienzo de traer a

la lucha de la democracia el sentimiento religioso — el único sentimiento entre todos los sentimientos, bastante poderoso para regenerar el mundo. (Aplausos.)

Los comentarios hechos acerca del «meeting» y de la institución de esta Sociedad son sugestivos. Nos dicen, primero en los periódicos, que no se puede abolir la pobreza porque no existe la suficiente riqueza para que llegue a todos. Nos dicen que si todas las riquezas de los Estados Unidos se dividiesen no le tocaría a cada uno más que unos ochocientos dollars. Pues si eso es así, tanto más monstruosa es la injusticia que hoy da a un individuo millones y hasta cientos de millones. Si realmente hay tan poco, mayor es la injusticia de esas grandes fortunas. Pero nosotros no proponemos la abolición de la pobreza por el reparto de la riqueza existente, ni tampoco con el aumento de ella. Nos proponemos la abolición de la pobreza permitiendo el trabajo a ese numeroso ejército de hombres (que sólo en este país se calculó el año pasado que sumaban un millón), ese vasto ejército de hombres, ansiosos sólo de crear riquezas, pero que ahora, por un régimen que permite a los perros del hortelano monopolizar la munificencia de Dios, se ven privados de la oportunidad de trabajar. (Aplausos.)

También nos dicen que no podemos suprimir la pobreza porque la pobreza siempre ha existido. Pues bien, si siempre ha existido la pobreza, razón de más para que intentemos su extinción. Ya ha durado bastante. Debemos estar cansados de ella; vamos a redimirnos de ella. (Aplausos.) Pero yo niego que la pobreza, esa pobreza que vemos hoy sobre la tierra, haya existido siempre. Nunca en la historia del mundo ha existido tanta abundancia de riquezas, tanto poder para producirlas, como ahora. Esto es tan evidente, que los mismos que nos dicen que no podemos suprimir la pobreza lo atribuyen casi inmediatamente al exceso de producción. Nos dicen virtualmente que el producir el hombre tanta riqueza es la razón de que haya tantos pobres; que por haber tanto de las cosas que satisfacen los deseos

humanos es por lo que los hombres no pueden encontrar trabajo y las mujeres tienen que extenuarse y agotarse. ¡La pobreza, atribuida a la sobra de producción; la pobreza en medio de la opulencia la pobreza en medio de la ilustración; la pobreza cuando el vapor, la electricidad y mil inventos para ahorrar trabajo, que no han existido antes en el mundo, han sido creados para ayudar al hombre! Manifiestamente se ve que no hay razón para que la pobreza exista y que ya es tiempo que hagamos algo para suprimirla. (Aplausos.)

No hay bastantes instituciones caritativas para subvenir a todas las demandas de limosnas; parece imposible subvenir a ellas. Pero en todo caso hay bastantes para demostrar a toda mujer y a todo hombre inteligentes que es totalmente imposible extirpar la pobreza por medio de la caridad, para demostrar a todo aquel que busque en sus raíces la causa de este mal que lo que se necesita no es caridad sino justicia: la conformidad entre las instituciones humanas y las eternas leyes de lo justo. (Aplausos.)

Pero cuando razonamos de esta suerte, cuando decimos que la pobreza existe porque se violan las leyes de Dios, se nos ridiculiza diciendo que tenemos la pretensión de saber acerca de los designios de la Omnipotencia más de lo que pueden saber los hombres. Han establecido para ellos un Dios, a quien más bien le gusta la pobreza, pues que da a los ricos una ocasión de mostrar su bondad y su benevolencia y señalan el estado de pobreza como una prueba que Dios envía. Nuestra respuesta es que el estado de pobreza no existe por la voluntad de Dios, sino por la desobediencia del hombre. (Aplausos.) Nosotros decimos que sabemos que la voluntad de Dios es que no exista la pobreza en la tierra, y eso lo sabemos como podemos saber otro hecho natural cualquiera. Las leyes de este universo son las leyes de Dios, lo mismo las leyes sociales que las físicas, y Él, el Creador de todo, nos ha dado sitio para todos, trabajo para todos, abundancia para todos. Si hoy las gentes están en algunos sitios tan apiñados que parece como si hubiera demasiada

gente en el mundo; si hoy miles de hombres que trabajarían gustosos no encuentran la ocasión de trabajar; si hoy la competencia por ocupación abate los salarios hasta hacerlos caer en tipos miserables; si hoy en medio de la riqueza abundante hay en los centros de nuestra civilización seres humanos que están peor que los salvajes en cualquier época normal, no es porque el Creador haya sido ruin; es sencillamente por nuestra propia injusticia. Sencillamente porque no nos ha guiado la idea de hacer a otros lo que hubiéramos deseado que ellos hicieran por nosotros al haber hecho ellos nuestras leyes. (Fuertes aplausos.)

La Sociedad «Antipobreza» no posee ningún remedio patentado para la miseria; no proponemos ninguna cosa nueva. Lo que proponemos es sencillamente que se haga justicia. El principio que nos proponemos infundir en nuestras leyes no es ni más ni menos que la «regla áurea». Nos proponemos extirpar la pobreza por medio del remedio soberano de hacer a otros lo que quisiéramos que otros nos hicieran, dándoles a todos sus derechos, y proponemos que se empiece por asegurar a cada hijo de Dios que nazca en nuestro país su parte en la herencia común, total y ejecutiva. ¡Apelmazados! ¿Es de extrañar que los hombres estén apiñados, como lo están en esta ciudad, cuando vemos hombres apoderándose de mucha más tierra de la que pueden necesitar para su uso, y que la conservan y valúan a precios fabulosos? Pues ¿qué hubiera pasado si, cuando se abrieron estas puertas, los primeros que entraron hubiesen reclamado todos los asientos que tenían a su alcance y les hubiesen puesto a precio para los que entraran después, teniendo éstos exactamente el mismo derecho que ellos? Pues esa es precisamente la manera que tenemos de tratar este continente. Esta es la razón por la que están las gentes hacinadas en las viviendas; esa es la razón porque el trabajo es tan difícil de obtener; la razón que hace que parezca que, aun en los tiempos buenos, hay sobra de trabajo y que en los que llamamos malos tiempos, los tiempos de depresión industrial,

haya por todo el país miles y cientos de miles de hombres errantes sin poder encontrar trabajo. (Aplausos.)

¡No hay bastante trabajo! Pues ¿qué es el trabajo? El trabajo productivo es, sencillamente, la aplicación del esfuerzo humano a la tierra; es, sencillamente, el transformar en cosas adecuadas, para satisfacer los deseos humanos, la materia bruta que el Creador ha colocado aquí. ¿Es que no hay medios bastantes para el trabajo en este país? (Aplausos.) Supongamos que cuando miles de hombres están sin trabajo y los tiempos son malos en todas partes enviásemos una comisión a la Corte celestial en el Cielo para hacer presente la miseria y la pobreza de este pueblo, como consecuencia de no poder encontrar trabajo. ¿Qué respuesta nos darían? «¿Están todas vuestras tierras trabajadas? ¿Están todas las minas explotadas? ¿No hay elementos naturales para el trabajo?» (Aplausos). ¿Qué le podríamos pedir al Creador que nos concediera que no tengamos aquí en abundancia? Nos ha dado el mundo, ampliamente abastecido de todas las materias que pudiésemos necesitar. Nos ha dado el poder de obtener esas materias primas. Si parece que hay escasez, si hay necesidades, si hay hombres que no pueden encontrar trabajo, si hay gente muriéndose de hambre en medio de la abundancia, ¿no es simplemente porque aquello que el Creador quiso que fuese para todos se ha convertido en propiedad de unos pocos? (Grandes aplausos).

Al combatir esta gigante injusticia, que rehusa al trabajo al acceso a las oportunidades naturales, combatimos la causa de la pobreza. Nos proponemos abolirla, arrancarla de raíz, abriendo camino a un trabajo abundante y libre para todo hombre. No nos proponemos menoscabar ningún derecho justo de propiedad. Somos los defensores y los mantenedores del derecho sagrado de propiedad — ese derecho de propiedad que va tan justamente unido a todo lo que es producido por el trabajo; ese derecho que da a cada uno en justicia la propiedad de lo que haya producido y que lo hace

suyo, en tanto que con su posesión no perjudique a otro. Ese derecho de propiedad, insistimos en ello, lo mantendremos en contra del mundo entero —. En una casa, un abrigo, un libro — en todo aquello producido por el trabajo —, hay un derecho individual evidente, que pertenece al hombre que lo ha hecho. Ese es el fundamento del justo, del sagrado derecho de propiedad. Se apoya en el derecho del individuo al uso de sus propias fuerzas, en su derecho de beneficiarse por el esfuerzo de su propio trabajo; pero ¿quién puede llevar tan lejos el derecho de propiedad sobre la tierra? ¿Quién puede reclamar un título de propiedad en la tierra, que llegue hasta el hombre que la hizo? (Aplausos.) Y en tanto que el hombre que reclama la exclusiva propiedad de una parte de este planeta no pueda mostrar un título de propiedad original del Hacedor de este planeta, mientras no pueda mostrar un decreto del Creador declarando que esta parte de la ciudad, o ese gran trecho de tierra cultivada, o esa mina de carbón, o ese pozo de gas se hizo para él — hasta entonces —, tenemos el derecho de sostener que la tierra se destinó a ser de todos. (Grandes aplausos.)

La religión natural y la religión revelada nos dicen igualmente que Dios no hace distinciones entre las personas; que no hizo este planeta para unos cuantos individuos; que no se lo entregó a una generación con preferencia a otras generaciones, sino que lo hizo para que mientras viviesen lo disfrutasen todas las personas que Su Providencia trae al mundo. (Aplausos.) Si esto es verdad, el niño que ha nacido esta noche en la más humilde de las viviendas, en el barrio más sucio de Nueva York, viene al mundo dotado de un título de derecho a la tierra de esta ciudad tan valedero como cualquier Astor o Rhinelander. (Aplausos.)

¿Cómo sabemos que el Todopoderoso está contra la pobreza? ¿Que no concuerda con su ley la existencia de la miseria? Lo sabemos por esto que ha manifestado el Todopoderoso, «No hurtarás» (aplausos), y tenemos por verdad que la pobreza que existe hoy en medio de la abundancia de

riquezas es el resultado de un sistema que legaliza el robo. (Grandes aplausos.)

Las mujeres que a millares están inclinadas sobre sus agujas o máquinas de coser, trece, catorce o diez y seis horas al día; las viudas que se esfuerzan y luchan para criar a sus pequeñuelos privados de su sustentador natural; los niños que crecen en medio de la suciedad y de la miseria, mal vestidos, mal comidos y mal educados, sin un sitio en donde puedan jugar, ni aquí en esta ciudad, criándose en condiciones en que sólo por milagro pueden conservarse puros — en condiciones que de antemano los condenan al presidio o al burdel —, sufren, se mueren, porque nosotros permitimos que les roben, que les roben desde el momento de su nacimiento, perjudicados por un sistema que deshereda a la mayoría de los niños que vienen al mundo. (Grandes aplausos.) Hay bastante y aún sobra para ellos. Si les reconociera el Estado los mismos derechos que les ha dado su Creador, no habría muchachas obligadas a tareas impropias de su sexo para subsistir meramente, no habría viudas en la amargura, en amarga lucha para poder llevar un pedazo de pan a las bocas de sus pequeñuelos; no habría tanta miseria ni desamparo como vemos aquí, en la mayor de las ciudades americanas; miseria y desamparo que son hoy más profundos en los centros más grandes y más ricos de nuestra civilización. (Grandes aplausos.)

Estas cosas son el resultado del robo legalizado, los frutos de una abjuración de aquel mandamiento que dice: «No hurtarás». (Aplausos.) ¿Cómo es interpretado hoy ese gran mandamiento hasta por los hombres que tienen la pretensión de predicar el Evangelio? «No hurtarás». Pues según ellos quiere decir: «No irás a presidio». (Risas). No significa mucho más para ninguno de ellos. Podéis robar con tal de que robéis bastante, y no os dejéis coger y podáis tener un sitio preferente en las iglesias. No robéis unos pocos dólares — eso puede ser peligroso —, pero si robáis millones y os los lleváis, seréis uno de nuestros principales ciudadanos. «No

hurtarás; esa es la ley de Dios. ¿Qué significa? Pues bien, no significa sencillamente que no desbalijéis bolsillos. ¡No significa sencillamente que no cometáis un robo con nocturnidad o un robo en una carretera! Hay otros modos de robar que prohíbe también. Significa seguramente (si tiene algún significado) que no debemos tomar aquello a que no tenemos derecho, en detrimento de los demás. (Grandes aplausos.)

Por ejemplo: ved aquí un desierto. Una caravana lo cruza. Hay también una partida de ladrones. Dicen éstos: «Mirad, ahí va una caravana rica; vamos a ir a robarla; si es necesario mataremos a los hombres, nos apoderaremos de sus bienes, de sus camellos y de sus caballos y nos escaparemos después». Pero uno de los ladrones dice: «¡Oh, no; eso es peligroso, y además sería robar. En vez de esto vámonos más allá, hasta llegar donde hay un manantial, el único manantial del que esta caravana puede sacar agua en el desierto. Levantemos un muro alrededor y diremos que es nuestro, y cuando lleguen no les dejaremos coger agua hasta que nos hayan entregado todos los bienes que llevan». (Aplausos.) Eso sería tal vez más elegante, de mejor educación y más correcto; pero ¿no sería robar lo mismo? (Grandes aplausos.) ¿Y no es también robar cuando algunos hombres se adelantan a la población y se apoderan de la tierra que para nada necesitan, y cuando van viniendo gentes al mundo y aumentando la población no permiten que este aumento de población disfrute de la tierra hasta que han pagado por ella un precio exorbitante? Esta es la clase de robo sobre que se alzan nuestras principales familias. (Aplausos.) Haced esto bajo el falso código moral que impera hoy aquí, y la gente alabará vuestra previsión y vuestra iniciativa, y dirán que habéis hecho dinero porque sois un hombre superior, y que cualquiera puede hacer dinero si quiere trabajar y ser activo. (Risas y aplausos.) Pero, ¿esto no es claramente una violación del mandamiento «No hurtarás» tan evidente como la de ir a sacarle a un hombre el dinero del bolsillo? (Aplausos.)

«No hurtarás». Esto quiere decir, naturalmente, que nos-

otros no debemos robar. Pero, ¿no quiere decir también que no debemos tolerar que ningún otro robe, si podemos remediarlo? ¿No quiere decir también: «No consentirás que te roben ni a ti ni a nadie?» (Aplausos.) Si esto es así, entonces nosotros, todos nosotros, lo mismo ricos que pobres, somos responsables de este crimen social que produce la pobreza. (Aplausos.) No solamente los hombres que monopolizan la tierra no merecen mayor censura que los demás, sino que nosotros que les permitimos que monopolicen la tierra tomamos también parte en el robo. El cristianismo que ignore esta responsabilidad social ha olvidado realmente las enseñanzas de Cristo. Cuando Él en el Evangelio habla del juicio eterno, la pregunta que se ha de hacer a los hombres nunca es: «¿Me habéis alabado?» «¿Me habéis implorado?» «¿Creíais en esto o en lo otro?» Sólo es ésta: «¿Qué hicisteis para remediar la aflicción, para extirpar la miseria?» A aquellos que han de ser condenados se les presenta el divino juez diciendo: «Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; estuve enfermo y preso y no me visitásteis». Y cuando dicen, «Señor, Señor, ¿cuándo os hicimos tales cosas?» La respuesta es: «Desde que lo hicisteis al último de éstos, me lo hicisteis a mí». (Aplausos.)

Aquí está el espíritu esencial del Cristianismo. Su enseñanza fundamental no es: «¡Cuida tu cuerpo y salva tu alma!» Sino la de «¡Haz lo que puedas para que este mundo sea mejor para todos!» Fué una protesta contra la doctrina de: «¡Cada uno para sí y el diablo cargue con los de atrás!» Fué la proclamación de una paternidad común: la de Dios, y de una fraternidad común: la de los hombres. (Aplausos.) Por esto los ricos, los poderosos, los grandes sacerdotes (jefes de tribu), los legisladores, persiguieron el Cristianismo a sangre y fuego. ¡No fué lo que ahora en tantas de nuestras iglesias se llama religión lo que la Roma pagana intentó destruir; fué lo que ahora en muchas de nuestras iglesias se llama «socialismo y comunismo», la doctrina de la igualdad de los derechos humanos! (Grandes aplausos.)

Ahora, imaginad que cuando nosotros, hombres y mujeres de hoy, vayamos ante aquel terrible tribunal, contemplemos los espíritus de aquellos que en nuestro tiempo, bajo este maldito sistema social, se vieron arrastrados al crimen, de aquellos que se vieron extenuados de cuerpo y de espíritu, de aquellos niños pequeños que en esta ciudad de Nueva York son arrojados de este mundo cuando apenas han entrado en él — porque no han tenido bastante alimento ni bastante aire, ni suficiente luz, porque están apiñados en esas barriadas de viviendas en condiciones en que la enfermedad se desarrolla con violencia y destruye —, suponiendo que nos confronten con esas almas, ¿de qué nos servirá el decir que nosotros individualmente no hemos sido responsables de sus condiciones aquí en la tierra? En el espíritu de la parábola de San Mateo, ¿cuál sería la respuesta desde el Tribunal? — ¿No sería, «He provisto a todos —. La tierra que hice era bastante ancha para que todos cupiesen en ella. Las materias que hay en ella eran suficientemente abundantes para todas sus necesidades! ¿alzasteis o no alzasteis la voz para protestar contra el robo que les despojaba de su justa parte en aquello que yo había suministrado para todos?» (Grandes aplausos.)

«No hurtarás». Es el latrocinio, es el robo lo que está produciendo la pobreza, la enfermedad, y el vicio y el crimen entre nosotros. Es por virtud de las leyes que mantenemos; y aquél que no levanta su voz en contra de ese crimen es cómplice de él. Ahora el estandarte se ha alzado al fin; se ha levantado la cruz de la nueva cruzada. Alguno de nosotros, muchos de nosotros para siempre hemos jurado en el fondo de nuestro corazón que no descansaremos, mientras tengamos vida y fuerzas, hasta que hagamos ver y destruyamos ese daño. Le hemos declarado la guerra. Los que no están con nosotros los conceptuaremos enemigos. Para nosotros no ha de haber ni desaliento, ni transacción ni retroceso, hasta llegar al fin. (Grandes aplausos y ovación.)

La pobreza no es inevitable en el mundo y en nuestra civilización. Hecha por las leyes del Creador, hay una provisión

que aseguraría a los desheredados todo aquello que pudieran necesitar y que daría lo suficiente, y más de lo suficiente para todos los fines sociales. Estos niños que están muriendo en nuestros barrios atestados, por falta de espacio y de aire puro, son los herederos desheredados de una gran hacienda.

¿Habéis considerado alguna vez todo lo que significa el hecho señalado de que mientras el progreso avanza y la población aumenta y la civilización se desarrolla lo único que siempre aumenta en valor es la tierra? Por todo el país los especuladores aprecian esto. Por dondequiera que haya un indicio de que la tierra se pueble; por doquiera se cruzan los caminos de hierro, o una gran ciudad tiende a aumentarse; por doquiera se descubre una nueva prueba de la munificencia del Creador, bien sea una mina abundante de carbón o de hierro, o un pozo de petróleo o un depósito de gas, allí se precipita el especulador, la tierra aumenta de valor y se promueve una gran porfía y hay hombres que se encuentran enormemente ricos sin haber tenido que hacer la cosa menor para producir la riqueza.

Ahora bien, es por virtud de una ley natural por lo que la tierra aumenta constantemente de valor; por lo que la población lo acrecienta; por lo que los inventos lo aumentan; por lo que el descubrimiento de cada prueba más de la bondad del Creador en los bienes que Él ha implantado en la tierra para nuestro uso, aumenta el valor de la tierra, pero no el valor de ninguna otra cosa. Este hecho natural se efectúa por virtud de una ley natural, una ley que es tan del Creador como la de gravitación. ¿Cuál es el propósito de esta ley? ¿No hay en ella un medio de proveer a las necesidades sociales? Que la tierra aumente de valor al mismo tiempo que la comunidad aumenta y crecen las necesidades usuales, ¿no es una previsión clara de las necesidades sociales, un fondo perteneciente a la sociedad como un capital con el que podemos atender a la viuda y al huérfano, y a aquellos que caen en el camino, con el que podemos proveer a la cultura pública, hacer frente a los gastos generales y hacer todas las cosas que

una civilización progresiva hace más y más necesario para que la sociedad lo lleve a cabo en beneficio de sus individuos? (Grandes aplausos.)

Hoy el valor de la tierra en la ciudad de Nueva York es de más de cien millones al año. ¿Quién ha creado ese valor? ¿Es porque hay aquí unos pocos propietarios por lo que esa tierra está valuada en cien millones anuales? ¿No es porque está aquí toda la población de Nueva York? ¿No es porque esta gran ciudad es el centro de negocios para una gran parte del continente? Cada niño que nace, cada persona que viene a establecerse en Nueva York, ¿no aumenta el valor de esta tierra? ¿No deberá, por lo tanto, obtener alguna parte del beneficio? ¿Y no se le perjudica cuando, en vez de usarla con ese fin, se les consiente a algunos individuos privilegiados que se la apropien? (Aplausos.)

Podríamos tomar este inmenso capital para las necesidades comunes, podríamos hacer aquí con él una ciudad como no se ha visto antes en el mundo, una ciudad espaciosa, limpia, saludable, hermosa; una ciudad que estuviese llena de parques; una ciudad sin casas de alquiler; una ciudad que tuviese los medios de comunicación propios, caminos de hierro que llevasen a las gentes a treinta o cuarenta millas del centro de la ciudad en media hora, que se pudieran tomar de balde como los ascensores en nuestros grandes edificios; una ciudad con grandes Museos y librerías públicas, y gimnasios y casinos, pagado todo de los fondos públicos y no por donación de ciudadanos ricos. (Aplausos.) Podríamos dar de este capital tan grande, y en su propio derecho, a la viuda y al huérfano y asegurar a cada habitante de esta gran ciudad, que si se muriera su mujer y sus hijos no se verían en la necesidad, no se verían humillados por la caridad, sino que en uso de su propio derecho, como miembros de una sociedad rica, como coherederos de unos bienes cuantiosos, tendrían lo suficiente para vivir. (Aplausos.) Y podríamos hacer todo esto, no sólo sin imponer una contribución sobre la producción, no

sólo sin menoscabar los justos derechos de la propiedad, sino asegurando al mismo tiempo mucho mejor que ahora los derechos de la propiedad y aboliendo los impuestos que ahora pesan sobre la producción. No tenemos más que eliminar nuestros impuestos sobre las cosas que producen las gentes, cesando de multar a un hombre que tiene una casa o hace algo con que añade riqueza a la comunidad; dejando de imponer contribuciones a las gentes que traen bienes del extranjero, o que se enriquecen en el país concentrando todos nuestros tributos sobre el valor de la tierra, para recoger esa enorme renta, debida al progreso de la comunidad para el beneficio de la comunidad que la produce. (Aplausos.)

El Dr. Nulty, obispo de Meath, ha dicho en una carta dirigida al clero y a los seglares de su diócesis que este don del Creador, esta provisión por la que, a medida que crece la población aumenta el valor de la tierra, le parece a él la más hermosa de las combinaciones sociales, y a mí eso me parece que es lo que más claramente demuestra la liberalidad, al mismo tiempo que la inteligencia del espíritu creador. Porque aquí hay una provisión, por virtud de la cual el avance de la civilización sería, bajo la ley de la justicia imparcial, un adelanto hacia la igualdad, en vez de ser, como ahora es, un avance hacia una cada vez mayor y más monstruosa desigualdad. (Aplausos.) El mismo buen obispo católico, en esa carta, dice: «Ahora, por esta razón, la tierra de cada nación es la propiedad común de los habitantes de esa nación, porque su verdadero propietario, el Creador, que es quien la hizo, les ha hecho voluntariamente don de ella. *Él ha dado la tierra a los hijos de los hombres.* Y como todo ser humano es una criatura y un hijo de Dios, y como todas sus criaturas son iguales ante sus ojos, todo convenio acerca de la tierra de esta o de cualquier otra ciudad, que excluya a los más humildes de su parte igual en la herencia común, es no sólo una injuria y un daño hecho a ese hombre, sino una violación impía de la intención elemental de su

Creador». (Grandes aplausos.) Y el obispo Nulty procede entonces a demostrar que la manera de asegurar los derechos iguales a la tierra no es dividirla en porciones iguales, sino tomar para el uso común el valor que se une a la tierra. (Aplausos.) Ese es el procedimiento que propone esta sociedad. Yo quisiera que pudiéramos meter esto en la cabeza de los editores de esta ciudad. No proponemos el reparto de la tierra. Lo que proponemos es el reparto de la renta que proviene de la tierra, y eso es una cosa muy sencilla. (Aplausos.)

No necesitamos inquietar a ningún propietario, no necesitamos intervenir en los edificios de nadie ni en ningún progreso. Sólo necesitamos remitir los impuestos sobre todas las mejoras, sobre todas formas de la riqueza, e imponer la contribución sobre el valor de la tierra, exceptuando las mejoras, de suerte que el «perro del hortelano», que posee una porción de terreno sin edificar, tenga que pagar por él lo mismo que si estuviese edificado. De este modo trataríamos toda la tierra de una comunidad como ésta, como si fuera de todos los individuos de la comunidad. Y casi como la «Casa Refugio de los Marineros», por ejemplo, a expensas de la renta de una comparativamente pequeña parte de terreno en Nueva York, puede sostener ese hermoso establecimiento de la isla de Staten, albergando confortablemente un número de viejos marineros, así podríamos hacer de toda Nueva York una Casa Refugio más grandiosa. (Grandes aplausos.)

Para esto, el pueblo de Nueva York podría administrar sus bienes tan bien como cualquier corporación o cualquier particular. Mas para que el pueblo de Nueva York reasuma sus bienes y los trate como suyos, no es necesario que se molesten en administrarlos. No es preciso que se diga a ningún propietario: «Este determinado terreno no es tuyo, sino nuestro». Podemos dejar la propiedad de la tierra tal y como está. Podemos dejar que los poseedores de la tierra sigan llamándose dueños de ella; lo único que queremos es el valor anual de la tierra. No, fijaos bien, el valor que el propietario

ha creado, el valor que le ha sido añadido por las mejoras, sino sencillamente el valor que va unido a la tierra sola, por el hecho de estar todos en ella — que va unido a la tierra, por ser el producto de esta gran República —. (Aplausos.) Y cuando fengamos eso, entonces habrá desaparecido todo el aliciente en la monopolización de la tierra; entonces esos mismos señores importantes, que están conservando una mitad del área de esta ciudad, sin producir y vacía, se encontrarán con impuestos sobre ella, tan altos que no tendrán más remedio que ir al trabajo y edificar casas o vender el terreno, o si no pueden venderlo dárselo a alguien que edifique las casas. (Grandes aplausos.)

Y así para todo el país. Id a Pensylvania y allí veréis grandes extensiones de tierra que contienen enormes depósitos de carbón del mejor, que pertenecen a corporaciones y a individuos que trabajan poco en ellas. En estos grandes bienes, al ciudadano americano del pueblo, que es quien trabaja el carbón en la mina, no le es permitido ni siquiera el arriendo del terreno, sólo permiten comprarlo. Tienen que vivir en casas de huéspedes; y pueden vivir allí con la condición (tienen que firmar un documento haciéndolo constar) de que puedan ser arrojados de ella dándoles cinco días de término, en cualquier momento. Las compañías se asocian y encarecen artificialmente el carbón aquí, y en Pensylvania hacen artificialmente escaso el trabajo. — Ahora bien, ¿por qué esos mineros que la mitad del tiempo trabajan en las minas no han de cavar la tierra y extraer el carbón para ellos mismos? (Aplausos.) ¿Quién ha hecho ese carbón? No hay más que una respuesta. — Dios hizo ese carbón — ¿Para quién lo hizo? Un niño o un loco dirán que Dios lo hizo para los seres que algún día vinieran a esta tierra. (Aplausos.) Pero las leyes de Pensylvania, lo mismo que las de Nueva York, contestan que Dios hizo ese carbón para unos cuantos individuos; y así, unos cuantos hombres tienen la facultad de privar de trabajo a los mineros y hacer el carbón artificialmente caro. (Aplausos.)

Hace unas cuantas semanas, viajando yo por «Illinois», al pasar por una de las ciudades mineras entró un joven en el vagón en que yo iba, y a poco empezamos a hablar. Me dijo que iba a otro punto para tratar de encontrar trabajo. Me enteré de las condiciones en que estaban los mineros, ganando apenas para poder vivir por ser los jornales muy cortos y estar la mitad del tiempo sin trabajo. — Le dije: «Hay bastante carbón en el suelo, ¿por qué no trabajan ustedes en recogerlo»? Me contestó: — «Hicimos una compañía cooperativa y fuimos a ver al propietario del terreno para preguntarle lo que nos llevaría por dejarnos cavar una hoyo y extraer algún carbón de ella. — Quería \$ 7.500 al año. No podíamos renunciar tanto». Implantad el impuesto sobre el valor total de la tierra y, ¿por cuánto tiempo podrán aún subsistir esos perros del hortelano para retener esas tierras en su poder? Y cuando todo el hombre que quiera trabajar pueda encontrar trabajo, entonces no habrá, ni un millón, ni miles de ellos sin empleo en los Estados Unidos. (Aplausos.)

La relación del que emplea con el empleado es una relación de conveniencia. No está impuesta por el orden natural. Los hombres vienen al mundo con el poder de emplearse a sí mismos y pueden emplearse a sí mismos en dondequiera que las oportunidades de empleo no les son sustraídas. Ningún hombre tiene un derecho natural de pedir empleo a otro, pero cada hombre tiene un derecho natural, un derecho inalienable, un derecho otorgado por su Creador, para reclamar la oportunidad de emplearse a sí mismo. (Grandes aplausos.) Y siempre que ese derecho sea reconocido, siempre que el hombre que quiere trabajar pueda encontrar las oportunidades naturales para el trabajo, entonces habrá tanta competencia entre los patronos, que estarán ansiosos por tener hombres que trabajen para ellos, como lo habrá entre los hombres ansiosos de encontrar trabajo. Los jornales se elevarán en todos los oficios a su justo valor, al completo y honrado salario del trabajo. Hecho esto, a expensas de ese fondo social, siempre en aumento, la pobreza será

abolida, y dentro de poco se la mirará como ahora empezamos a considerar la esclavitud, como reliquia de una época más oscura e ignorante. (Grandes aplausos.)

Yo recuerdo — este señor recuerda — (volviéndose a mister Kedpath), aún mejor que yo, porque fué uno de los hombres que expusieron las atrocidades de la esclavitud humana al corazón y a la conciencia de los del Norte; yo bien recuerdo, como él sabe y como los hombres y las mujeres más ancianos de esta asamblea recordarán, cómo la propiedad de carne y de la sangre humana se defendía lo mismo que se defiende hoy la propiedad privada de la tierra; cómo arrojaban los mismos cargos sobre los hombres que protestaban contra la esclavitud humana que ahora se hacen contra los hombres que intentan abolir la esclavitud industrial. (Aplausos.) Recordamos cómo las dignidades eclesiásticas y la opinión de los feligreses ricos tachaban de perturbador, casi de ultrajador de la religión, a cualquier sacerdote o ministro que se atrevieran a levantarse para mantener la verdad de Dios — que nunca hubo ni nunca pudo haber en justicia propiedad sobre la carne y la sangre humanas. (Aplausos.)

Del mismo modo se dice ahora que los hombres que protestan contra este sistema, que es sencillamente otra forma de esclavitud, son hombres que proponen el robo — De este modo del mandamiento «No hurtarás», han hecho, «No te opondrás al hurto». Cuando proponemos reasumir otra vez lo que nos pertenece, cuando proponemos asegurar su derecho natural a cada niño que nace, esa gente habla de nosotros como si abogásemos por la crucifixión, nos acusan de negar los derechos de la propiedad — La verdad es que lo que deseamos es mantener los derechos justos de propiedad, que lo que deseamos es impedir el latrocinio. (Aplausos.) La esclavitud corporal implicaba el robo de la peor especie — Ese sistema que hacía de los seres humanos una propiedad, que permitía a un hombre que vendiese a otro, que consentía que un hombre se llevase los productos del trabajo de otro, que permitía separar de su madre un niño y que consentía que el

llamado amo persiguiera con sus sabuesos al hombre que tratase de huir de su tiranía —. Esa forma de esclavitud está abolida. (Aplausos.)

Hasta ese punto el mandato «*No hurtarás*» ha sido vindicado; pero hay otra forma de esclavitud.

Estamos vendiendo ahora tierra en gran cantidad a ciertos capitalistas y lores ingleses que vienen aquí y compran mayores propiedades que las más grandes en la Gran Bretaña o Irlanda; les estamos vendiendo tierras, ellos compran tierra. ¿No habéis pensado alguna vez en que ellos no necesitan esa tierra? No les es de ninguna utilidad la tierra americana; no se proponen venir aquí y habitarla. No se la pueden llevar allí donde viven. No es la tierra lo que quieren, es la renta de ella. La están comprando, no porque ellos mismos quieran usarla, sino porque poco a poco, conforme va aumentando la población, muchos de los ciudadanos americanos querrán utilizarla y entonces les podrán decir a estos ciudadanos americanos: «Podéis utilizar esta tierra siempre y cuando nos paguéis la mitad de todo lo que saquéis de ella». Lo que estamos vendiendo a esos lores y capitalistas extranjeros no es en realidad la tierra; estamos vendiéndoles el trabajo de los ciudadanos americanos; estamos vendiéndoles el privilegio de tomar sin dar nada en cambio, el producto del trabajo de nuestros hijos. (Aplausos.)

Así, aquí en Nueva York leeréis en los periódicos diariamente que va subiendo el valor de la tierra. Juan Jones, o Roberto Brown, ha ganado cien mil dollars en un año, con el aumento de valor de la tierra en Nueva York. ¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que tiene el poder de adquirir muchos más trajes, muchos más cigarrillos, mucho más vino, más joyas, caballos y coches, casas o alimentos. Tiene el poder de tomar para sí mucha mayor cantidad de estos productos del trabajo humano. ¿Pero él qué ha hecho? Él no ha hecho nada. Puede haber permanecido en Europa, o en el Oeste, o puede haber permanecido en su casa hablando cómodamente. Si no ha hecho nada para adquirir este aumento

de renta, ¿de dónde proviene? Todas las cosas que he mencionado son producto del trabajo humano. Alguien ha tenido que trabajar en ellas. Cuando el hombre que no trabaja puede adquirirlas, necesariamente los hombres que trabajan para producirlas tienen que tener menos de lo que debieran tener. (Aplausos.)

Para luchar contra este sistema es para lo que se ha congregado la Sociedad Antipobreza, y os invita para que vengáis y aumentéis sus filas. Es la causa más noble en que se pueda comprometer un ser humano. Después de todo, ¿qué hay en la vida que pueda compararse a una lucha como ésta? Una sola cosa y una sola es absolutamente segura para todos los hombres y mujeres que están aquí reunidos, lo mismo que para todo el resto de la humanidad: la muerte. ¿De qué nos aprovechará dentro de algunos años lo que tengamos que dejar? ¿No es el uso más noble y el mejor que podemos hacer de la vida, el esforzarnos en mejorar y hacer más felices las condiciones de aquellos que han de venir después de nosotros, combatiendo contra la injusticia, ilustrando la opinión pública, haciendo todo cuanto nos sea posible para destruir el maldito régimen que degrada y amarga la suerte de tantos? (Aplausos.)

Tenemos un gran combate y un rudo combate ante nosotros. Es posible, probable, que muchos de nosotros no lleguemos a ver el triunfo. ¿Pero qué importa? Es un privilegio el comprometerse en una lucha semejante. Podemos estar seguros de esto de que no es sino una parte de esa lucha universal y dilatada en la que se han comprometido el justo y el bueno, y de que nosotros, tomando parte en ella, estamos haciendo algo en nuestros humildes medios para fraer a la tierra el reino de Dios, para hacer que las condiciones de la vida de aquellos que vengan después sean aquellas que confiamos prevalecerán en el cielo. (Aplausos prolongados.)

EL IMPUESTO ÚNICO

LO QUE ES Y POR QUÉ LO PEDIMOS

EL IMPUESTO ÚNICO

Lo que es y por qué lo pedimos.

Expondré brevemente los principios fundamentales de lo que, quienes lo defendemos, llamamos impuesto único.

Proponemos la supresión de todos los tributos, excepto un único impuesto establecido sobre el valor de la tierra, independientemente del valor de las mejoras en ella o sobre ella.

Lo que nosotros proponemos no es un impuesto sobre la propiedad inmueble, porque la propiedad inmueble abarca las mejoras. No es un impuesto sobre la tierra, porque no gravaría toda la tierra, sino únicamente la tierra que tiene un valor aparte de sus mejoras y lo gravaría en proporción a este valor. Nuestro plan no implica la imposición de un tributo nuevo, puesto que ya gravamos el valor de la tierra al gravar la propiedad inmueble. Para establecerlo, no tendremos más que suprimir todos los impuestos, excepto el impuesto sobre la propiedad inmueble y suprimir toda la parte de este que ahora recae sobre los edificios o mejoras, dejando únicamente aquella parte del que ahora pesa sobre el valor de la tierra desnuda, aumentándolo de modo que tomemos cuanto sea posible del total de la renta económica o de lo que algunas veces se denomina «El incremento no ganado del valor de la tierra».

Que el valor de la tierra bastaría por sí solo para proveer a todas las rentas públicas necesarias — municipales, provinciales, generales y nacionales — es indudable. Para explicar brevemente por qué instamos este cambio trataré: primero, de su conveniencia, y segundo, de su justicia.

Del impuesto único esperamos estas ventajas:

1.º Dispensaría del ejército de recaudadores y otros funcionarios que los actuales tributos requieren y llevaría al Tesoro una parte mucho mayor de lo que se toma del pueblo, a la par que, simplificando y abaratando el Gobierno, tendería a hacerlo más puro. Eliminaría impuestos que necesariamente promueven el fraude, el perjurio, el soborno y la corrupción, que expone los hombres a la tentación y que gravan aquello que la nación más necesita: la honradez y la conciencia. Como la tierra está a la vista de todos, no puede ser trasladada y su valor es el más fácilmente determinable de todos los valores. El impuesto a que recurriremos sería recaudado con el mínimo de coste y el menor estrago en la mora pública.

2.º Aumentaría enormemente la producción de riqueza:

a) Abolviendo las cargas que ahora pesan sobre la actividad y la laboriosidad. Si gravamos las casas, habrá menos casas y más mezquinas; si gravamos la maquinaria, habrá menos maquinaria; si gravamos el comercio, habrá menos comercio; si gravamos el capital, habrá menos capital; si gravamos los ahorros, habrá menos ahorros. Por consiguiente, todos los impuestos que aboliremos nosotros son aquellos que refrenan la industria y disminuyen la riqueza. Pero si gravamos la tierra, no habrá menos tierra.

b) Por el contrario, el impuesto sobre el valor de la tierra produce el efecto de hacer la tierra más fácilmente utilizable para la actividad, puesto que hace más difícil a los propietarios de tierra utilizable que no usan por sí propios, retenerla ociosa para alcanzar un mayor precio futuro. Mientras la abolición de los impuestos sobre el trabajo libertaría los elementos activos de la producción, el tomar el valor de

la tierra por el impuesto libertaría el elemento pasivo, destruyendo el valor especulativo de la tierra e impidiendo retener fuera de uso aquella tierra que se necesita usar. Quien quiera que mire hoy en torno y vea las tierras no usadas o medio usadas, el capital no empleado o miseramente empleado, alcanzará una idea de cuán enorme sería la producción de la riqueza donde fueran libres para acometerla todas las fuerzas productoras.

c) El impuesto sobre los procedimientos y productos del trabajo de un lado, y la insuficiente tributación de la tierra por otro, produce una injusta distribución de la riqueza que va acumulando en las manos de unos pocos fortunas más monstruosas de las que el mundo jamás vió, mientras que las masas del pueblo van con rapidez haciéndose más pobres relativamente. Estos impuestos caen necesariamente con más peso sobre el pobre que sobre el rico; aumentando los precios, requieren un mayor capital para todos los negocios y, por consecuencia, dan una ventaja a los grandes capitales, y algunas veces llevan el deliberado propósito de dar ventajas especiales y monopolios a las asociaciones o trusts. Por otro lado, la insuficiente tributación sobre el valor de la tierra permite a los hombres hacer grandes fortunas por la especulación en tierras y por el aumento en los valores territoriales, fortunas que no representan una adición hecha por aquéllos a la riqueza general de la sociedad, sino únicamente la apropiación por unos de lo que el trabajo de otros crea.

Esta injusta distribución de la riqueza engendra por un lado una clase ociosa y un despilfarro, porque aquélla es demasiado rica, y por otro lado una clase ociosa y un despilfarro, porque ésta es demasiado pobre: priva a los hombres del capital y de las oportunidades que los harían más eficaces productores. Así, disminuye grandemente la producción.

d) La injusta distribución que nos está dando, de un lado, los millonarios cientos de veces y de otro los vagabundos y pobres, engendra ladrones, jugadores y parásitos sociales de todas clases, y requiere gran empleo de dinero y de ener-

gfa en guardias, policías, tribunales, cárceles y otros medios de defensa y represión. Enciende una avidez de ganancias y un culto por la riqueza, y produce una amarga lucha por la existencia que impulsa al alcoholismo, acrecienta la locura y es causa de que los hombres, cuyas energías debieran ser consagradas a la producción honrada, gasten su tiempo y sus fuerzas en combatir y luchar unos con otros. Junto a la pérdida moral, todo esto implica una enorme pérdida económica que el impuesto único evitaría.

e) Los impuestos que nosotros aboliremos caen más pesadamente sobre los distritos agrícolas más pobres y tienden a arrojar la población y la riqueza desde éstos a las grandes ciudades. El impuesto, que nosotros acrecentaríamos, destruiría el monopolio de la tierra, que es la gran causa de esta distribución de la población que hacina a la gente en algunos lugares y la disemina demasiado en otros. Las familias viven en tandas superpuestas en las ciudades por el enorme precio de especulación asignado a los solares vacantes. En el campo están demasiado diseminadas, con daño de la relación social y de la comodidad, porque en vez de tomar cada uno aquella tierra que puede usar, quienes pueden, acaparan toda la tierra que les es posible, con la esperanza de aprovecharse de su aumento de valor, y los nuevos colonos tienen que ir mucho más lejos. Así tenemos grupos de familias viviendo en una sola habitación y otras familias viviendo en chozas, por las praderas, lejos de toda vecindad. Unas viviendo demasiado apretadas para lo que conviene a la salud moral, mental o física de cada una de ellas; otras demasiado separadas para lo que importa al influjo estimulante y civilizador de la sociedad. Los despilfarros en salud, en vigor mental y en innecesarios transportes son pérdidas económicas que el impuesto único ahorraría.

Vayamos al aspecto moral y examinemos la cuestión de justicia.

El derecho de propiedad no se funda en las leyes humanas: éstas lo han desconocido y violado con frecuencia. Se

funda en leyes naturales, es decir, en la ley divina. Es un derecho claro y absoluto, y cualquiera violación de él, cometida por un hombre o una nación, es una violación del mandato «No robarás». El hombre que coge un pescado, alcanza una manzana, captura un buey, edifica una casa, pinta un cuadro, construye una máquina, tiene respecto de cada una de estas cosas un derecho de propiedad exclusivo, derecho que lleva consigo el de dar, vender o legar hereditariamente dicha cosa.

Pero ¿quién hizo la tierra para que ningún hombre pueda llamarse propietario de ella, ni de parte alguna de ella, ni tenga el derecho de darla, venderla o legarla? Puesto que la tierra no fué hecha por nosotros, sino que es únicamente una temporal residencia, sobre la cual las generaciones de los hombres se suceden; puesto que, si nosotros nos encontramos aquí, es manifiestamente por un igual permiso del Creador, es patente que nadie puede tener un exclusivo derecho de propiedad sobre la tierra y que los derechos de todos los hombres a la tierra tienen que ser iguales e inalienables. Tiene que haber un derecho exclusivo de posesión de la tierra, porque el hombre que la usa necesita una segura posesión de la tierra, a fin de cosechar los productos de su trabajo. Pero su derecho de posesión tiene que estar limitado por el derecho igual de todos y ha de ser, por consiguiente, condicionado, pagando el poseedor a la sociedad la equivalencia de cualquier privilegio especial valioso que le sea conferido así.

Cuando gravamos las casas, las cosechas, el dinero, los muebles, el capital o la riqueza en cualquiera de sus formas, tomamos del individuo lo que justamente pertenece a éste. Violamos el derecho de propiedad y, en nombre del Estado, cometemos un robo. Pero cuando gravamos el valor de la tierra, tomamos de los individuos lo que no pertenece a éstos, sino que pertenece a la sociedad, y lo que no puede dejarse a los individuos sin que resulten robados los otros individuos.

Pensad lo que es el valor de la tierra. No se refiere al coste de la producción, como se refiere el valor de las casas, caballos, barcos, telas u otras cosas producidas por el trabajo, porque la tierra no es producida por el hombre; fué creada por Dios. El valor de la tierra no proviene del ejercicio del trabajo sobre la tierra, porque el valor así producido es un valor de las mejoras. Ese valor adscrito a un pedazo de tierra, significa que ese pedazo de tierra es más deseable que la tierra que otros ciudadanos pueden obtener y que éstos están deseosos de pagar un premio por el permiso de usarla. La justicia, por consiguiente, requiere que este premio del valor sea tomado en beneficio de todos, a fin de garantizar a todos los derechos iguales.

Considerad la diferencia entre el valor de un edificio y el valor de la tierra. El valor de un edificio, como el valor de las mercancías o el de cualquiera cosa denominada propiamente riqueza, es producido por el esfuerzo individual y, por tanto, pertenece propiamente al individuo; pero el valor de la tierra surge especialmente con el desarrollo y progreso de la sociedad y, por tanto, pertenece propiamente a la sociedad. No es por lo que han hecho sus propietarios, sino por la presencia del conjunto de una gran población, por lo que el acre de tierra vale millones en Nueva York. Este valor, por consiguiente, es el caudal adecuado para sufragar los gastos comunes del conjunto de la población; y tiene que ser tomado para uso público, so pena de engendrar la especulación de la tierra y el monopolio, que acarrea la escasez artificial de lo que el Creador ha suministrado con abundancia para todos aquellos a quienes su Providencia ha traído al mundo. Es, pues, una violación de la justicia gravar el trabajo o las cosas producidas por el trabajo, y es también una violación de la justicia no gravar el valor de la tierra.

Estas son las razones fundamentales por las que nosotros pedimos el impuesto único, creyendo que es la más grande y la más fundamental de todas las reformas. Nosotros no esperamos un cambio de la naturaleza humana. Esto

nunca puede obtenerlo el hombre; pero engendraría condiciones en las cuales la naturaleza humana pudiera desenvolver lo que hay en ella de mejor, en vez de desenvolver como ahora, en tantos casos, lo que hay en ella de peor. Permitiría una producción tan enorme como ahora apenas podríamos nosotros concebir. Aseguraría una distribución equitativa. Resolvería el problema del trabajo y disiparía las oscuras nubes que ahora van encapotando el horizonte de nuestra civilización. Haría de la desamparada miseria una cosa desconocida. Disminuiría la avaricia de ganancias, destructora del espíritu. Permitiría a los hombres ser por lo menos tan honrados, tan sinceros, tan educados y tan elevados de pensamientos como quisieran serlo. Suprimiría la tentación de la mentira, los falsos juramentos, la corrupción y la violación de las leyes. Abriría para todos, aun los más pobres, la comodidad, refinamiento y oportunidades de una civilización progresiva. Allanaría de este modo, así lo creemos reverentemente, el camino para la venida de aquel reino del derecho y de la justicia, y por consecuencia de la abundancia, de la paz y de la felicidad, por el cual enseñó el Maestro a orar y trabajar a sus discípulos. No es que nosotros espereamos que el impuesto único haga todo esto por una prometedora invención o un ingenioso artificio, sino porque implica la conformidad de las más importantes y fundamentales disposiciones sociales con la suprema ley de justicia; porque implica el basar las más importantes de nuestras leyes en el principio de que procedamos con los demás como queramos que ellos procedan con nosotros.

El lector de este artículo creará, como yo creo, fundadamente lo presumo, que hay más allá de nosotros un mundo. Los límites del espacio me han impedido señalar algo más que hitos para el pensamiento. Indicaré para terminar dos:

1.º ¿Cuál sería en el propio cielo el resultado, si quienes llegaron primero instituyeran la propiedad privada de la superficie del cielo y se la repartiesen en absoluta propiedad como nos repartimos la superficie de la tierra?

2.º Puesto que no podemos concebir un cielo en el que los derechos iguales de las criaturas de Dios a la herencia de su padre sean negados como los negamos ahora sobre esta tierra, ¿cuál es el deber que impone a las criaturas cristianas la cotidiana oración: «Vénganos el tu reino, hágase Tu voluntad, así *en la tierra* como en el cielo?»

ÍNDICE

	Páginas.
Anteportada	1
Obras del autor y del traductor	2
Portada	3
Propiedad	4
PRÓLOGO	5
EL CRIMEN DE LA MISERIA	19
VÉNGANOS EL TU REINO	49
MOISÉS	65
NO ROBARÁS	85
EL IMPUESTO ÚNICO; LO QUE ES Y POR QUÉ LO PEDIMOS	105
Índice	115
Colofón	117

BIBLIOTECA MODERNA

DE

FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

GEORGE

EL CRIMEN

DE LA MISERIA

:: SE IMPRIMIÓ ::

EN LA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28 - MADRID

EN

:: :: :: 1916 :: :: ::

FRANCISCO BELTRÁN

EDITOR

PRÍNCIPE, 16. - MADRID



Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales

Las apremiantes necesidades de la cultura moderna, cada vez más exigentes y perentorias, demandan para los hombres que han de dirigir o informar el pensamiento nacional una riqueza de instrumental para el trabajo, cuyo precio es un obstáculo poco menos que insuperable, y cuyo conocimiento no es siempre fácil, así a los profesionales del estudio, como a los estudiantes y curiosos de los grandes problemas.

Las bibliotecas científicas y literarias, a precios reducidos, dentro de la extensión y dignidad tipográfica que merece una empresa seria, se suceden en todo el mundo bajo la dirección de reputados editores. Hay colecciones, así, de prestigio mundial, que han contribuido y siguen contribuyendo aún a una obra de cultura y de progreso que se remunera justamente con la supremacía mental del país que sabe arriesgarse en la empresa.

La **Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales** que publica esta casa editora, aspira a ser en España y entre los pueblos que hablan el idioma castellano, una de esas empresas de cultura que, al correr de los tiempos, conquiste para sí, no sólo el favor del público, sino la mayor consideración de los doctos.

Los volúmenes que la integran, cuidadosamente traducidos, cuando de traducciones se trata, encomendadas a los más prestigiosos y autorizados escritores cuando son originales, ofrecen al público, lector de castellano, las producciones de más revelante interés y reconocida importancia que en cualquier parte del mundo produce la inteligencia, sin que haya en la elección para publicarlas preferencias de escuela, de partido, de raza, ni sujeción a una norma doctrinaria que, por buena y autorizada que fuese, sería, en último extremo, una imposición a la libre enseñanza.

Hay, además, un pensamiento nacional que pugna por darse a conocer y revelarse, y al que siempre que pueda esta Biblioteca, concederá preferencia por ser nuestro y para ofrecer así en la concurrencia mundial un producto que justifique la expansión y el movimiento que donde quiera que se halle nuestro idioma hemos de intentar. Cooperará así esta Biblioteca a la cultura mundial, ofreciendo los mejores esfuerzos del pensamiento patrio, y hará por el progreso nacional, con las versiones de las ideas extranjeras, un servicio considerable permitiendo asimilar lo ajeno para el mejor desenvolvimiento de lo propio.

La amplia calificación que damos a nuestra empresa dice por nosotros mucho más de lo que podríamos decir sobre la índole de publicaciones que la forman y la han de formar. En ella tendrán su representación todas las disciplinas de la inteligencia, y al lado de los pensamientos de hoy, nacidos en la fiebre del dinamismo actual, estarán, como mudos testigos del pasado y jueces de lo presente, las expresiones del entendimiento clásico, permanente y nuevo a través de las edades.

No hay un conocimiento humano que no quepa en tan abierto marco, y no puede darse una fórmula más completa y expresiva de esta labor emprendida.

Para nuestro trabajo hemos recabado la patriótica e ilustrada cooperación de personalidades bien conocidas y distinguidas en las letras y en las ciencias.

Las obras que figuran en esta Biblioteca están presentadas con verdadera elegancia y gusto tipográfico poco frecuentes en los libros de estudio; forman volúmenes en cuarto, tamaño 14 por 22, impresos en claros caracteres; los precios varían según la extensión de cada uno.

Las obras hasta ahora publicadas son:

LA CIENCIA DE LA EDUCACION, por **Alejandro Bain**, traducción directa del inglés, por D. B., profesor normal; un volumen de 400 páginas con artística cubierta, 6 pesetas.

SOCIEDAD Y FELICIDAD - Ensayo de mecánica social, por **Germán Bernácer**; un volumen de 584 páginas, 10 pesetas.

ESTÉTICA como ciencia de la expresión y lingüística general (Teoría é Historia), por **Benedetto Croce**, catedrático de la Universidad de Nápoles, arreglada expresamente por el autor y traducida por **José Sánchez Rojas**, con Prólogo de D. Miguel de Unamuno; un volumen de 590 páginas, 10 pesetas.

HISTERISMO TEORIA Y CLINICA, por el profesor doctor **E. Fernández Sanz**; un volumen de 424 páginas, 8 pesetas.

EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA EUROPEA. - Los principios nacionalistas y el iberismo, por **Vicente Gay**, profesor de las universidades de Valladolid, Santiago de Chile y Buenos Aires; un volumen de 316 páginas con artística cubierta, 5 pesetas.

LA CIENCIA DE LA ECONOMIA POLITICA, del insigne economista **Henry George**, traducida directamente del inglés y Prólogo por el ilustre publicista **Baldomero Argente**; un volumen de 582 páginas con retrato del autor, 10 pesetas.

¿PROTECCION O LIBRECAMBIO? Examen del problema arancelario con especial atención a los intereses del trabajo, por **Henry George**, traducida directamente del inglés y Prólogo por **Baldomero Argente**; un volumen de 366 páginas, 6 pesetas.

LA CONDICION DEL TRABAJO, por **Henry George**, traducción directa del inglés y Prólogo por **Baldomero Argente**; un volumen de 122 páginas, 2,50 pesetas.

LA CUESTION DE LA TIERRA, por **Henry George**, traducción directa del inglés y Prólogo por **Baldomero Argente**; un volumen de 190 páginas, 3,50 pesetas.

EL CRIMEN DE LA MISERIA. - Venganos el Tu Reino. - Moisés. - No robarás. - El Impuesto Unico, lo que es y por qué lo pedimos, por **Henry George**, traducción directa del inglés y Prólogo por **Baldomero Argente**; un volumen de 118 páginas, 2,50 pesetas.

LA AMENAZA DEL PRIVILEGIO. - Estudio de los peligros para la República debidos a la existencia de una clase social privilegiada, por **Henry George**, hijo, trad. directa del inglés y Prólogo por **Jorge Calvo**; un vol. de 464 páginas, 8 pesetas.

PEDAGOGIA SOCIOLOGICA. - Los influjos del medio en la educación, por **Jorge Rouma**, doctor en Ciencias Sociales, director general de Enseñanza en Bolivia, traducción de **Domingo Barnés**, secretario del Museo Pedagógico Nacional; un volumen de 320 páginas con grabados y artística cubierta, 6 pesetas.

SCHOPENHAUER y NIETZSCHE, por **George Simmel**, traducción directa del alemán, por **José R. Pérez-Bances**; un volumen de 270 páginas con artística cubierta, 5 pesetas.

REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA, por **Jorge Sorel**, traducción castellana y Estudio por **Augusto Vivero**; un volumen de 332 páginas con artística cubierta, 6 pesetas.

A éstas seguirán otras tan notables e importantes.

Estas obras se venden en todas las librerías de España y de América; los pedidos deben dirigirse a la Editorial:

LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA DE FRANCISCO BELTRAN - 16, PRINCIPE, 16 - MADRID